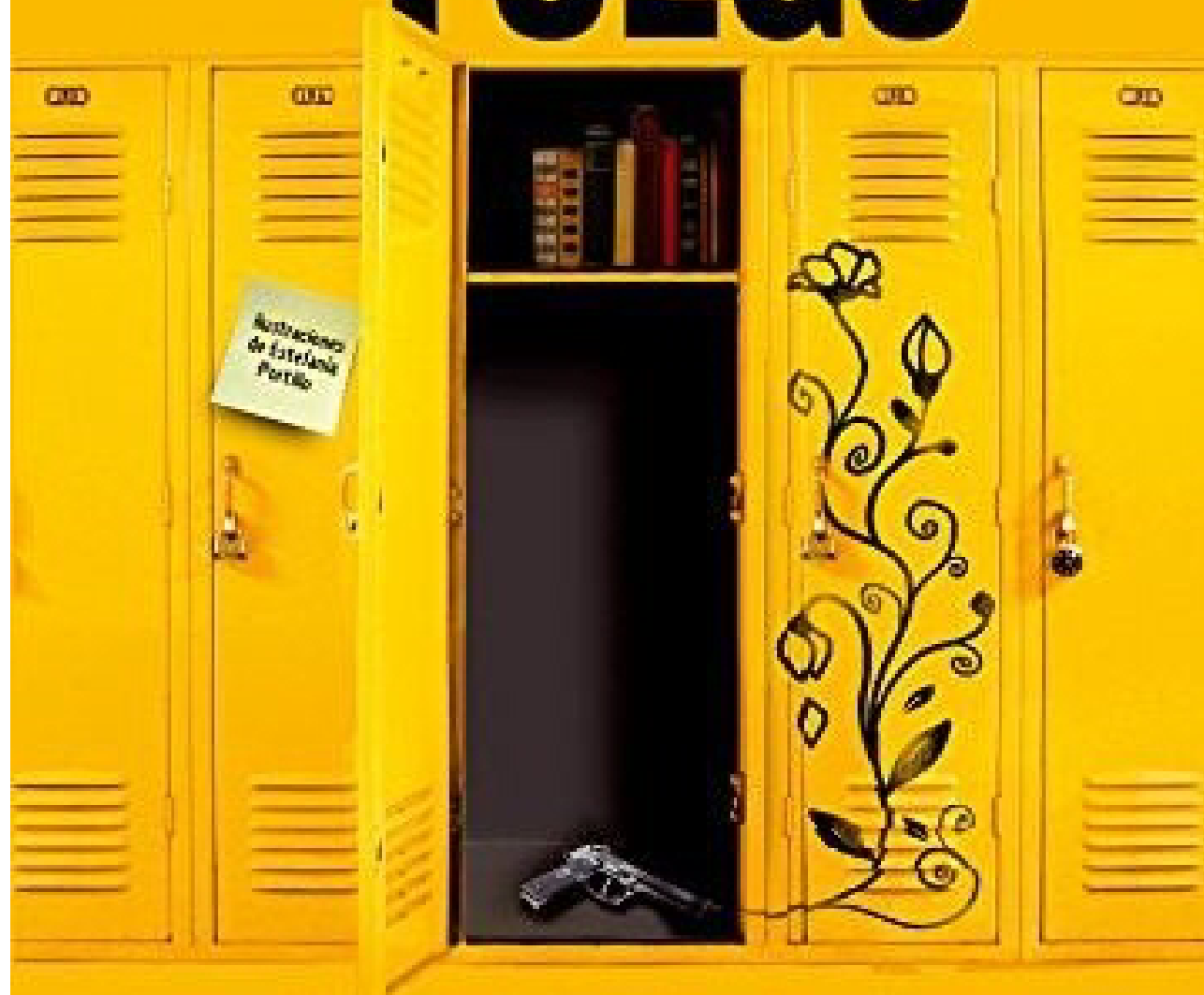


LA FLOR DE FUEGO



Alba Quintas Garcíandia

D.J.57

 NOCTURNA
EDICIONES

Alba Quintas Garcíandia

LA FLOR DE FUEGO

Ilustraciones de Estefanía Portillo

 **NOCTURNA**
EDICIONES

*Para todos los que piensan que nunca un puñetazo, una
bala o un bombardeo solucionaron nada.
Para Iria, porque al final del todo era ella la
que siempre estaba allí.*



*¿Cuántas guerras harán falta para que aprendamos que sólo los muertos
regresan?*

ANDREA GIBSON





Se preguntaba, una vez más, qué estaba haciendo allí.

Paseaba. Todavía no había tenido el valor de ir a su casa y hablar con sus padres, a los que sabía que su retorno a aquel lugar extrañaba tanto como a él mismo. Pero no era sólo el temor a responder a todas aquellas preguntas, muchas de las cuales ni siquiera serían expresadas. Era también, y sobre todo, que quería estirar todo lo posible los instantes que tenía a solas con sus pensamientos.

Rezaba para no cruzarse con ningún conocido.

Aunque, bien pensado, si lo hiciera, probablemente no se atreverían a saludarlo. Si es que lo reconocían.

John esbozó una sonrisa para sus adentros. Mientras paseaba, observaba esas calles que siempre serían a la vez su hogar y el sitio del que intentaba escapar. Pocas cosas habían cambiado. Alguna valla nueva, un vecino que había hecho reformas en su jardín, farolas más oxidadas de lo que recordaba, una tienda que había cerrado. Pero, en esencia, seguía siendo el mismo barrio residencial de las afueras, las mismas casas, los mismos vecinos. No se topó con nadie porque en aquellos barrios se solía usar el coche para cualquier desplazamiento y casi nadie paseaba.

No, no había cambiado nada.

John recordó lo que solía pensar cuando estaba en el instituto. Aquel era un barrio normal. Dolorosamente normal. Le había oído decir aquellas palabras a Matt Stone, uno de los creadores de *South Park*, en una entrevista refiriéndose a su propia ciudad natal, y desde entonces las había adoptado. Porque describían con exactitud sus propios sentimientos.

Entonces, ¿por qué había vuelto?

Negó levemente con la cabeza para sí mismo. Tres años de universidad en la otra punta del país y todavía estaba atado a ese lugar. A ese lugar y a sus propios recuerdos.

Recordó las caras de asombro de sus amigos cuando les dijo adonde se marcharía. Eran las vacaciones de primavera, y todos sabían que para los universitarios aquello era sinónimo de desmadre, no tiempo de volver a casa. Sonrió al pensar en sus compañeros. Seguramente estarían sufriendo los efectos de una resaca enorme, tirados en cualquier playa. Casi deseó estar con ellos.

Mientras le daba vueltas a si había tomado o no la decisión correcta, llegó a su punto de destino.

Fue un gran sobresalto para él ver que aquello tampoco había cambiado. Sabía que el instituto no había abierto sus puertas tras lo ocurrido; pese a que había un plan para hacer una renovación, parecía que de momento el proyecto estaba parado. Él no esperaba encontrarse los terrenos y los edificios intactos. Pero así estaban. Tal y como los recordaba, aunque cerrados a cal y canto y completamente desiertos.

Se pegó a la valla para observarlos mejor.

No había querido regresar. Nadie lo había hecho. Todos habían acabado sus estudios en otros centros, aunque siempre marcados por las sombras de lo que había pasado, por los susurros de «oye, el nuevo viene del instituto donde...».

Recordaba tantas, tantísimas cosas. Era como si en el aire continuaran presentes los restos de aquel día, las imágenes, los sonidos. Era como si los recuerdos sólo hubieran estado esperando su regreso para despertar.

Bajó la vista a sus zapatillas, consciente de que tenía las piernas en tensión, y se pasó una mano por el pelo y la nuca. Sabía que había crecido desde entonces. Pero no sólo eso. Había cambiado y suponía que, en cuanto volviera a casa, sus padres también se darían cuenta. Quizá fuera verdad que el tiempo lo acababa curando todo, aunque John siempre había pensado que había que ayudarle un poco.

Se sentó en la hierba con las piernas cruzadas. Planeaba quedarse así un buen rato. Inundándose de memorias, de pensamientos, de imágenes. Agradeciendo un silencio que en su día no había podido escuchar. Aquel iba a ser uno de sus pequeños homenajes.

Al pasado, porque había aprendido que sin pasado las personas no eran nadie. Incluso si ese pasado estaba manchado de sangre.

Y a su mejor amigo.

A Kit.

Porque con el recuerdo del resto estaba en paz, pero a Kit todavía sentía que le debía algo.

Cerró los ojos.



Le invadía la rabia.

Y es que no por conocido había resultado más difícil de creer.

John había aguardado frente a su antiguo instituto un buen rato. Después, con energías renovadas, se había levantado y había echado a andar calle abajo, hacia los grandes almacenes más próximos, dispuesto a llevar a cabo otra de las tareas que tenía pendientes.

Ya en el interior, no le había resultado difícil encontrar lo que buscaba. Y allí estaban. Él y su rabia parados delante de aquello.

El estante de las municiones, de todos los tamaños, para cualquier tipo de arma. Balas.

Balas que, después de todo lo sucedido, seguían pudiendo ser compradas por cualquiera en aquellos grandes almacenes. Lo único que había cambiado, la única medida de seguridad (si es que podía considerarse tal) nueva, era que se encontraban en un mueble con puertas de cristal cerradas por un candado. Cuando John iba al instituto, estaban en una estantería como cualquier otra, al alcance de todos.

Pero seguían allí.

Pese a todo lo que había ocurrido. Pese a saber que ellos dos habían comprado las balas un día antes en esos mismos almacenes.

Sintió deseos de romper el mueble, pero se contuvo. Liarse allí mismo a patadas no cambiaría nada. Se preguntó, desolado, qué más tenía que ocurrir para que algo cambiara, para que sus antiguos vecinos dejaran de ver aquellas cajas repletas de balas cada vez que fueran a hacer la compra. Se preguntó si a ellos les dolería tanto como le dolía a él.

¿Acaso nadie se acordaba?

¿O es que habían preferido olvidar?

Él no podía olvidar. Recordaba, con una precisión que resultaba escalofriante, todo lo que había pasado aquel día. Cada detalle. Cada sonido. Cada sensación. Sabía que sus propias vivencias habían sido una mínima parte de todo lo que había ocurrido, pero otras cosas las había reconstruido por los testimonios de sus compañeros, las noticias y reportajes del periódico o los relatos posteriores de la policía.

Oh, no, él no olvidaba. Sabía demasiado como para poder hacerlo. Y lo había vivido demasiado de cerca.

Él nunca iba a olvidar aquel día.

PRIMERA PARTE:

LOS ÍDOLOS DE PLOMO

«Hay algunos momentos y sucesos extraños, en este complejo y difícil asunto que llamamos "vida", en que el hombre toma el universo entero por una broma pesada, aunque apenas perciba su gracia y más bien sospeche que la broma corre a sus expensas».

MEVILLE

Podía oír los ecos de su aparición mientras caminaba.

Aquellos pasillos parecían mucho más amplios ahora que estaban vacíos. A lo lejos los oía, sí, a ellos, pero también el sonido hueco de sus propias zapatillas al pisar, algunas voces ahogadas, carreras de compañeros suyos que intentaban encontrar una salida. Los ruidos eran muy diferentes de la habitual algarabía a la que estaba acostumbrado: las voces, el sonido de taquillas al cerrarse, las risas, tal vez algún aviso por la megafonía.

Alargó una mano para deslizaría por la fría superficie de las taquillas sin detenerse. El suelo estaba sembrado de mochilas, libros, cualquier objeto que su dueño hubiera estado sosteniendo antes del primer estallido y de que comenzara la estampida inicial. De vez en cuando veía, al final del pasillo, recortada contra la luz que se filtraba por las ventanas, la silueta apresurada de algún otro estudiante. Aquel había sido el reino de todos ellos desde hacía años y, sin embargo, ahora todos intentaban huir. O casi todos.

Pasó junto a varias puertas tras las cuales pudo oír algunas voces, pasos y sonidos más difíciles de identificar. Los más aterrorizados debían de haberse quedado allí, incapaces de salir de aquellas aulas entre cuyos pupitres se sentían más seguros, demasiado asustados como para lanzarse a la carrera hasta la salida más cercana. Miedo entre aquellas paredes. Parecía increíble.

Notaba el miedo vibrando en el aire, colándose por los resquicios de las puertas cerradas, arrastrándose por cada corredor, girando en las esquinas, alcanzando todos los rincones, pero no lo sentía. Ni siquiera al percibir gritos a lo lejos, como algunos minutos atrás. Ni los otros ruidos, esos que rompían la mañana y que parecían sacudir todos los edificios del colegio desde sus cimientos. El miedo rebotaba contra su piel, incapaz de colarse en su interior, de traspasar sus defensas. Tampoco pensaba mucho. Se dejaba guiar por su instinto.

El sonido de unas pisadas fuertes captó su atención. Miró a su alrededor y vio a uno de los profesores saliendo de un aula y echando a correr. Se detuvo un instante para observar cómo alguien que había ejercido tanto poder e influencia sobre él hasta aquel momento ahora corría como alma que llevaba el diablo; otro más intentando huir. Débil. Indefenso. El miedo los había hecho iguales a todos en aquel instituto.

El hombre frenó en seco cuando le vio. Parecía algo incómodo, casi avergonzado, con ese tipo de vergüenza que muestran las personas cuando alguien ha presenciado sus momentos más bajos. El hecho de que se parase a ver a su alumno en medio de aquel infierno se le antojó al chico una señal de

que la vergüenza ganaba incluso al temor, lo cual era, cuando menos, interesante. Se permitió una leve sonrisa mientras se acercaba, atraído por la curiosidad, a su maestro, quien no pudo contener un leve temblor en una mano ni una mirada transparente y desesperada. Casi sintió remordimientos al verlo así. Casi.

Saludó con tranquilidad:

—Buenos días, señor Anderson.

Vio cómo el hombre dudaba qué contestar. En un principio pareció como si su subconsciente fuera a hacerle devolver el saludo, pero aquello no era apropiado para la situación en la que se encontraban. Al final, soltó de golpe todo el aire que, sin darse cuenta, había contenido en sus pulmones desde que había visto al estudiante y pareció como si... se rindiera.

—¿Qué estás haciendo, John? —preguntó con gravedad.

Su alumno se encogió de hombros, sin responder a una pregunta a la que él mismo no tenía respuesta. Sólo sabía que aquella cuestión encerraba muchas otras dentro de ella, como por qué no huía, a qué se debía aquella aparente calma, incluso frialdad, o qué hacía caminando en dirección contraria a todas las salidas, en dirección a...

Hacía mucho tiempo que él no tenía respuestas. Levantó la vista y fue como si sus ojos atrapasen los del adulto, quien por un instante olvidó toda su prisa, su miedo, sus nervios, su cobardía. Después de todo, era uno de esos profesores que llevan la enseñanza en el ADN, lo que significaba que siempre se sentía, en parte, responsable de sus alumnos. Permanecieron unos segundos eternos mirándose, el uno leyéndolo todo en los ojos del otro, el otro estremeciéndose ante lo indescifrable de la mirada del estudiante. E hizo un último intento de aportar algo de cordura a la situación.

—Ven conmigo, acompáñame —dijo de forma atropellada—. Están en el otro extremo, todavía tenemos tiempo. Saldremos por la puerta que da a la avenida y, si quieres, hasta podrás buscar una cabina de teléfono para llamar a tus padres y decirles que vengan a recogerte. Dicen que la policía está a punto de llegar... —Detuvo aquel discurso cuando vio al joven negando con la cabeza en un movimiento leve, casi delicado, sin apartar los ojos de él—. John, por favor...

—Lo siento.

—Sea lo que sea que piensas hacer, tienes que saber que es una locura, una auténtica locura...

—No voy a ir con usted, profesor.

El señor Anderson se tomó unos segundos más para dejar que su rostro revelara una última expresión sincera de preocupación. Pero comprendió. Algo comprendió. Y dio media vuelta, esta vez sin correr, aunque sólo fuera por mantener algo de fingida dignidad. Maldecía su cobardía por dentro con todas sus fuerzas. Pero no volvió a mirar atrás.

El chico lo observó mientras se alejaba y se encaminaba en dirección opuesta a la de su profesor, aunque todavía se tomó la molestia de dedicarle unas últimas palabras:

—Que tenga un buen día, señor Anderson.

La única respuesta que obtuvo a sus espaldas fue el sonido de pasos alejándose, un sonido cada vez más rápido y lejano, hasta que al final quedó todo en la misma atmósfera que había precedido a la llegada de su maestro. El joven siguió su camino por los pasillos del instituto, pero se sentía algo diferente, como si esa breve conversación lo hubiera sumido en una especie de tristeza casi melancólica... Ahora se fijaba menos en lo que sucedía a su alrededor; ya no intentaba descubrir detrás de qué puerta se ocultaban sus compañeros ni trataba de identificar a los que atisbaba corriendo a lo lejos. Andaba a un ritmo algo extraño, como quien deambula sin estar muy seguro del final de su caminata, pero algo le obliga a seguir moviendo las piernas. Era el ritmo de alguien que se deja llevar por algo tan poderoso como el subconsciente.

Aunque no tardó mucho en volver a despertar.

Esta vez sonó mucho más cerca. Antes había captado unas voces, pero eso no le había llamado la atención. Y luego también se percibieron gritos, distintos a los anteriores, gritos de lamento y desesperación. Esos gritos que, nada más oírlos, sabes que la persona de la que proceden está derramando lágrimas sin remedio.

Abandonó el extraño ataque de melancolía en el que se había sumido. Sus sentidos y su determinación volvían a estar intactos. Con un gesto inconsciente, se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y acarició lo que llevaba allí metido, como si pudiera darle fuerzas.

Miró por la ventana más cercana y vio a un grupo de cinco estudiantes corriendo con toda la rapidez que sus piernas les otorgaban a través de un camino de tierra que rodeaba el edificio. Alguno corría medio agachado y tapándose la cabeza con las manos o los brazos, en una postura defensiva algo ridícula. Una bandada de pájaros echó a volar alocadamente, espantados por el brutal estrépito.

Pero aquello no había concluido.

Volvió a sonar. Y no sólo uno. Varios. Resonaron de forma salvaje, atronadora, por encima de los gritos de histeria. Y él echó a andar, otra vez, en su dirección. Sus pasos eran como un gesto compulsivo.

Se oyó uno más.



Todo se había roto con el primer disparo.

Mientras se encontraba fuera, no podía dejar de reproducir una y otra vez en su mente el instante en el que había oído aquel primer estallido. Nunca había oído un arma en acción y, desde luego, no se parecía en nada a lo que quedaba reducido en las películas. Aquello había sido espeluznante, brutal. Hubiera jurado que el sonido había llegado al otro extremo de la ciudad.

Miró a su alrededor y vio que poco a poco empezaba a llegar más gente: compañeros suyos, profesores, otros empleados del instituto o algún transeúnte que había tenido la suerte o la desgracia de pasar por ahí. Suerte porque vivía los hechos de primera mano y podría más tarde contárselos a todos los que quisieran escucharlos. El encanto mórbido de las desdichas ajenas. Pero, al mismo tiempo, no podría evitar contagiarse de parte del miedo y la desesperación que reinaban en el ambiente.

Aquel heterogéneo grupo de personas se hallaba ante la entrada principal. Todos miraban fijamente las puertas entreabiertas del edificio, con unos ojos entre suplicantes y morbosamente fascinados. De vez en cuando, algún adolescente salía por la puerta sin detenerse, muchos envueltos en lágrimas o con la cara contraída por el miedo. Otros aparecían por los laterales del edificio. Un chico más joven que ella se había desmayado nada más pisar el exterior, aunque varios profesores habían conseguido reanimarlo. A su lado, una señora mayor rezaba en voz baja con las manos unidas a la altura del pecho. Pero ella no creía que las oraciones fueran a ser de mucha ayuda para todos los compañeros que, sabía, andaban todavía perdidos en el interior del edificio.

Le consolaba que cada vez fueran más los que se reunían allí, en un lugar

aparentemente seguro. Pero muchos otros seguían dentro. Podía imaginárselos huyendo por los corredores, por el patio, ocultándose en los baños o encerrándose en alguna clase vacía. Rezando porque ellos no pasaran por allí. Pensando en una manera de escapar. Intentando reunir algo de valor para mantener la cabeza fría en aquella situación. O no. O rindiéndose al pánico.

La señora dejó de rezar y, consciente de su mirada, se volvió hacia ella. Parecía una de esas personas que necesitan consuelo y compañía en cualquier situación.

—¿Has conseguido salir bien? —le dijo, sin pararse a pensar en la obviedad de la pregunta.

Ella cambió el peso de una pierna a otra, incómoda. Su cara era una clara muestra de las pocas ganas de hablar que tenía. Sin embargo, contestó en voz baja, más para sí misma que para la mujer:

—Los he visto entrar.

La otra intentó forzar algo de optimismo en el rostro y en la voz: — Bueno, tesoro. Al menos piensa que has tenido suerte y que te has salvado rápido.

Sí, había tenido suerte. Suerte de que fueran sus compañeros y no ella los que estaban enfrentándose a la muerte dentro del instituto. Porque ninguno de sus seis amigos estaba allí fuera con ella. A eso se reducía la suerte.

No lo dijo, porque sabía que aquel no era el momento del sarcasmo ni de la amargura. Pero sí se apartó de la desconocida antes de que esta tuviera la tentación de dirigirle la palabra de nuevo. No estaba dispuesta a soportar positivismo ni asuntos de fe. Bastante tenía con las imágenes que se sucedían sin orden alguno dentro de su cabeza, torturándola.

Porque era cierto. Los había visto entrar.

No podía sacarse aquel instante de la mente.

Había salido a las escaleras de la entrada, sola, distraída. Sólo buscaba un lugar en el que no le recordaran cada dos por tres que se acercaba la temporada de exámenes ni que tenía que hacer toda una montaña de deberes. Con el propósito de disipar su agobio, había ignorado al resto de estudiantes que se reunían allí para encontrarse con otros, descansar un poco de las clases respirando el aire de fuera o calmar disimuladamente sus ansias de nicotina. Tampoco había mucha gente. Se sentó sobre una de las barandillas con un equilibrio que sólo podía nacer de la costumbre, deseosa de que nadie se acercara a decirle nada, porque ella quería estar sola.

Y ahí llevaba un rato cuando ellos dos aparecieron.

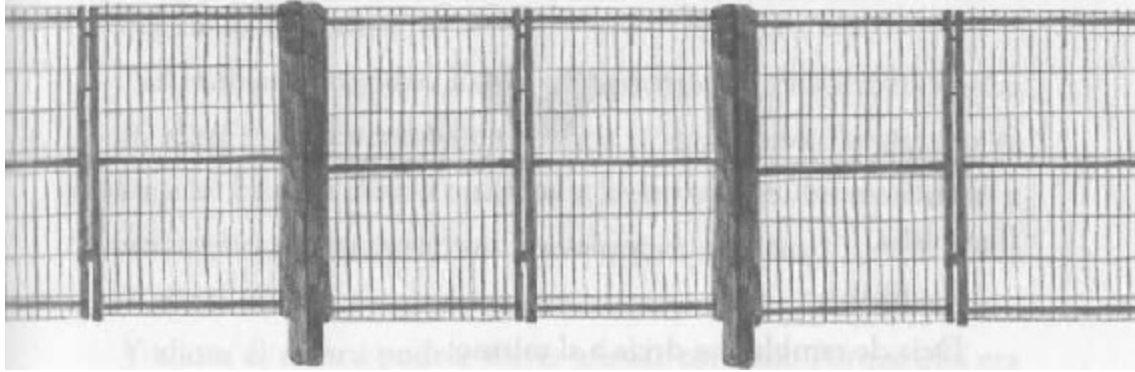
Quizá lo que le hizo levantar la mirada fuera aquella aura de solemnidad que los envolvía. Andaban a buen ritmo, con pasos seguros. En aquel momento sus rostros eran serios, incluso decididos. Se movían los dos con una curiosa sincronía. Y su ropa también le llamó la atención. Era lisa e incluso más oscura de lo habitual. Llevaban camisetas con unos mensajes que no le dio tiempo a leer. Sus botas de combate producían un sonido con cada pisada que ahora rememoraba una y otra y otra vez.

Ambos cargaban sendas bolsas de deporte en cada mano, bastante aparatosas, aunque las llevaban como si no sintieran su peso. Pasaron a su lado. Y le devolvieron la mirada con cierta indiferencia, sin detenerse.

Quizá fuera una corazonada lo que la llevó a darse la vuelta para ver sus espaldas entrando en el instituto. O quizá fuera el mensaje de aviso que le había llegado durante la noche, ese mensaje que no había podido leer hasta el desayuno y que no se había creído. Fue una suerte que sí se volviera a mirar, porque entonces lo vio. Vio el bulto que llevaba a un lado, encajado con la cintura del pantalón, cubierto con la camiseta. A pesar de que estaba algo oculto, era fácil reconocer aquella silueta.

Una pistola.

Fue entonces cuando dedujo lo que llevaban en las bolsas. Y se puso en lo peor. Todavía se quedó paralizada unos instantes más, intentando luchar contra la angustia que amenazaba con adueñarse de su mente. Pero entonces oyó el primer disparo, peligrosamente cerca de la puerta. Y ella había echado a correr como alma que lleva el diablo, hasta cruzar la verja que delimitaba el terreno del instituto.



Sólo allí había encontrado la seguridad para pararse y darse la vuelta. Vio a otros que, como ella, se habían precipitado hasta la calle. Algunos ya habían sacado los móviles para marcar el número de emergencias. Pero eran pocos, muy pocos. Todavía quedaba mucha gente dentro de aquellos edificios. Personas a merced de aquellas armas. Personas como sus amigos.

Y lo peor de todo era que no había sido un único disparo. Había dejado de contarlos, pero durante el tiempo que llevaba ahí fuera aquel terrible estruendo se había dejado oír en muchas ocasiones. Le daban ganas de marcharse a casa y abandonar aquella atmósfera de desesperanza y temor. Pero nunca le había gustado eso de apartar la vista. No quería huir, no antes de comprobar que todos sus compañeros salían sanos y salvos de allí. Y había otra cosa que la angustiaba hasta límites nunca vistos y que, cuanto más pensaba, más le provocaba una mezcla de inquietud y miedo: ellos dos llevaban más de media hora dentro.

Y la policía ni siquiera había llegado a la puerta del instituto. Temblaba. Temblaba.

Deja de temblar, se decía a sí mismo.

Pero no podía.

Incluso cuando cerraba los ojos, veía lo que le rodeaba. La biblioteca. Su biblioteca. Los tomos de los libros lo habían visto todo. Las mesas de madera lo habían visto todo. El mostrador del bibliotecario lo había visto todo. Los anuncios del tablón lo habían visto todo.

Y el suelo sentía la sangre que resbalaba por su superficie.

Temblaba.

Temblaba debajo de la mesa en la que se había escondido desde que ellos

pasaron por la biblioteca. Su biblioteca.

Deseó ser ciego y sordo. Deseó no haber estado allí. Deseó retroceder en el tiempo. Deseó borrarse la memoria. Deseaba muchas cosas de forma irracional, sin pensarlo. No pensaba. O quizá sí. Quizá pensaba a toda velocidad.

Se iba a volver loco...

¿Cómo era posible mantener la cordura después de lo que había presenciado?



Seguía temblando.

Las rodillas encogidas. Los brazos encogidos. El alma encogida.

Y, sobre todo, intentaba no mirar a... *eso*. Sí, *eso*. Porque *eso* ya no era ella. Ella, su ella, la razón para levantarse por las mañanas, su futuro, su alegría, su esperanza, su voluntad, su vida.

Y ahora ella era *eso*.

Y ahora él nunca podría volver a estar con ella. Porque ella era *eso*. Porque ella estaba... Un momento, un instante, todo repentino y ahora ella estaba...

El charco de sangre no alcanzaba todavía su mesa. Por suerte. Ese mueble era su refugio. Su barricada. No quería salir nunca de debajo de esa mesa.

Temblaba como un loco.

Habían entrado con las armas en las manos. En sus caras había algo hipnotizante. Algo de ángeles de la muerte.

Pero *eso* era una tontería. No hubo nada de angelical en los disparos. Sólo gritos y pánico y crudeza y suciedad y desorden y más pánico y la sangre...

¿Quién quiere ser el próximo?

Blanden un revólver ante la cara de una chica aterrorizada. Ríen.

¿Quieres morir?

No, no, no, no. No me disparéis. No. Os lo suplico. No. Por favor.

Pero entonces otra muchacha se levanta, tal vez para emprender una

huida kamikaze. Y el gesto capta su atención por un simple motivo.

¡Puta negra de mierda'.

Los dos disparan casi a la vez.

El sonido de ella al caer había sido ahogado por los gritos y el estrépito de más disparos y más desorden y más pánico.

El se había quedado en silencio. Su silencio contra los gritos del resto.

Y las carcajadas desquiciadas de ellos.

Esas mismas risas cuyo recuerdo golpeaba su cabeza.

Golpe. Recuerdo. Disparo.

JA, JA, JA, JA, JA.

¡Una menos!

Golpe. Disparo. Y miedo.

Con cada imagen, cada recuerdo, temblaba más.

Su mente se rebelaba, se resistía a dejarse llevar y hundirse en la locura, en la pesadilla, pero su corazón...

¿Quién de vosotros quiere morir, cerdos?

Ni siquiera los murmullos cercanos le hacían salir de su pesadilla y volver a la realidad.

Porque no estaba solo.

Algunos se habían atrevido a salir, pero casi todos seguían allí, atrincherados detrás de cualquier mueble. Seguían allí. Seguían allí. Otros ruidos posteriores de disparos, esta vez más lejanos, los habían disuadido de cualquier intento de abandonar la sala.

Se oían gemidos. Gemidos horrorosos. Alguien debía de estar herido. Pero sólo ella estaba muerta.

Aquellas balas, sus balas, no se habían conformado con partir el tranquilo ambiente de la biblioteca. Las balas existían para hacer daño. Y vaya si lo habían conseguido.

Recordaba el estruendo de la puerta cuando los dos entraron al mismo tiempo. Ellos dos. Él los conocía.

O quizá no tanto como creía. La verdad es que todo el mundo pensaba que los conocía, pero aquel día estaban demostrando que no era así.

Ojalá pudiera parar de temblar.

Ojalá en su mente no sonaran una y *otra*, vez los disparos.

Ojalá ella...

Ojalá no hubiera visto la sangre salpicar los tomos de los libros.

¿QUIÉN QUIERE MORIR?

Ojalá no los hubiera mirado a los ojos.

Ojalá pudiera respirar con normalidad.

Ojalá aquel rincón de su mente dejara de decirle que despertara, que tenía que hacer algo, que tenía que huir.

Porque no podía.

Porque ella...

Porque sólo podía dejarse arrastrar hacia lo más profundo de su pesadilla.

¡HE PREGUNTADO QUE QUIÉN QUIERE MORIR!

Y temblar.



—Emergencias del condado, dígame.

—Algo pasa en el instituto, están disparando.

—¿Sabe si hay algún herido?

—Si. Tienen bombas, metralletas. UCI, tienen de todo, se lo aseguro.

(...)

—Oficina del sherijf del condado.

—¡Estamos en el instituto, hay unos chicos disparando! Tienen armas automáticas, ¿vale?

—Recibido.

—¿Podéis enviar muchas, muchas ambulancias?

(...)

—Emergencias del condado.

—Soy profesora del instituto del tiroteo. Hay un alumno aquí con un arma. Ha disparado por una ventana.

—¿Hay alguien herido, señora? ¿Señora?

—La he oído, sí.

—Bien.

—Toda la escuela está aterrada. Estoy en el aula de Arte y tengo a los alumnos debajo de..., debajo de las mesas. Chicos, poneos debajo de las mesas. Oh, Dios mío, he visto a un alumno fuera. Está bien. Yo estaba

haciendo la ronda por el pasillo y le dije: ¿qué pasa ahí fuera?, y él volvió el arma hacia nosotros y disparó y la ventana saltó en pedazos y el chico que estaba a mi lado creo que está herido.

—Hemos enviado ayuda, señora.

—Está bien. Oh, Dios mío...

—Siga hablándome.

—Oh, Dios mío. Está aquí. ¡Chicos, debajo de las mesas! ¡Chicos...!

(...)

—Oficina del sherijf del condado. ¿Qué es eso?

—Ahora mismo está disparando en la biblioteca. Oigo disparos en la biblioteca.

—Recibido.

—¿Cree que deberíamos salir?

—¡Oiga, espere... /

—Ahora los disparos se oyen más lejos. Creo que voy a intentar salir de aquí. Luego la llamo.

(...)

—¡Esta es la cuarta vez que llamo para saber adonde ir! ¡Llevo esperando una eternidad aquí encerrado!

—Un momento, por favor. La oficina del sherijfse encuentra ahora desbordada. Pronto llegará la ayuda.

(...)

—Manténganse en el suelo y no intenten salir, ¿de acuerdo? No quiero que les hieran. Y, por favor, no cuelgue el teléfono.

—Está bien...

—Manténganse en el suelo y en silencio, en el suelo y en silencio.¹

¹ Estos diálogos se han transcrito con la mayor fidelidad posible a partir de conversaciones telefónicas reales que se produjeron durante el tiroteo en el instituto Columbine. (Todas las notas son de la autora)



Se había quedado allí parado unos instantes, segundos, minutos, él qué sabía. John había adivinado de inmediato que aquella zona por la que se movía ahora era diferente a los pasillos que había atravesado antes: el aire estaba más cargado, la luz era hostil, las paredes parecían juntarse a su alrededor. Sensaciones, instintos agudizados por la situación. Y en algún momento había pasado delante de la biblioteca. La puerta entreabierta sólo le había permitido ver a un chico medio escondido debajo de una mesa, con la mirada perdida, en estado de *shock*. Se abrazaba las rodillas mientras se balanceaba mecánicamente. Y en el suelo..., un brazo extendido. Unos dedos rígidos, retorcidos de una forma casi antinatural. La hoja de madera le impedía ver cómo continuaba aquella solitaria extremidad, el rostro o el cuerpo de aquella persona a la que estaba unida. Pero las gotas de sangre le daban una idea de lo ocurrido.

Y, aun así..., había continuado caminando. Ahora, aparte de oírlos de vez en cuando, los olía. Era un olor similar al de los fuegos artificiales y los petardos que acompañaban las fiestas veraniegas.

Eso fue hasta que dobló de nuevo la esquina. Y se topó con él. Esta vez no pudo elegir no asomarse a la puerta, no pudo elegir no ver (porque se puede elegir no mirar, pero nunca no ver). Por su interior pasó una oleada de emociones, tan fuerte y fugaz que no pudo identificar ninguna.

Se quedó paralizado. Se bloqueó momentáneamente. ¿Por qué? Había creído que ya nada podía afectarle y, sin embargo, aquella certidumbre había volado por los aires en lo que dura un parpadeo.

Tuvo que extender una mano y apoyarla en la pared para no trastabillar. La misma pared que tocaba parte del cuerpo de la víctima, con la barbilla inclinada hacia el pecho. Era una postura aberrante. Los ojos inmóviles no estaban orientados en su dirección, pero lo perseguían.

A lo lejos, casi al final de aquel tabique, sobre las superficies de unas taquillas, entreveía la silueta de un grafiti enorme. Una esvástica y, debajo, tres palabras: *FEAR THE NOBODIES*. Pero John estaba tan absorto con el cadáver que apenas reparó en la pintada.

Le había visto por los pasillos, en el comedor, en las celebraciones deportivas. Era un año más joven que él.

Fue difícil asimilarlo. ¿Por qué él, por qué aquel chico en concreto, que no había hecho nada a nadie? Su cabeza se llenó de interrogantes incomprensibles, tanto que tuvo que concentrarse para dejarla en blanco. Unos minutos antes no se hubiera imaginado que aquella imagen pudiera

alterarlo tanto.

Una cosa era saber lo que estaba pasando y otra verlo sin ningún tipo de preparativo, de defensa, con sus propios ojos. Pero él tenía que ser capaz de soportar aquello si quería continuar.

Al cabo de unos instantes allí parado, calmando su respiración, se dio la vuelta con movimientos más propios de un autómatas y se dispuso a dar un rodeo, a evitar ese pasillo que se había convertido en una especie de camposanto.

Su determinación ya no estaba tan intacta como antes; aun así, seguía caminando porque aquello no podía pararse.

Cuando hubo dejado el cuerpo unos metros atrás, tuvo que girarse al oír el susurro de otros zapatos deslizándose por el suelo. Eran pasos como los suyos, sin el golpeteo nervioso ni la impaciencia propia de quien está huyendo.

Lo primero en lo que se fijó fue en el punto de luz roja. Luego, en las manos que agarraban la cámara. Y en los ojos que asomaron por encima de ella para mirarlo.

El advirtió con fastidio que la cámara se había girado en su dirección.
Clic.

Sintió rabia. Sus ojos se estrecharon y se volvieron afilados como la hoja de un cuchillo, y su boca se torció en una línea hiriente. Aquella cámara y aquellos ojos tan abiertos, que parpadeaban tan poco —no sabía por qué, nunca lo había sabido—, le sacaban de quicio. Desde la primera vez había sido así.



En medio de la falsa calma que impregnaba la atmósfera, la ira le llevó a alzar la voz:

—¿Qué tal va tu depósito de morbo?

Sus palabras sonaron con más fuerza de la que había esperado, pero no obtuvieron respuesta. Sólo aquella mirada. Parpadeó una vez. Fue como si John pudiera ver aquel movimiento a cámara lenta, los claros iris llenándose de sombras y ocultándose poco a poco, las filas de pestañas aleteando hasta juntarse las de arriba con las de abajo. Eran ojos demasiado claros para resultar naturales, para poseer un atisbo de calidez.

Todo en esos ojos le repugnaba de una manera inexplicable.

—Qué asco.

Mantuvo la mirada de desprecio, pero no consiguió ninguna reacción de su destinatario. Las manos que sujetaban la cámara se mantenían inhumanamente inmóviles. Por suerte, no disparó otra foto, porque eso lo hubiera sacado por completo de sus casillas. Los dedos parecían agarrarla con suavidad y firmeza a partes iguales. La firmeza que emana de unas manos que no dudan.

Le dio la espalda. Se disponía a marcharse cuando, por fin, oyó su empalagosa voz.

—¿Qué estás haciendo, John?

Se encogió de hombros.

No iba a permitirse mostrar ningún signo de debilidad delante de él.

—Pasear —respondió sin volverse—. ¿Qué haces tú?

Tardó unos segundos en obtener su respuesta y, cuando lo hizo, fue con el mismo tono de falsa indiferencia que él había empleado.

—Retratar. —Hizo un gesto para señalar la cámara.

—¿Retratar? —Su tono estaba cargado de ira contenida.

—Es lo de siempre. Ponlos delante del espejo y verás cómo se retuercen.

John dejó que esas palabras se colaran en su interior, que su terrible significado le invadiera por completo, antes de volver a hablar:

—¿El miedo, el pánico... —no pudo aguantarse más— no os parecen suficiente?

—¿Han sido bondadosos todos ellos, querido? A lo largo de estos años, ¿crees que se han portado bien con nosotros? ¿De verdad crees que deberíamos sentirnos mal? ¿Que deberíamos tener piedad?

—Lo creo, sí.

—¿Por qué? John entrecerró aún más los ojos antes de contestar.

—Precisamente porque ellos nunca la tuvieron. —El silencio fue su única

respuesta. Pero no le importó—: Si puedes soportarlo, si eres capaz de ir con esa cámara de un lado a otro, es que eres igual o peor que todos ellos, pedazo de capullo. Ahora no intentes ir de buena persona ni disfrazarte de justicia. Tú no tienes moral. —Las palabras salían de su boca con una tranquilidad pasmosa—. Qué asco —repitió—. Mirarte es una auténtica pesadilla.

—¿Y cómo puedes soportarlo tú, John? No soy el único que se pasea como si tal cosa por aquí.

Al escuchar aquello, el aludido se permitió una de esas sonrisas melancólicas que se dibujan en el rostro para no ser vistas.

—Si me conocieras, te darías cuenta de que ya no aguanto nada. De que todo se acabó. —Lo último lo dijo en un susurro. Le daba igual si el otro lo había oído o no.

No le apetecía darse la vuelta, así que no lo hizo: pasó por el lado de su compañero como si ya no estuviera presente. Cada vez se acercaba más a ellos, o eso le martilleaba su mente. Aquella cámara no le importaba. Él sólo quería llegar a su destino.

Clic.

La empalagosa voz se dejó oír una vez más:

—John —por una vez, parecía sorprendida—, ¿por qué llevas una flor en el bolsillo?

El muchacho sonrió. No quiso responder. Ni siquiera se volvió al oír el *clic* que indicaba que se acababa de realizar otra fotografía.



El esquema de la obra literaria de Hermán Melville aún seguía en la pizarra. El señor Colbert lo había ido desarrollando con esa pulcritud y ese orden que caracterizaban todo lo que escribía en el encerado y que también se aplicaban a sus clases. A lo mejor no era el profesor que más sabía, pero sí transmitía bien sus conocimientos y por eso Caroline disfrutaba de sus clases de Literatura. Ahora, el interés con el que había seguido la explicación sobre *Moby Dick* se le antojaba lejano, muy lejano, aunque había transcurrido menos de una hora desde aquello.

Ella había estado tomando apuntes con diligencia, atenta a las palabras sobre la obra, cuando sonó el primer estallido. Se había llevado un buen susto, ya que en aquella clase su grado de concentración era bastante elevado. En un momento estaba con Ismael, admirando las ballenas, y al siguiente volvía de golpe al aula. Curiosamente, había pensado con cierta distensión que aquel ruido debía de parecerse mucho al de un disparo. Había sonado bastante cerca y el señor Colbert vaciló por unos instantes con el ceño fruncido. Les pidió a sus alumnos que aguardaran un momento, ya que iba a cerciorarse de que no pasaba nada y no tardaría. Con una última sonrisa, les advirtió de que no se les ocurriera «armar jaleo mientras él no estaba». Caroline sabía que los profesores decían aquello casi por costumbre, pero entonces le había parecido innecesario. En aquella clase apenas eran quince alumnos, todos del último curso, y en efecto ninguno se movió de su pupitre mientras el señor Colbert salía por la puerta y echaba a andar en la dirección de la que procedía el ruido.

Caroline se dispuso a leer los apuntes que había tomado mientras pensaba en trivialidades como que le gustaría ser capaz de escribir en folios blancos y no en esos cuadernos que tenían líneas para no torcerse. Y entonces...

Volvió a sonar. Otra vez.

En esta ocasión, hubiera jurado que se trataba de un disparo. El murmullo de la clase enmudeció y se miraron entre ellos, como si fueran a encontrar la respuesta a su muda pregunta en los ojos de sus compañeros. Transcurridos unos instantes eternos, volvieron a oír los pasos de su profesor. Eran unos pasos lentos, dados por alguien con dificultades, como si se arrastrara. Caroline tuvo un mal presentimiento mientras dirigía la vista hacia la puerta. Una puerta que se volvió a abrir con lentitud.

Y apareció el señor Colbert.

No les dejó tiempo para asimilar lo que veían:

—¡Atrancad la puerta! —gritó—. ¡Vamos, atrancadla! Fue el caos. Los dos chicos que estaban más cerca reaccionaron bien y empujaron sus dos pupitres contra la hoja de madera, que quedó bien bloqueada, mientras el profesor entraba en el aula e, incapaz de dar más de tres pasos, se desplomaba en el suelo. Allí se aferró una de las piernas. La pierna de la que manaba sangre a borbotones.

Caroline, que se había levantado, lo miraba atónita. En la parte delantera del muslo tenía el pantalón rasgado y manchado. El líquido rojo le impedía ver con claridad, pero se intuía la forma de una herida de bala. El hombre no

parecía tener fuerzas ni para gritar e iba quedándose blanco a pasos agigantados.

Interceptó la mirada de Caroline. Ella advirtió una súplica en sus ojos. Y el dolor. El miedo. Se preguntó estúpidamente cuánto podía doler que te pegaran un tiro en la pierna. Pero reaccionó, al contrario que sus compañeros, que se habían quedado paralizados.

Corrió a su lado.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó, agachándose para ponerse a su altura. El grado de histerismo de su voz aún era aceptable.

Tuvo que acercarse más para poder entender la respuesta.

—Tor... torni...

Torniquete.

Por supuesto.

Se levantó a toda velocidad para buscar algo con lo que poder realizar aquellos primeros auxilios. La falsa seguridad con la que se movía se le antojaba ridícula. Entonces se le acercó uno de los chicos, quitándose la amplia sudadera que llevaba puesta y ofreciéndosela en silencio. Apenas se captó el «gracias» apresurado de Caroline, que volvió a sentarse en el suelo con el señor Colbert. Tuvo que apartarle ella misma las manos porque seguía agarrándose la pierna con las pocas fuerzas que le quedaban. Le hizo el torniquete con una de las mangas y lo apretó todo lo que pudo con la sensación de que no tenía la más mínima idea de lo que hacía. Pero el señor Colbert se lo agradeció con la mirada.

Mientras, los alumnos habían formado un corro y se agarraban por los hombros, los brazos, las manos, intentado infundirse valor entre ellos, intentando entre todos que no cundiera el pánico, sentados en el suelo en el rincón más *alejado de* aquella maldita puerta.

El señor Colbert no se había movido, aunque se oían sus débiles quejidos. De vez en cuando también se oían gemidos o lloriqueos de alguno de los jóvenes. La atmósfera era de miedo, de angustia, de asfixia.

Eso se incrementó al cabo de unos minutos.

Las puertas de allí eran como las de tantos otros centros, con una ventana con un cristal transparente en la parte superior. Por eso lo vieron pasar. Con su arma. Fue como si el aire se congelara unos segundos. Por suerte, no se detuvo.

No intentó asomarse para mirar dentro del aula.

No intentó abrir. Pero el mero hecho de ver su silueta y saber lo que

estaba haciendo en esos pasillos bastaba para helarle a uno la sangre. Y sonaron lamentos ahogados. Caroline vio cómo a una chica le caía silenciosamente una lágrima por la mejilla.

Todos los que estaban dentro se quedaron paralizados. Y entonces, alrededor de uno o dos minutos más tarde, volvieron los susurros. Era él, siseaba uno con insistencia. Era él, era él. Lo dijo hasta que le falló la voz. Era él. Ni siquiera pronunció su nombre. No hacía falta. Era él. Quién lo hubiera pensado...

Caroline también lo había reconocido. Y se había quedado impactada, pero no dijo nada. Estaba sentada en el suelo, en un lugar bastante más visible que el de sus compañeros, aunque aquello no le importaba demasiado. No creía que fuera a volver; de hecho, no tenía miedo, no por ella misma. Lo que le preocupaba era el resto de disparos que había oído y, sobre todo, el señor Colbert. No sabía nada de heridas de bala, pero había sangrado mucho y sentía que tenían que hacer algo, que no podían quedarse sentados a esperar sin más a que pasara aquella tormenta, ni cerrar los ojos y convencerse de que no había un hombre herido de gravedad en el aula.

Miró a su alrededor. Sabía, porque lo había oído entre susurros, que ninguno de sus compañeros estaba dispuesto a salir de la habitación e intentar conseguir ayuda fuera del instituto. Hacía un rato, uno de ellos había intentado llamar al teléfono de emergencias y todos habían oído el mensaje de que las líneas estaban saturadas, o lo habían visto en su rostro. Cada pocos minutos, el chico volvía a coger su móvil y marcaba los dígitos con un gesto casi automático, pero, al poco de llevarse el teléfono a la oreja, volvía a dejarlo caer, muertas sus esperanzas con el mensaje de que no podían atenderlo en aquel momento. Caroline lo había pensado detenidamente y había decidido que aquella era otra señal de la gravedad de la situación.

Cada minuto que pasaba, la inquietud de Caroline crecía, al igual que la de sus compañeros, que hacían todo menos acostumbrarse a aquella incertidumbre. Cada vez eran más los que temblaban. Cada vez se agarraban con más fuerza los unos a los otros. Su actitud también le ponía los nervios a flor de piel. Incapaz de pasar más tiempo en aquella posición, se levantó entre las miradas sorprendidas de sus compañeros y anduvo hasta el señor Colbert, que no había variado en nada su posición.

Se llevó un tremendo sobresalto cuando pudo verlo bien.

No hacía falta tener amplios conocimientos en medicina para darse cuenta de que su estado había empeorado mucho en aquel rato. La palidez de su cara

era espeluznante. Los ojos estaban entreabiertos, pero tenían la mirada perdida, como si en realidad no viera nada a través de ellos. Sudaba copiosamente y su respiración era pesada; parecía luchar contra un enemigo feroz cada vez que inhalaba aire. De vez en cuando, una especie de temblor recorría su cuerpo, y su pierna... Caroline no pudo mirar su pierna más de un instante. Si mantenía la vista más tiempo en aquella herida, se desmayaría.

Y necesitaba estar consciente.

Posó una mano en uno de sus hombros.

—¿Señor Colbert?

No obtuvo respuesta, ni siquiera un leve parpadeo o un sonido de la garganta.

Caroline sintió cómo el pánico crecía en su interior. Tenía miedo, mucho miedo, por su profesor.

Oyó unos pasos cerca de ella. Se giró y vio al chico que le había dado la sudadera para hacer el torniquete. Iba en camiseta de manga corta, pero no aparentaba tener frío. Se miraron, ojos preocupados contra ojos preocupados. No obstante, a ella eso le calmó. Era Tony. Tony era alguien cálido. Tony era uno de esos que siempre tenían una broma a mano en los momentos alegres y un buen consejo en los tensos. En Tony se podía confiar, o eso quería creer.

El mismo hizo que se decidiera al hablar primero.

—Tenemos que hacer algo.

Caroline asintió.

—Necesita ayuda —dijo, y señaló al profesor que yacía en el suelo, todavía sangrando un poco. Era irrisorio decirlo, pero, aun así, Tony hizo un gesto de conformidad con la cabeza. Se acercó más a ella y contestó entre susurros:

—Las líneas de emergencia no funcionan, están saturadas —empezó a decir—. Algunos hemos llamado a nuestros padres, pero ellos poco pueden hacer. Hay que avisar a los que están abajo de una manera u otra. Lo importante es que sepan que aquí hay un herido que necesita ayuda con urgencia.

—¿Abajo? —repitió Caroline, sin llegar a entender a su compañero.

Tony le señaló una de las ventanas que daban al edificio. Un segundo antes de seguir la dirección de su mano, se extrañó de su aparente serenidad. Estaba inquieto, sí, pero no tan histérico como el resto. Como si no hubiera recibido el *shock* inicial. Como si lo hubiera sabido...

No quiso pensar más en ello.

Aquella clase estaba en uno de los pisos superiores y, cuando Caroline se asomó para descubrir a qué se refería su compañero, vio que abajo, en la verja que marcaba el límite entre el terreno propio del instituto y las calles, se agolpaba la gente. Había un único coche de policía con las luces encendidas justo enfrente del arco de entrada, pero al menos eso le dio algo de tranquilidad. Clavó la vista en aquel coche negro y blanco, casi obligándose a que su presencia la calmara. Pensó en que podría abrir la ventana y gritar..., pero a aquella altura nadie la entendería. Se le ocurrió otra cosa. Regresó al lado de Tony.

—Una pancarta —le dijo excitada—. Sólo necesitamos colgar una pancarta. La verían todos desde abajo y sabrían en qué clase estamos cuando entren en el edificio, si es que no están ya dentro.

Sí, esa era una buena idea. Leyó la aprobación en el rostro de Tony y comenzó a reflexionar sobre con qué podrían hacerla. Quizá hubiera alguna cartulina vieja u otra prenda de ropa que pudieran sacrificar.

Entonces su compañero volvió a captar su atención.

—Los carteles de la pared —dijo.

Caroline lo entendió enseguida. Aquellos carteles eran lo bastante grandes y podrían pintar las partes de atrás con cualquier rotulador.

Entre los dos se subieron a una silla y descolgaron el más grande, un esquema de la obra de Mark Twain clavado con varias chinchetas. Sus compañeros les preguntaron qué hacían con tono nervioso, casi como si temieran que lo que estaban llevando a cabo pudiera perjudicarles, pero ellos los ignoraron. Caroline abrió precipitadamente su estuche y escogió el rotulador más grueso que logró encontrar. Se lo tendió a Tony, quien había colocado la cara blanca del cartel mirando hacia él en una de las mesas.

—¿Qué ponemos? —preguntó.

El chico frunció el ceño unos instantes.

—Seamos sencillos —respondió al fin, y escribió con mano firme a lo largo de toda la superficie del papel:



Caroline no pudo evitar admirar que no le temblara el pulso en aquella situación.

Lo sacaron entre los dos por la ventana, seguidos de algunos compañeros que habían adivinado sus intenciones. Lo desplegaron.

Y esperaron. Y esperaron.

Caroline achinaba los ojos para poder ver mejor la reacción de todo aquel tumulto que se encontraba a sus pies.

En ese momento, una de las mujeres levantó un brazo y los señaló.

Pronto, toda la multitud se había girado en su dirección. Y Caroline sintió ganas de llorar de alegría, porque se imaginaba que ya estaban salvados. Eso fue hasta que se giró para mirar al señor Colbert con los ojos brillantes. El profesor se había quedado inconsciente, si bien todavía se apreciaba su respiración. Y ella se preguntó durante cuánto tiempo seguiría respirando.

Tiempo era lo que necesitaba la policía para sacarlos de allí. Tiempo era lo único que no tenía el señor Colbert.

Miró en dirección a la pizarra. A la cita que no hacía ni una hora su

profesor había escrito allí.

«Hay algunos momentos y sucesos extraños, en este complejo y difícil asunto que llamamos “vida”, en que el hombre toma el universo entero por una broma pesada, aunque apenas perciba su gracia y más bien sospeche que la broma corre a sus expensas».

Maldito Melville.



Siempre le había gustado hacer ejercicio y aprovechaba que no pasaban lista en clase de Ciencias para salir a la zona trasera y echar unas canastas con alguno de sus amigos. Ya tenían un balón preparado entre los arbustos, siempre a punto por si se les presentaba la oportunidad de cambiar las aburridas explicaciones sobre mitosis por un juego. Las malas notas le había hecho imposible entrar en el equipo del colegio, pero a él no le gustaba jugar en esa reluciente pista de madera; el asfalto de la calle, las canastas al aire libre y aquel viejo aro que todavía mantenían en los terrenos de la parte de atrás del colegio lo seducían mucho más. Eso era lo que le atraía del baloncesto: la libertad que le daba, el hecho de poder jugar cuando, como y con quien quisiera. Ese deporte estaba hecho para las calles. Los entrenadores, los ejercicios que les obligaban a hacer a los del equipo oficial, las reglas... debían de ser una tortura. Sí, él había decidido que nunca permitiría que el baloncesto fuera una obligación; que sería su vía de escape ante el resto de las imposiciones de su mundo, como los deberes o las órdenes de su familia. Y desde entonces había cumplido aquello a rajatabla.

Kyle y él acababan de finalizar un juego bastante agitado alrededor de la canasta y los dos se habían sentado en el suelo, apoyados contra una pared. Kyle había sacado un paquete de galletas de su desgastada mochila y lo saboreaban entre bromas, intentando decidir si irían a la siguiente clase o si también la pasarían jugando. A ninguno les apetecía mucho volver a meterse en un aula cuando podían estar allí abajo y disputar otro partido. Pero sus continuas ausencias podían acabar metiéndoles en problemas.

Mientras mordisqueaba una galleta, el móvil le vibró en uno de los

anchos bolsillos del pantalón. Lo sacó. Era un mensaje de su hermana, un año mayor que él. Le extrañó, porque sabía que ella sí estaba en clase. Lo abrió con curiosidad.

Sal del edificio.

Le pareció seco y algo borde. Y su contenido era muy extraño. Él ya estaba fuera del edificio, aunque, por supuesto, eso su hermana lo ignoraba. Sería la primera en ir a sus padres con el cuento si supiera que se saltaba las clases.

Así que envió un:

¿Qué pasa?

La respuesta no se hizo esperar.

Han entrado unos chicos de cuarto con armas. Dicen que están disparando a todos.

Allí, en la tranquilidad de aquel rincón del instituto al que ya casi nadie iba, aquello parecía una broma pesada. Pero su hermana nunca bromeaba. No así.

¿Quiénes?

¡Tú sal del edificio, rápido!

Estoy en el patio con Kyle.

Ve por la puerta del comedor. Nos encontraremos frente a la entrada principal.

Vale. Nos vemos.

Todavía sin el menor asomo de prisa ni de intranquilidad, se volvió hacia Kyle, que había terminado el paquete de galletas y ahora se disponía a atacar una chocolatina que había sacado de uno de los bolsillos laterales de su mochila. La mochila de Kyle siempre parecía una tienda de caramelos andante. Repartía dulces como si de Santa Claus se tratara; era genial. No tenía ni idea de cómo convencerlo. Él podía obedecer a su hermana, aun sin llegar a creerla del todo, pero su amigo...

—Kyle —le dijo—, mi hermana me ha dicho que tenemos que salir del

instituto.

El otro chico se giró con desgana.

—¿Por qué?

Cogió aire. Persuadirle de aquello iba a ser una tarea casi imposible y más si tenía en cuenta que él tampoco sabía muy bien por qué debían hacerlo.

—Me ha escrito un mensaje sobre que unos de cuarto han entrado con armas y están disparando a todo el mundo. Que nos vayamos hasta la salida lo más rápido que podamos.

Kyle no soltó una carcajada, aunque no le faltó mucho.

—Pero ¿qué...?

El estallido cortó su pregunta.

Fue fuerte, muy fuerte. Y cercano. Y se parecía mucho al sonido de...

No lo dudaron. No se pararon a mirarse entre ellos. No discutieron. No trataron de averiguar de dónde procedía. Ni siquiera pronunciaron una palabra. Con toda la rapidez que les permitían sus piernas, se levantaron y echaron a correr.

Lo único que se quedó al lado de aquella oxidada canasta fue la mochila de Kyle, olvidada en el asfalto.



La señora que rezaba en voz baja la había dejado en paz, pero entonces ella, más nerviosa e impaciente a cada minuto que pasaba, casi rozando el histerismo, había ido a hablar con el conserje. Apenas si recordaba el diálogo que habían mantenido. Ella había repetido con ansiedad: «¿Por qué no vienen?, ¿por qué no vienen?». La policía se había convertido en una extraña fijación, una necesidad. El conserje del instituto, que había sido uno de los primeros en salir del edificio, la había mirado con una comprensión que a ella le había provocado una pizca de rabia, como cuando sabes que van a intentar calmarte en unas circunstancias en las que no quieres estar calmado. Ella se había armado con su mirada más fija e imperante y había vuelto a preguntar. Esta vez sí, el conserje había respondido un triste «están en camino» que a ella no le había sonado tranquilizador. En absoluto.

No había que ser muy listo para saber que cada segundo que pasaba contaba. Esperar cada vez era más difícil. Ser consciente de que ella estaba a salvo mientras otros estaban en peligro era casi insoportable.

Pero el conserje tenía razón. El esperado coche azul y blanco, con las luces y la sirena tronando, acabó por irrumpir en la escena. Condujo rápido por la rotonda que flanqueaba la entrada del instituto y aparcó a un lado, sobre el césped. Sólo un vehículo, que seguramente sería el que se encontraba patrullando más cerca de allí y había tardado menos en llegar que los otros. Y, aun así, había sido demasiado.

Abrieron de prisa las puertas del coche, con un movimiento que pareció seccionar el aire, y salieron a la vez. Eran dos, asombrosamente parecidos, de mediana estatura, pelo oscuro con algunos grises asomando, gestos bruscos, falsa resolución. Lo primero que hicieron fue cortar la calle y desviar el tráfico con algunas cintas y conos. Lo hicieron como un ritual, algo que controlaban y a lo que se aferraban. Pero, una vez concluido, contemplaron el edificio con una especie de temor distinto al de todos los presentes, pero temor a fin de cuentas.

Estaban obligados a hacer algo, aunque ni siquiera sabían por dónde empezar. Y era natural, pensó ella. Hacía veinticuatro horas, nadie se hubiese imaginado que una situación semejante pudiera desatarse en su monótono y pacífico vecindario.

Los observó desde su posición, inmóvil, hasta que uno de los dos acudió a ella.

«Sí, los he visto cuando entraban en el instituto. Yo estaba en la puerta tomando el aire... Dos, sólo dos. No he visto exactamente cuántas armas, pero uno de ellos llevaba una pistola colgada de la cintura del pantalón... No, no conozco el contenido de las mochilas, pero parecía pesado... ¿En el colegio? Decían que éramos unos novecientos alumnos. Me temo que el número de profesores no lo sé, pero aún debe de quedar mucha gente allí, se lo aseguro. ¿Las descripciones de los dos chicos...?».

Se las dio. Y se sintió extrañamente mal por delatarlos. Después de todo, eran sus compañeros. O lo habían sido.

Sin embargo, no habló del aviso que había recibido por la noche. No sabía por qué. Quizá porque entonces tendría que hablar de muchas cosas que no tenía ni ganas ni tiempo para explicar.

Los policías estuvieron unos minutos formulándole preguntas muy concretas y a ella eso le sirvió para calmarse. Hacer algo, poner su mente a

trabajar en cosas precisas, responder a lo que pedían fue la solución para centrarse y dejar de imaginarse escenas terroríficas. Además, quiso ver en los rostros de los agentes cierta seriedad, un poco de aplomo, mucha disciplina y profesionalidad. No quiso ver el miedo. Allí no se necesitaban personas con miedo. Aquellos agentes no podían tener miedo. Todo terminaría una vez que ellos entraran allí. Sí, estaba segura.

Tras hablar con ella, volvieron a entrar en el coche, sin duda para avisar por la radio de todo lo que habían averiguado y recibir instrucciones. Tampoco tardaron mucho. En ese tiempo, muchas miradas se dirigieron hacia ellos, con ansiedad, buscando algo de esperanza en sus rostros. Ella se sintió afortunada por haber hablado con los policías, sus futuros salvadores. Aunque, por supuesto, el miedo y la inquietud seguían sin abandonarla.

Miró otra vez en dirección a su instituto, preguntándose una vez más cómo había podido pasar aquello cuando nadie se lo esperaba. Siempre había escuchado a la gente decir, cuando algo terrible ocurría, que parecía una pesadilla. Cuando era la que atendía a hechos ajenos, esa expresión le había parecido una tontería, pero ahora lo comprendía perfectamente... Y ella ni siquiera se había llevado la peor parte, cosa que en su interior agradecía y que a la vez le hacía sentirse algo egoísta por esa secreta felicidad. Sus compañeros seguían allí. ¿Qué estaría ocurriendo dentro? Nada de lo que veía por las ventanas le daba la menor idea del ambiente al que en ese momento tendrían que hacer frente los chicos que todavía no habían salido.

Decían que en las ciudades pequeñas nunca pasaba nada. Hasta que pasaba. Algo parecido se podía decir del interior de las personas aparentemente normales y tranquilas. Porque ella, al menos, nunca se hubiera imaginado algo así de aquellos dos.

No era un pensamiento muy cómodo, por lo que lo apartó de su mente.

¿Y los que estaban allí fuera? ¿Se sentirían agradecidos por ser simples espectadores y no personajes de aquella locura? ¿Se sentirían algo culpables, como ella misma? ¿Tendrían paciencia, confiarían en los agentes o les corroerían las ganas de abalanzarse hacia la puerta y entrar, entrar y hacer... algo? Algo. Lo que fuera. ¿Por qué sólo miraban? Por lo menos, ya no se veía a la señora de las oraciones, porque seguramente se le hubiera echado encima por pura frustración.

Sus pensamientos eran una montaña rusa, al igual que sus emociones. Tan pronto se calmaba como la asaltaban con preguntas. Todo se le venía encima de un segundo a otro. A veces esperar era aún peor que estar en el ojo del

huracán de los acontecimientos.

Los agentes habían salido de sus coches. Uno estaba apoyado contra el capó, mientras que el otro daba cortos paseos, echando vistazos a un lado y al otro, como para asegurarse de que ninguno de los que estaban fuera hiciese algo que ellos probablemente hubieran calificado de estúpido. Pero esa era una clara actitud de espera, y ella sintió que toda la esperanza que había sentido hacía un rato se desvanecía. Había sido una tonta por pensar que sólo dos agentes podrían hacer algo. No; una tonta, no. Tan sólo una ilusa llena de desesperación.

Oyó una voz, aunque, sumida como estaba en sus pensamientos, no atendió en un principio a lo que decía. Pero a su alrededor empezaron a hablar cada vez más personas y la algarabía acabó por desconcentrarla. Alzó la vista. Todos miraban hacia arriba, en dirección al edificio. Sus expresiones eran variadas, pero el temor predominaba en todas. Muchos hablaban entre sí y algunos señalaban.

Ella siguió con los ojos las manos y las miradas del resto. Lo vio enseguida. El tono blanco resaltaba contra las grises y algo sucias paredes del edificio. Ni siquiera tuvo que aguzar la vista, porque el «¡AYUDA! UN HERIDO GRAVE» se leía a la perfección desde aquella distancia.

Los dos chicos que sujetaban la cartulina desde la ventana tenían los rostros vueltos en su dirección. Y sintió que la miraban justo a ella. Aunque desde ahí era imposible saberlo. Daba igual. La miraban.

Eran un chico y una chica. Y reconoció el pelo rizado del chico pese a estar tan lejos. *Tony*. Era *Tony*. *Tony* la miraba.

Sus ojos gritaban.

Aquella pancarta gritaba.

No pudo aguantarlo. Algo estalló en su interior y echó a correr hacia la puerta. Corría ciega, sin ver ni pensar en nada más allá de la entrada que tenía que atravesar. Esperar fuera, no hacer nada... ya no era una opción. Corría sin respirar, enloquecida. Corría, corría, corría, por una vez el infierno delante de ella y no persiguiéndola.

Cada paso era por cada uno de sus amigos.

Kit. John. Noel. Tony. Gab. Lucy...

Y, cuando estaba a menos de diez metros del edificio y había pasado ya la rotonda de la entrada, los sintió.

Unos brazos la agarraron y la detuvieron. Primero fueron dos. Luego, cuatro. Y, por mucho que se revolvía, no lograba zafarse de ellos.

—¡No puedes entrar ahí!

—¡No! ¡Suéltame!

En su campo de visión apareció un uniforme azul.

—¡Es peligroso, chica! ¡No puedes entrar tú sola!

—¡Cálmate, por favor!

Las lágrimas la cegaron.

—Déjenme ayudarlos...

Eso fue antes de perder la vista. Por suerte, los brazos de los policías frenaron la caída de su cuerpo inconsciente.



¡Auxilio! ¿Qué puede hacer? ¿Correr entre las mesas hasta la puerta? El comedor está vacío. ¿Seguro? A lo mejor hay más personas escondidas como él. No, nadie se atreve a esconderse en un lugar tan abierto. Había sido ridículo hacerlo. Era ridículo esperar. No. No lo es. Está asustado. Está tan, tan asustado. Había sonado un disparo. El corazón le dio un vuelco. Toda su sangre se convirtió en puro nervio. Aún dura aquella sensación. ¿Qué puede hacer? Disparo. Han sonado muchos más desde el primero. Ha oído gritos. Gritos. Explosiones. Disparos, disparos, disparos. Él no puede hacer ruido. No quiere que lo encuentren. Pero no lo van a encontrar. ¿Quién será? ¿Quién lleva las armas? ¿Quién dispara? ¿Quién quiere hacerle daño? A lo mejor a él no le dispararían. ¿Quién querría dispararle a él? No desea salir de allí; ha pasado tantos buenos momentos en el comedor... Se siente a salvo. Incluso cuando oye disparos. Y gritos. Los gritos son lo peor. Los sonidos son brutales. Estruendo y silencio, estruendo y silencio. ¿Cuánto tiempo llevará allí? Un momento. Ha pasado algo delante de la pared. Espera que fuese una mosca. Claro que era una mosca. El suelo está frío. Quiere levantarse. No se atreve. ¿Qué puede hacer? No sabe qué va a encontrarse fuera. ¿Y si lo están esperando en la puerta? No, eso es una paranoia. Oh, ¿cuántos habrán muerto? No quiere pensarlo. No debe pensarlo, o no podrá pensar. Tiene que calmarse. Lo necesita para saber qué hacer. Y se calma un poco. ¿Y si sale del rincón en el que está agachado? ¿Y si echa a correr con todas sus fuerzas?

Sería como una exhalación. Nadie lo vería. ¿Puede un tirador apuntar a alguien que está corriendo? Reconoció el sonido de los disparos enseguida. Su padre suele llevarlo a galerías de tiro. No piensa volver. No quiere volver a tocar, ver o estar cerca de un arma. Se estremece. Armas. ¿Cuántos habrán muerto? Están disparando. Otros están disparando y puede que, si lo ven, lo maten... ¿Qué puede hacer? Su cerebro chilla. ¿Correr? ¡No! ¿Quedarse allí? ¡No! ¿Gritar? No, no, no. Lo único que quiere es estar en su casa. Lo único que quiere es no estar viviendo aquello. Pero está allí y tiene que pensar en qué puede hacer. No quiere echar a correr. Lo desea y le repele a partes iguales. Tenía que haber huido en la estampida inicial, pero se había quedado clavado. Sólo había podido agacharse. Ahora hay sillas y mesas tiradas por el suelo. Tiene miedo. ¿Por qué salir de allí? ¿Por qué tenía que pasar eso en su instituto, en su amado instituto? ¿Quién dispara? No lo sabe. No tiene ni idea. ¿Pasarán por allí, por el comedor? Espera que no, o más bien se lo ruega a todos los dioses que conoce. No, que no pasen. Por favor, sea quien sea, que se vaya lo más lejos posible. No sabe si las mesas le ocultan lo suficiente, pero él se siente a salvo entre ellas. No, eso es mentira. Ya nunca podrá sentirse a salvo. Las piernas le cosquillean por lo mucho que desea echar a correr, salir del instituto, irse lo más lejos posible, escapando, siempre escapando. Oye ruidos. Tiene que dejar de temblar con cada cosa que oye o se volverá loco. Ojalá estuviera todo en silencio o, mejor aún, hubiera un alboroto increíble, de esos en cuyo centro estás más tranquilo que en el propio silencio. El silencio roto del edificio le pone histérico. Es ese silencio de cuando todo a tu alrededor —paredes, muebles, luces, personas— contiene la respiración. Está pensando cosas ridículas. Tiene que calmarse. No, no, tiene que salir corriendo. ¿Podrá hacerlo? Vamos, él tiene valor; todo el mundo tiene valor para hacer algo tan sencillo como levantarse y salir corriendo. ¿Por qué las piernas no le responden? Quizá porque su cerebro no puede darles la orden de que se levanten, porque tiene miedo, mucho miedo, aunque ponerse de pie y echar a correr sea cosa de un instante. ¿Y ese ruido? ¿Llevaba todo el rato ahí? No, es un ruido diferente..., un sonido de pasos que le aterroriza. ¿Y si es alguien que viene a ayudarlo? No levanta los ojos, no puede levantar los ojos, porque tiene la sensación de que, si no los ve, ellos tampoco lo verán. Pero suena algo metálico y entonces sí, su instinto lo fuerza a mirar.

—Mira qué tenemos aquí. ¿Tú no eras el que nos intentaba convencer de que fuéramos a misa? ¿Qué haces temblando si tienes tanta fe?



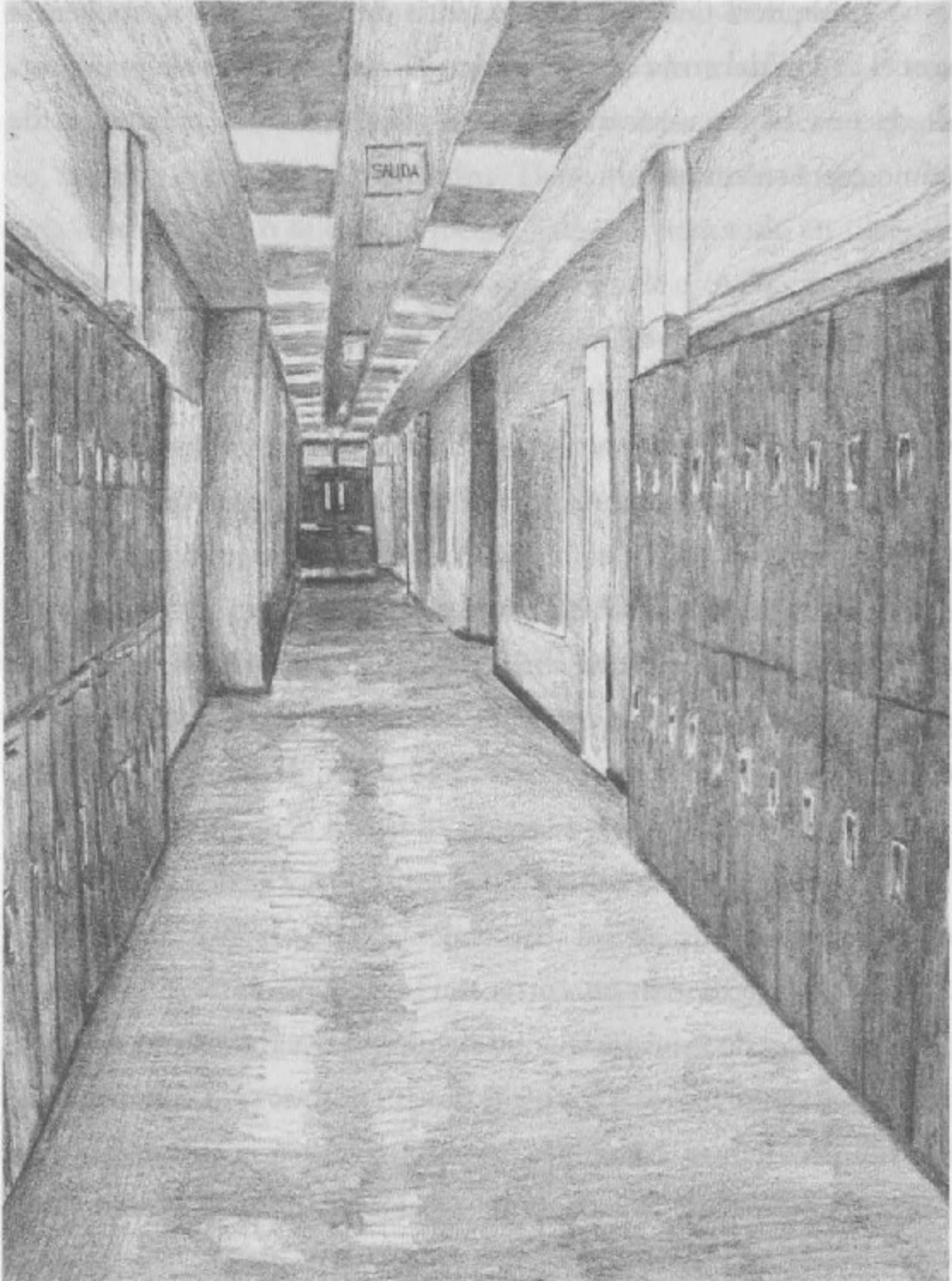
Cada paso que daba John era una liberación.

Las ventanas, las taquillas y las paredes desfilaban ante sus ojos como objetos invisibles, como si su mirada pudiera atravesarlos. Y su mente..., su mente lo sabía. Estaban cerca. Estaban tan cerca... En ocasiones había creído que abriría una puerta o daría la vuelta a alguna esquina y se toparía con ellos. Seguía oyendo disparos de vez en cuando. Sí, estaban cerca.

Ellos huían, pero él no se sentía como un perseguidor.

Desde una ventana había visto el solitario coche de policía que ya se encontraba en la puerta. Pero calculaba que le quedaba tiempo. Seguramente tardarían en entrar. Sus reglas no entendían de momentos clave, de minutos que pudieran salvar vidas. Aunque a él ya nadie podía rescatarlo. A los otros dos, sí, porque sólo eran fugitivos a los que les habían escondido la esperanza. Pero ¿a él? No, él ya no podía tener un final feliz. Aunque odiaba pensar en sí mismo como una historia más.

Y ni siquiera tiene tiempo de sentir miedo cuando se encuentra con el cañón del arma que le apunta. Y ni siquiera ve la cámara que, desde una esquina, sacará una fotografía, instantes más tarde, de cómo caerá su cuerpo.



Pero le quedaba un acto más. Un único gesto en el que se lo iba a jugar

todo.

Se empezaba a dar cuenta de que, para lo mucho que detestaba pensar sobre sí mismo, lo hacía demasiado a menudo.

El instituto parecía incluso más calmado que hacía un rato, en el sentido más espantoso de la palabra. Sin embargo, cuando John pasó por delante de una puerta, no pudo evitar volver a salir del enmarañado bosque de sus pensamientos. Al principio no supo qué había sido, pero luego captó voces a su derecha. Echó una ojeada y vio la hoja de madera que hacía de entrada para los aseos de las chicas. Volvió a escuchar, esta vez intentado aguzar el oído. Sí, no había duda. Hablaban con susurros, pero las paredes de los edificios eran tan finas y las puertas, de tan mala calidad que lo oía todo desde donde se encontraba. Antes de entrar pensó, sintiéndose algo ridículo, que sería la primera vez que entrara en un baño de mujeres.

Las bisagras hicieron un sonido extraño al abrirse, menos intenso que un chirrido, pero sí lo suficiente como para que los susurros se zanjaran de forma repentina. Aunque las entrecortadas respiraciones seguían escuchándose.

Cuando entró, dos pares de ojos redondos y femeninos lo observaron con temor. John levantó las manos con un gesto que pretendía demostrar que iba desarmado, que era inofensivo. Ambas chicas parecían más jóvenes que él y estaban asustadas, muy asustadas. No las culpó por ello. Sus rostros no le sonaban, aunque en un instituto como aquel era imposible conocerlos a todos, incluso de vista. Fue una ironía, porque una de ellas sí que lo reconoció a él. Era una chica bajita y de rasgos asiáticos que, nada más verlo, susurró su nombre, apenas un suspiro entre los labios: «John». La otra, más alta y pelirroja, se limitó a observarlo con temor. Su miedo se le clavó al chico en el interior como una hoja de acero.

—¿Me conoces?—fue lo primero que salió atropelladamente de su boca.

—Claro. Eres del grupo de Noel.

«Típico», pensó John. Se tragó el impulso de añadir un: «Era. Hace tiempo».

—¿Qué hacéis aquí?

Las chicas se miraron como si buscaran la respuesta la una en la otra. La más pequeña tenía los músculos tan agarrotados y contraídos que él podía apreciar el temblor que sacudía todo su cuerpo. La otra respiraba con dificultad, como si no hubiera suficiente oxígeno en el aire.

—Ocultarnos —respondió al fin la pelirroja. Pero su voz no sonaba nada

segura y John negó con la cabeza.

—Tenéis que salir, chicas —dijo.

—No...

—Tenéis que salir de este edificio. De verdad. No hay ni un solo lugar seguro dentro de él. —Su tono había recobrado parte de la frialdad o, mejor dicho, de la falta de sentimientos y el vacío que lo habían acompañado por los pasillos. Pero no le importaba si esa indiferencia le ayudaba a pensar con claridad—. Es necesario —continuó, atrapándolas con su mirada inexpresiva y su tono imperturbable—. Ahora mismo deberían encontrarse muy cerca, en la zona de los vestuarios. Eso quiere decir que vuestro camino hacia la salida está despejado. Echad a correr. Huid. Si yo os he oído, si he notado vuestra presencia, ellos también podrían en el caso de que pasaran por aquí.

Lo escuchaban sin dejar de mirarse la una a la otra y John se preguntó cómo es que era tan fácil encontrar el coraje en los ojos de otra persona. Y las ayudó a ello.

—No tenéis tanto miedo como creéis. Podéis hacerlo.

Y era verdad. Tardaron todavía unos instantes, pero al final una de ellas asintió con la cabeza mientras la otra apretaba los puños, decidida.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de lo que no encajaba.

—¿Tú no quieres huir?

—No —respondió John, sin permitirse ni un segundo de vacilación. —
¿Por qué no?

A esa pregunta no contestó. Pero se quedó resonando en su mente. ¿Por qué no? ¿Por qué no escapar ahora que podía? ¿Por qué no echar a correr y salvarse?

Como única respuesta, volvió a rozar con los dedos la flor que colgaba del bolsillo de su pantalón. No pudo reprimir un pensamiento:

«¿Quién quiere salvarse?». Pero eso no lo expresó en voz alta. No lo hubieran comprendido. Quizá ni él mismo lo comprendía del todo.

—Tomáis la decisión correcta —dijo en su lugar—. Y aviso: vais a ver cosas horribles en esos pasillos, imágenes que os van a perseguir durante mucho tiempo, que puede que no os abandonen nunca, que serán parte de vuestras pesadillas. Pero si os quedarais aquí y ellos apareciesen... sería mucho peor. Pensad en eso cuando estéis fuera o cuando tengáis ganas de pararos en lugar de seguir corriendo hacia la salida, ¿de acuerdo?

—Ven con nosotras —le suplicó por última vez la chica más alta.

John se permitió una media sonrisa, por muy macabra que llegara a

resultar en esa situación.

—No, no puedo. Lo siento.

No lo comprendían. Supo por sus ojos que no lo comprendían, aunque, por supuesto, no podía culparlas. Pero no les quedó otra que aceptarlo, porque era cierto que el tiempo apremiaba y que debían salir cuanto antes de allí.

Las escuchó cuando, con un par de comentarios cortos, decidieron por dónde escaparían. Pensó que al menos habría hecho algo bueno aquel día.

Y, cuando ya se disponían a abrir la puerta, llamó la atención de la que lo había reconocido con un gesto.

—¿Sabes quién es Kit?

La chica le miró extrañada, pero asintió con la cabeza.

—Si lo ves por allí fuera o donde sea... —Titubeó un poco, pero al final lo soltó—: Tan sólo dile que hoy no me apetecía huir.

La chica volvió a asentir y John agradeció que no planteara preguntas innecesarias. Sin más dilación, salió al pasillo y miró el camino que tenía por delante mientras, detrás, el roce de las zapatillas de sus compañeras indicaba que habían echado a correr lo más rápido que podían.

En su interior les deseó la mejor de las suertes antes de volver a pensar en lo que a él le concernía.

Lo había dicho casi sin pensar, pero era verdad. Ellos dos estaban muy cerca. Su instinto lo sabía, con esa certeza que uno sólo puede tener acerca de algo que no se ha parado a reflexionar. Y se dirigió hacia los vestuarios.

En ningún momento, a lo largo de la mañana, había andado tan rápido. Nunca se había preocupado menos de todo lo que le rodeaba. Pudo haber pasado delante de escenas terribles, como de hecho ocurrió, sin haberse dado cuenta de ello. Llegó al último pasillo. A un lado estaba la puerta gigantesca que servía de entrada a la cancha de baloncesto y al gimnasio; al otro, los vestuarios. La puerta con el símbolo masculino estaba abierta.



Y las oyó. Sus voces.

Por fin. Unas voces que no pretendían ocultarse, porque ¿qué razón tenían para ello?

Los cuadrados de luz provenientes del sol que entraba por las ventanas se alternaban en el suelo del pasillo con las franjas de sombra. John atravesó esa superposición de claridad y oscuridad, frío y calor. Calor de los rayos solares que lo acariciaban cuando pasaba cerca de un cristal, frío en las sombras que ocultaban parcialmente su expresión. Hasta que las voces fueron tan claras que pudo entender cada una de sus palabras. Y cuando fue necesario, giró a la izquierda. Y, con los pensamientos sumidos en un maravilloso (al menos, para él) silencio, entró en el vestuario.

«Kit. Emily. Lo siento.

O quizá deberíamos sentirlo todos».



—Y ahora, ¿qué hacemos?

Cada una de las paredes y de los muebles del vestuario, todos grises y blancos, respiraba tranquilidad. Sólo las dos figuras de los chicos rompían el patrón con sus vestimentas negras. Uno, el que había hablado, estaba sentado. Acariciaba con suavidad, casi con primor, el frío metal negro del arma que tenía entre las rodillas. Su pregunta había sonado lejana, ausente, como si la hiciera por cortesía, pero realmente no buscara una respuesta. Sus ojos estaban calmados y sus hombros, relajados. Los movimientos de sus dedos sobre la pistola seguían una pauta al recorrer sus curvas y sus ángulos: gatillo, cañón, la parte superior al bajar hacia el mango... y vuelta a empezar.

Su compañero deambulaba por el amplio espacio del vestuario, pero, a pesar de sus paseos, no mostraba mayor agitación que el otro. Quizá sí una ligera tristeza en el rostro. Su postura era recta y los pasos, uniformes. Giró un momento la cabeza en dirección al otro chico cuando este pronunció aquella pregunta, pero volvió a mirar al frente, casi sin inmutarse. Sus ojos vagaban perdidos por la sala.

Lo único que parecía alterar esa extraña y antinatural calma era el sonido

del rifle que llevaba a la espalda, sujeto con correas, al golpear contra su cuerpo. Pero ellos no parecían oírlo.

El que estaba sentado levantó un momento la cabeza y se dignó a mirar a su compañero. Sus pupilas recorrieron por sus ojos el mismo trayecto que el otro dibujaba con sus pasos.

—¿En qué piensas? —acabó por preguntar con un tono de voz neutro.

Su interlocutor detuvo sus pasos con suavidad, la misma que utilizó para contestar: —En por qué no me siento culpable. Tiene que haber una razón.

—Quizá porque estás haciendo justicia.

Meditó esas palabras.

—No creo en la justicia —replicó al fin.

El otro se encogió de hombros y, con un gesto desenfadado, señaló su camiseta.

—En realidad, yo tampoco.

En la prenda se leía un mensaje: «NATURAL SELECTION».

Más silencio. El que estaba de pie volvió a sus paseos, aunque ahora más pausados, mientras que el otro dejaba la mano inmóvil sobre la superficie de su arma. Cuando el primero cambió el sentido de su rumbo, abrió la boca de nuevo sin despegar la vista del suelo.

—A veces... —comenzó—, creía que podía controlarlo todo. Que lo que ellos me hicieran o me dijeran daba igual. Llegó un momento en que la culpa podía conmigo; era mi culpa, mi culpa, mi culpa por ser tan débil. Alguien dijo una vez que los demás sólo podían hacerte daño si tú se lo permitías, y yo me lo creí. Parecía que el hecho de que me afectara era algo que estaba en mis manos, que era mi elección más allá de lo que ocurriera. Pero no es tan sencillo, ¿verdad? Nunca lo es.

—Curioso contexto para esa frase. —Carraspeó. El comentario sonó vacío en la atmósfera del vestuario, pero el chico siguió hablando—: Piénsalo. En principio parece genial la idea de que podemos controlarnos a nosotros mismos de esa manera. Pero, si reflexionas, te das cuenta de que entonces todo sería muy aburrido. Así que al revés: yo prefiero tener el menor control posible sobre mí mismo.

—Entonces, te hieren —contestó el paseante, levantando la cabeza.

Justo en ese momento, sin hacer ruido ni nada que delatara su presencia, otra silueta entró por la puerta. Los incesantes sonidos del disparador de su cámara revelaban que seguía haciendo una fotografía detrás de otra. Ambos alzaron la vista ante aquel personaje, pero continuaron como si nada hubiera

ocurrido unos instantes después.

El que estaba sentado, haciendo una especie de honda con los dedos que mantenía sobre el arma, siguió con la conversación:

—Entonces te hieren, sí —respondió—. Y luego tú los hieres a ellos.

—Dijiste que no creías en la justicia.

—Vengarse no tiene nada que ver con una mujer ciega y una balanza.

Por primera vez, su voz sonó con algo más de brusquedad, pero su amigo aparentó no darse cuenta.

—¿Eso es lo que hemos hecho? —preguntó—. ¿Vengarnos?

El que seguía sentado alzó la barbilla.

—Empiezas a cansarme con tus preguntas.

Esto acalló por fin a su interlocutor, que siguió con sus paseos, aunque ahora describiendo un círculo por el espacio central del vestuario, entre los bancos. No parecía haberle molestado la rudeza del otro, pero sí evitaba mirar en su dirección, aunque quizá eso se debiera a que volvía a estar ensimismado.

El otro chico se dio la vuelta, esta vez sí, hacia la cámara que lo apuntaba con obstinación. Ladeó un poco la cabeza, en un gesto no carente de insolencia.

—¿Te gusta el material? —preguntó.

Los ojos muy claros y abiertos volvieron a asomarse por encima del aparato.

—Es muy bueno.

Otro *clic*. Otra foto.

El chico de la pistola sonrió una vez más al objetivo, enseñando los dientes, y luego volvió a ignorar la presencia del que lo retrataba.

Permanecieron en silencio, como al principio, otro buen rato. Era imposible intuir lo que pasaba por sus cabezas a través de sus gestos y expresiones. Fue como si el tiempo se hubiera parado en aquella estancia, como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Los tres ocupantes de la sala respiraban casi al unísono, inmersos en esa letanía, esa falsa calma. Pero, al final, el chico que estaba de pie cesó sus monótonos paseos. Rompiendo una vez más con la atmósfera que se había instalado entre ellos, se detuvo en el centro exacto de la sala, abarcando con la mirada el mayor ángulo posible, y dijo:

—Esto me trae recuerdos. Por fin, algo parecido a una sonrisa amarga cruzó el rostro de su compañero.

—Siempre te acompañan los que desearías haber abandonado, ¿verdad?
El primero que había hablado asintió.

—Siempre —respondió y, tras un segundo de reflexión, añadió—: La gente dice que son como cicatrices, pero es mentira. Algunos recuerdos no dejan de sangrar.

—Bah. Tú siempre tan poético.

—No por mucho tiempo.

Después de decir aquello señaló con la mano extendida hacia un rincón, al banco más alejado, medio escondido detrás de una columna. La mirada de su compañero y el objetivo de la cámara siguieron la dirección de su brazo.

—Allí nos cambiábamos tú y yo —dijo el otro.

—Siempre.

—Apartados de los demás.

—¿Nos alejábamos porque éramos diferentes o al revés?

El chico que estaba sentado encogió de hombros y, por primera vez, separó las manos del arma.

—¿Acaso importa?

—Supongo que a ti no —fue la respuesta—. Siempre te gustó ser diferente. Sentirte superior.

—Lo dices como si fuera algo malo. —¿Esa es la sensación que doy?

—Te odiarías aún más si fueses como ellos y lo sabes. —Levantó la pistola—. Menos mal que le pusimos solución.

Su compañero, como si hubiera perdido el interés, se sentó en el banco más próximo, con la espalda encorvada y el rifle sobresaliendo en diagonal por encima de la cabeza. Se pasó una mano por el pelo, despeinándolo. Y entonces abrió la boca, como si el otro no hubiera dicho nada.

—Y ahora, ¿qué?

En ese lugar no parecía haber respuesta.

Transcurrió otro rato en silencio. Y entonces, roto el ambiente y rota la calma como hacía un buen rato los habían roto sus propios disparos, percibieron un sonido intermitente, luego más regular. Sonido de pasos. Unos pasos que se acercaban. Se miraron mientras la cámara cambiaba discretamente de posición, de modo que la entrada al vestuario quedara dentro del plano. Los dos chicos cogieron sus armas, la pistola con decisión, el rifle con más suavidad, pero igualmente sin dudas. Apuntaron a la puerta. Y esperaron, con los ojos casi sin parpadear.

Los pasos acabaron por llegar. Y, como si de una aparición se tratara,

John cruzó la puerta.

Se detuvo unos metros más adelante. Pareció como si no viera las armas que lo apuntaban. Miró fijamente a ambos.

Y ladeó un poco la cabeza.

INTERLUDIO



La conversación con sus padres había sido algo tensa e incómoda. John había intentado mostrarse cariñoso y se notaba que sus padres trataban de acogerlo en casa como si no pasara nada, pero en cierta manera todo resultaba extraño.

Aunque el joven agradecía que no le preguntaran por el motivo de su regreso.

La mejor parte había sido justo antes de la cena. En ese momento, su padre había comenzado a interrogarle acerca de la universidad y él había podido responder con un entusiasmo que era sincero. Adoraba las clases, el ambiente del campus y el piso que compartía con otros dos universitarios, buenos amigos suyos. Le gustaba tanto que a menudo dudaba sobre qué haría cuando todo aquello acabara y se graduara. Pero eso no se lo confesó a sus padres.

También tuvo que reprimir los deseos de preguntarles por varios de sus compañeros del instituto, por el ambiente de la ciudad tras el tiroteo. Sabía que no les gustaría. Sabía que ellos preferían pensar que había regresado para ver a su familia y nada más.

El tema volvió a su mente cuando acabó de cenar y subió a su antigua habitación. Estaba cansado del viaje, pero no quería acostarse tan pronto.

Y tenía algo pendiente que hacer.

El dormitorio seguía tal y como él lo había dejado justo antes de mudarse con su tía para acabar el instituto en la ciudad vecina, aunque entonces todavía se iba con sus padres los fines de semana. Aquellos habían sido unos meses oscuros, faltando mucho a clase, recuperándose de la conmoción de lo que había vivido, curándose a sí mismo. Las primeras semanas habían sido duras, muy duras. Luego no lo fueron tanto, pero de alguna manera siempre había sabido que aquel tiroteo y los rostros de los chicos que empuñaban las armas nunca lo abandonarían.

Pasó la mano por sus antiguos libros. Tenía la manía de ordenarlos en las estanterías por los colores de los lomos. Luego miró sus pósteres: Nirvana le saludaba desde el fondo, el cartel de *Blade Runner* seguía encima de la cama y, por supuesto, Lennon le sonreía desde la puerta con una flor amarilla tapándole un ojo.

Suspiró e, intentando mantenerse tranquilo, abrió su armario.

Estaba casi vacío porque la mayoría de la ropa se la había llevado en sus

múltiples mudanzas. Sólo quedaron las prendas más viejas o las que le estaban pequeñas. Sin embargo, no era ropa lo que buscaba.

Al fondo, en una esquina, estaba la caja. Sin abrir, por supuesto. Sus padres tenían la sana costumbre de no curiosear demasiado entre sus cosas, algo que John siempre había agradecido.

Se sentó en el suelo, abrió la caja y sacó su contenido: tres cuadernos y un montón de fotografías.

Aquello era lo que estaba buscando.

Dejó las fotografías a un lado. Ya les echaría un vistazo más tarde.

Ahora lo que quería era leer.

A las pocas semanas de que se desarrollara el tiroteo, él había decidido dejarlo todo por escrito. Su psicóloga se lo había recomendado, asegurándole que contarle todo, aunque fuera para sí mismo, le ayudaría. Y tenía razón, como de costumbre. Mientras escribía se iba liberando de culpas, dolores y miedos, y se sentía más... ¿ligero? ¿Libre de ataduras? Cuando acabó de escribir, metió todos los cuadernos en la caja y, un fin de semana que había vuelto con sus padres, la guardó en el armario. No la había vuelto a abrir desde entonces.

Cogió el primero de los cuadernos.

Allí había contado toda su etapa en el instituto hasta el día del tiroteo. Todos los acontecimientos que desembocaron en la tragedia estaban allí, contados del puño y letra de su yo pasado. Las razones. Los antecedentes. La cadena de sucesos. Incluso aquello que le había ocultado a la policía, no por temor a lo que pudiera pasarle, sino porque eran cosas demasiado personales.

Allí estaba todo.

Y necesitaba volver a leerlo.

SEGUNDA PARTE: JOHN ANTE EL ESPEJO

*Debemos tomar partido. La neutralidad ayuda al opresor, nunca a la víctima.
El silencio alienta al torturador, nunca al atormentado.*

ELIE WIESEL



Contar lo que todos quieren escuchar es fácil. Deliciosamente fácil.

Nos encanta, ¿verdad? Nos deleitamos cuando nos rodean muchos pares de ojos ansiosos pero vacíos, ojos que esperan algo, ojos que saben lo que quieren escuchar. Desean una historia tan vacía como ellos. Una historia con la que puedan fingir que han sentido algo, cuando en realidad será otro recuerdo más de la maraña de sinsentidos que los alimenta.

Me cansé de ojos vacíos hace tiempo. Me aburren. Me entristecen. Me dan pánico. A veces me consumen. A veces hasta me hacen desear ser como ellos.

Y en los pasillos de mi antiguo instituto nunca podías librarte de ellos.

En ocasiones, cuando los recorría con la cabeza gacha y escudando mi espalda con la mochila, tenía la necesidad de pararme. Y lo hacía. Me colocaba en medio del pasillo, rodeado de cientos de estudiantes. Y cerraba los ojos. ¿Habéis cerrado alguna vez los ojos en medio de una multitud? Los oyes a todos a tu alrededor, gritando, riéndose, andando o corriendo. La masa. La gran masa. Quizá todos tengan sus sentimientos, sus miedos, sus preocupaciones, sus demonios, sus deseos inconfesables, pero se entregan a la masa con júbilo. Puede que hasta apaguen unos ojos que antes fueron brillantes. Eso es lo que yo sentía al cerrarlos entre ese montón de gente. A pesar de que me paraba, todo seguía dando vueltas con la locura de siempre. A veces tienes ganas de gritar, de que te den un instante, un solo instante, para resolver lo que sea que ocurre en tu cabeza. Pero nunca se paraban. Nunca se paran.

Es como si estuvieras corriendo, huyendo de algo durante toda tu vida. Y no puedes pararte ni tomarte un respiro, porque entonces el mundo te alcanza. Así que hay que seguir día tras día, semana tras semana, obligación tras obligación. Y no pretendas detenerte para preguntarte el porqué.

Sentirme pequeño es una de mis especialidades.

Creo que la otra es incomodar a la gente.

Nadie en su sano juicio elegiría conocer una historia como esta. Nadie quiere saber acerca de un joven algo triste, algo melancólico, algo atormentado y a la vez sarcástico y lleno de ira. No con todas esas historias llenas de fantasía, amor y esperanza. El mundo se alimenta de su propia esperanza, aunque sea inventada, y le sobran aquellos que no la tienen.

Creo que algún día tuve esperanza, pero ya no lo recuerdo. No después de lo que ocurrió. Me pregunto si volverá algún día. Y, desde luego, lo que quiero contar no tiene nada que ver con ella. Mi psicóloga se enfadaría mucho si leyera estas palabras. O a lo mejor se entristecería. No creo que se las enseñe. Me cae demasiado bien.

Supongo que mis compañeros de clase sospechaban que había algo raro en mí desde hace algún tiempo o, al menos, lo intuían. Casi ninguno de ellos era capaz de aguantarme la mirada, porque no soportaban ver lo mismo que veo yo cada vez que me acerco mucho a un espejo para distinguir las imperfecciones de mis iris y el reflejo de la luz en mis pupilas. Así que no, muchos no me aguantan la mirada. Son menos los que soportan una conversación conmigo. Y nunca ha habido nadie que quiera conocerme, no hasta el final.

Miento. No es que nadie quisiera. Es que a los que quisieron no les dejé.

A tu salud, Kit.

Sé que todo esto suena egocéntrico. Sé que parece que me encanta regodearme en mi amargura. Nada más lejos de la realidad. Odio hablar de mí mismo. Odio mostrarme. Odio exponerme así, con todas las debilidades y los miedos que llevo dentro. Quién sabe. Quizás esto sólo sea un ejercicio de autodestrucción pura y dura, otro más.

Pero que me veáis es necesario para la historia, y la historia está por encima de todo. Incluso por encima de lo que queréis oír.

Yo he venido a contar mi historia.

Por eso estoy escribiendo en este cuaderno como si me fuera la vida en ello. Porque mi historia es uno de los porqués detrás de todo lo que ocurrió. Y necesito respuestas. Puede que algún día alguien lea esto y entienda, entienda mucho más de lo que yo mismo soy capaz. Pero no sólo eso. Escribir me ayuda a centrarme, a pensar con claridad. Y quiero liberarme de toda esta maraña de recuerdos, imágenes y sentimientos que, desde entonces, me abruman y amenaza con desbordarme.

Así que empiezo a escribir aquí y ahora, en la biblioteca del nuevo instituto al que he ido a parar. Estoy en una mesa algo apartada. Nadie me mira. Nadie adivina lo que me dispongo a hacer.

¿Quizá escribir sea otra manera de vencer nuestros miedos? ¿Quizá nos ayude a estar en paz?

En realidad, no sé si escribo esto para mí mismo o para que alguien lo lea en un futuro, pero a quién le importa.

Yo quiero contar mi historia.

He venido a contar mi historia.

He venido a explicar por qué recorría esos pasillos inundados por el pánico como si nada pudiera herirme. He venido a hablar de las razones que tuve para perseguirlos a los dos, para querer encontrarme con ellos en lugar de huir, como hacía el resto de los estudiantes. De por qué fui a hablar con ellos como si sus armas, sus balas, sus disparos no pudieran herirme. No hay nada más difícil que explicar lo que ocurre dentro de uno mismo.

Puede que sí. Puede que escucharlo en boca de otra persona lo sea aún más. Escucharlo o verlo. Porque de aquella época recuerdo algo que siempre me acompañaba, en mayor o menor medida: la sensación de ser observado. La sensación de que nunca estaba solo. Y ahora lo sé. Sé que la cámara de Ethan, por algún motivo, apuntaba a mi nuca mucho más de lo que hubiera imaginado. Cuando la policía me entregó una copia de todo su carrete revelado, no me lo podía creer.

Ni siquiera cuando quise estar solo lo conseguí.

También quiero demostrarle algo a Kit. Que no me gusta huir tanto como él creía. Que no siempre me quedo parado. Que a veces me enfrento a mis fantasmas, por mucho que cueste.

Puede que a él sí que le enseñe estas palabras la próxima vez que lo vea.

Contar lo que todos quieren escuchar es fácil. Pero hablar de aquello que nos revuelve las entrañas, que despierta a ese monstruo que llevamos dormido dentro, que nos hace pensar y sentir cosas que no queremos pensar ni sentir...

Eso ya no es tan fácil, ¿verdad? Diga lo que diga Salinger, yo voy a empezar a contar esta historia por el principio. O, más bien, por el día que creo que fue el principio de todo, y ese no es ni más ni menos que el comienzo en el instituto, el día que conocí a Noel, Kit y Tony.

Nunca salieron en los periódicos, pero la verdad es que lo que ocurrió no se puede explicar bien sin la intervención de nosotros cuatro.

No, no éramos amigos del alma. El primer día en el instituto, no sé por qué, nos juntamos los cuatro en la misma mesa para la comida. Sólo recuerdo que éramos de los pocos que no habían ido juntos a la escuela de enseñanza media, no como el resto de nuestros compañeros, así que supongo que el hecho de que nos buscáramos los unos a los otros fue algo natural. Ellos tres se hicieron amigos en cuestión de minutos y, a las pocas semanas, creo que ya tenían bastante confianza entre ellos. ¿Y a mí? A mí los primeros meses

me toleraban, como un fantasma, una silueta silenciosa que solía caminar a su lado. Callaba casi todo el rato. Escuchaba mucho, eso sí. Quizá demasiado. Pero creo que nunca les caí mal, ni siquiera al principio, porque he visto lo que Noel les hace a las personas que le caen mal y a mí siempre me trató bien.

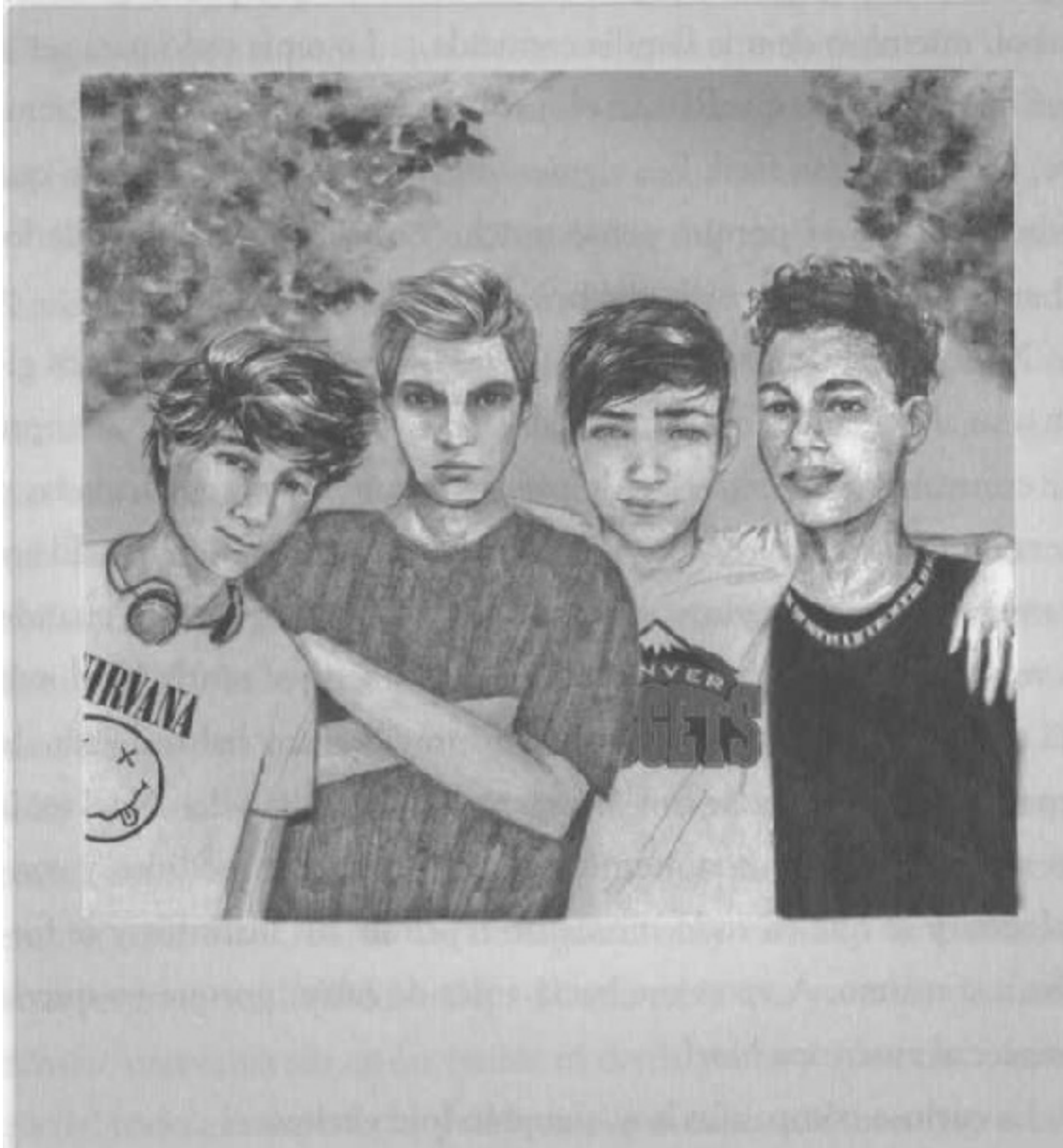
Eso cambió luego, primero con Kit y después con los otros dos. Llegué a considerarlos los amigos más cercanos que nunca había tenido. Llegué a considerarnos un «nosotros», y eso para alguien como yo no es nada fácil, os lo aseguro.

Pero tenían algo.

Los cuatro juntos teníamos algo. Algo que funcionaba. Un equilibrio.

Tony era un payaso, pero sin pizca de maldad. Estar con él era fácil, divertido, aunque no posee el poder de atracción que sí tiene Noel o la seria confianza que inspira Kit. Tony es alguien cómodo de tener a tu lado porque sabes que no tiene poder para hacerte daño ni quitarte nada, al contrario: sólo hace brillar a quienes están con él. Se conforma con unas carcajadas de recompensa por sus comentarios y sus bromas, y no cree en vergüenzas, posturas ni dignidades. ¿Conocéis el *carpe dierrd* Tony había convertido aquella expresión en su modo de vida.

Yo me sentía cómodo a su lado. Con Tony nunca hacía falta hablar mucho y siempre era un momento de distensión asegurado. Tony nunca te juzgaba. Si esta fuera una novela, Tony sería un personaje tópico. Pero es que en la realidad suele haber al menos un arquetipo. Quizá sea la excepción que confirma la regla.



Si he empezado a hablar de Tony, es porque lo lógico hubiera sido comenzar por Noel. Si por algo nos conocían al resto en el instituto era básicamente por ser amigos de Noel. Buen estudiante, jugador de fútbol, miembro de una familia conocida... Lo tenía todo para ser la viva imagen de eso que llaman el sueño americano; pero, como siempre, no todo es tan fácil. Era alguien mucho más complejo de lo que aparentaba. Lo sé porque pensé mucho en ello; quería entenderlo, saber qué le hacía especial, qué nos

encandilaba tanto de él.

Noel es una de esas personas que consiguen que todo y todos giren a su alrededor, como el más hábil de los malabaristas. Yo siempre me esforzaba por descubrir si lo conseguía con acciones calculadas o si era un talento innato suyo, pero nunca conseguí averiguarlo. Él era el amo de las medias sonrisas y un maestro en conseguir que, cuando su voz sonaba, el resto se callara. Es difícil saber qué sentía Noel más allá de lo que él mismo se permitía mostrar. Si Tony había dejado de pensar para conformarse con cosas sencillas de su día a día, Noel tenía sus sentimientos y sus pensamientos perfectamente medidos y controlados, y sé que en todo momento reprimía sus instintos y se forzaba a sí mismo. A veces me hacía arder de rabia, porque yo quería conocer al auténtico Noel.

Es curioso cómo, aún hoy, sigo dándole vueltas.

El hechizo de Noel.

Pero a una conclusión sí que he llegado: Noel no habría sido igual sin nosotros. Creo que influimos en él, que llegamos a sacar su mejor versión. Él fue el que más hizo para que tuviéramos conciencia de ser un grupo, de que había un nosotros y un ellos. Y en cierta manera, creo que podría considerar el espacio que creó mi mejor refugio, así que supongo que debería estarle agradecido.

Y falta el que, no por ser el último, es el menos importante. Para mí fue todo lo contrario, pero ya entraremos en eso.

Sé que lo lógico es que a un Christopher se le apele por el Chris, pero él mismo nos pidió el primer día que le llamásemos Kit y así se quedó.

Kit era diferente a ellos dos. Kit sí que se daba cuenta de las cosas, sí que estudiaba a la gente y veía más allá, aunque nunca dejaba que su semblante se convirtiera en mueca de algún sentimiento. Era más oscuro y más real que los otros dos, y por ello lo necesitaban. Él no hacía bailar al resto como Noel, pero sí atraía sus miradas en la distancia. Su físico acompañaba a su personalidad: era el más alto de nosotros cuatro y solía vestir camisetas lisas de colores oscuros. Yo solía tomarle el pelo porque la mayoría de los días iba en manga corta, como si nunca sintiera frío. En algunas ocasiones, sus ojos eran tormentosos, como los de alguien muy cansado de pelear; en otras, eran metal líquido, reflejo de una rabia que yo sabía que tenía dentro, una rabia sin razón visible ni destinatario y que nunca emergía del todo a la superficie, pero que por mucho que intentara esconder siempre llevaba con él.

Y a pesar de que veía, pensaba y sentía, a pesar de que se sabía diferente

a los otros dos, ahí estaba cada mañana, sentándose con ellos y forzando sonrisas. Había algo en Kit que deseaba creer que todo aquello era suficiente para él.

La rabia de Kit fue mi mayor enigma durante mucho tiempo.

Y él fue mi primer amigo.

Si quisiera completar el panorama, supongo que también tendría que hablar de ellas, que tan a menudo aparecían junto a nosotros. Pero, ya que he comenzado, hay algo que quiero contar. No sé si para él fue un momento tan importante como para mí. Supongo que sí. Supongo que también lo recordaría (o lo sigue recordando) con cariño.

Así pues, paremos aquí la descripción por un momento. Parémosla para hablar de ese día en que, a la salida de clase, perdí el autobús y Kit se ofreció a llevarme en coche hasta mi casa. Habían pasado casi tres meses desde que lo conociera.

Ya entonces deseaba ser su amigo más cercano.



Llevaba tres meses pensando en cómo conseguir entablar conversación con él, en cómo se iniciaba una amistad. Pero él fue por delante. Con el tiempo, aprendí que suele hacerlo.

De hecho, no estaba teniendo mi mejor día. Me había olvidado el dinero en casa y había tenido que suplicarle a la señora de la cafetería que me diera una porción de pizza con la promesa de pagársela al día siguiente. Luego, en clase de Física, había tenido que salir a resolver un problema en la pizarra que había fallado. Siempre lo pasaba mal en esas situaciones. Aunque fuese lo más normal del mundo, yo pensaba que había hecho el ridículo delante de todos y le daba vueltas durante un largo rato. Pero mi mala racha no acabó ni cuando sonó la alarma que indicaba el final de las clases.

Me quedé plantado en la acera, viendo al autobús doblar la esquina con la expresión propia de alguien que piensa: «Bien, ¿y ahora qué hago?». Lo había perdido por tardar demasiado en salir del aula. La perspectiva de andar no me atraía mucho; era una tarde de invierno, había un trecho muy largo

hasta mi casa y, a juzgar por el cielo, parecía bastante claro que, de un momento a otro, comenzaría a llover. Por eso me quedé allí sin moverme, incapaz de decidir qué hacer. Pensé en llamar a mi madre para que me recogiera en coche. A mi lado pasaron varios estudiantes que, como yo, habían terminado las clases. Pero ellos vivían más cerca.

De pronto, delante de mí se paró un viejo vehículo. Reconocí el coche antes de que Kit bajara la ventanilla y con un gesto me instara a entrar. Cuando me acomodé en el asiento del copiloto, vi que estaba de buen humor, aunque fuera sólo por la sonrisa que me echó al mirarme. Ganarse una sonrisa suya no era algo que ocurriera todos los días.

Sé que muchos se hubieran puesto incómodos de haber entrado en su coche. Puede que los mismos Noel y Tony, en los primeros meses, no se encontraran a gusto estando a solas con Kit, aunque luego aprendieron a conocerle y a respetar sus silencios. Yo entendí el tipo de chico que era muy pronto. Supongo que entre personas reservadas, aunque nosotros dos lo fuéramos de maneras diferentes, existe siempre algún tipo de comprensión.

Yo buscaba hacerme pequeño y pasar desapercibido. Kit quería evidenciar sus defensas, incomodar al interlocutor para que no intentara acercarse demasiado a él.

O eso hacía con el resto. Por alguna razón, nunca lo hizo conmigo y fue en aquel paseo en coche cuando empecé a darme cuenta.

—¿Necesitas que te lleven? —me preguntó él con su sonrisa, y pisó el acelerador.

Le di las gracias y le indiqué dónde vivía. El arrancó en aquella dirección. Me gustó su forma de conducir, haciendo los movimientos mínimos. Creo que sintió mis ojos observándole de vez en cuando, o quizá sólo tuvo la necesidad de hablarme. Yo hubiera hecho el trayecto en silencio, sin haberme puesto nervioso por no entablar conversación, porque sabía que hablar conmigo podía ser duro, muy duro; como golpearse una y otra vez contra una pared.

Creo que levanté la mirada sorprendido cuando oí su voz. Me estaba hablando con la vista clavada al frente.

—¿Qué te parece el instituto?

No pude evitar sonreír.

—Podría ser peor. Él hizo una mueca, divertido.

—Eso no ha sonado muy bien —replicó.

Me reí con timidez. No, no sonaba muy bien.

—Siempre he pensado que los años antes de entrar en la universidad son para aprender a sobrevivir—me expliqué—. Quiero decir, el instituto. ¿A quién se le ocurrió la genial idea? Cogen a un montón de adolescentes, los meten en un edificio y les obligan a pasar juntos la mayor parte de su tiempo.

—Y encima hasta fingen que es para que aprendamos y estudiemos —bromeó Kit.

—Exacto.

—¿Tú cuál crees que es el auténtico propósito del instituto?

—Asegurar nuestra reproducción. Hay que perpetuar la especie.

Las carcajadas de Kit fueron el resorte que acabaron por relajarme del todo. Hasta me sorprendí a mí mismo. Solía ser muy difícil para mí hablar con naturalidad con alguien.

—¿Qué hay de ti?—le pregunté—. Tienes que darme otra perspectiva, o el bipartidismo sobre el que está fundado este país se irá al infierno.

Me miró con diversión, pero sin despegar las manos del volante.

—Me gusta. Cada vez estoy más cómodo y conozco mejor todo, así que me siento a mis anchas. Y con Noel, Tony y tú —agradecí que me incluyera —, los primeros días no fueron muy duros.

Sonreí con amabilidad. Pero sabía que me estaba mintiendo. Yo había visto cómo su mirada se oscurecía por segundos en clase. Durante el primer día, en la comida, había hablado aún menos que yo. Y ya había vivido aquellos días en los que ni siquiera Noel se atrevía a dirigirle la palabra porque algo a su alrededor instaba a los demás a no acercarse.

Esos días me gustaban, por alguna razón que ni siquiera yo podría explicar muy bien. Hacían de Kit alguien especial, le atribuían unos rasgos únicos. Le convertían en un enigma.

Tengo una debilidad algo infantil por las personas que ocultan cosas, qué le vamos a hacer.

No le dije que sabía que me estaba mintiendo. Yo tampoco deseaba que él me preguntara por algunas cosas, así que estábamos igualados.

Entonces pensé en acerca de qué podríamos hablar. Sentía la necesidad de continuar el diálogo, de alargarlo todo lo que pudiera, porque quería...

Quería un amigo. Podía disfrazar aquella necesidad cuanto quisiera, pero estaba ahí. Quemando por dentro. Quería un amigo, uno de verdad. Noel y Tony eran personas con las que me sentía hasta cierto punto cómodo, pero no confiaba en ellos.

Christopher era diferente.

¿Sabéis ese momento en el que deseas caerle bien a una persona? Y no quieres caerle bien sea como sea. Quieres conseguirlo siendo tú mismo, sin tener que fingir nada. Así me sentía yo.

Kit seguía conduciendo, con la mirada fija en el tráfico y los brazos relajados. No parecían molestarle los momentos de silencio. Tony, en aquel instante, hubiera sentido la necesidad de soltar algún comentario ingenioso y Noel, de hablar distendidamente para disimular lo que a él le importaba aquello. Pero nosotros dos nos las apañábamos mejor en atmósferas un poco más revueltas. Sabía que por la cabeza de mi conductor debía de estar pasando toda una ráfaga de pensamientos, como un huracán sin control, al igual que ocurría en mi mente. Y me moría de ganas por conocerlos, pero no podía preguntarle directamente sin que pareciera una agresión a su intimidad.

En mi lugar, fue él quien habló:

—¿Y de chicas qué tal?

—¿Chicas?

—Eso he dicho, sí.

La pregunta me había sonado tan antinatural que la repetí tontamente, sobresaltado. Pero entonces vi su expresión y supe que lo decía porque pensaba que tenía que hacerlo. Para hacer lo que manda el código. Aunque él no quisiera preguntar algo así.

Contesté negando despacio con la cabeza.

—¿De veras? —siguió él—. No sé si creerte. Hay chicas guapas en nuestra clase. —Le salió tan artificial que hasta él mismo hizo una mueca.

Decidí ser sincero:

—No me gusta hablar de ese tema.

—¿Por qué? Porque no quería que perdiera la magia.

—Porque al hablar como habla el resto se frivoliza —dije en su lugar—. Y pierde el sentido. Y es horrible para ellas. Tú ya me entiendes.

Había muchas más razones, pero, aunque tenía ganas de volcar mis ideas y sensaciones sobre Kit para que me conociera, mi instinto me frenó antes de añadir algo más. Pero él sí lo hizo. Por primera vez desde que salimos, volvió su rostro para mirarme de frente. No sonreía, aunque había cierta alegría en su expresión. Y ese algo de seria confianza que él desprendía se hizo más fuerte.

—Te entiendo —aseguró—. A veces le daría un puñetazo a Noel. Uno muy grande y doloroso que cerrara su boca durante algún tiempo.

Entendí a qué se refería. Cuando Noel comentaba algo sobre alguna

chica, yo sentía que quería desaparecer o quedarme sordo por momentos. Pero solté una carcajada, una de las que liberan, por su brutal sinceridad.

Nos reímos un buen rato. Nos reímos hasta que Kit paró el coche en mi calle, a pocos metros de la puerta de mi casa. Habíamos llegado.

Pero, cuando aparcó, decidí no salir, porque tenía la sensación de que quería decirme algo más. Y en efecto, así era. Despegó las manos del volante y, en una postura curiosa, subió las piernas al asiento, haciéndose una especie de ovillo. Se había puesto serio en unos pocos instantes.

—A veces pensaba que callabas porque tenías demasiadas cosas que decir —soltó de repente—. Por desgracia, tenía razón. Pero ¿sabes? No me gusta. Nada de callarse con nosotros, ¿de acuerdo? No respondí. Lo miré fijamente. Y, cosa rara, me aguantó la mirada.

—Nos caes bien, por eso es tan frustrante. No sabes la de veces que hemos hablado sobre cómo conseguir que te abras más. Noel y Tony deben de estar preguntándose infinidad de cosas sobre ti —continuó.

—¿Y tú? —me aventuré a hablar.

Se lo pensó un segundo.

—¿Yo?

—¿Tienes algo que preguntar?

No sabía cómo me atrevía a decir aquello. Pero Kit lo pensó con seriedad.

—¿Hay algo en nosotros que te moleste?

—Para nada —respondí.

—No lo entiendo. A lo mejor le estoy dando demasiadas vueltas, pero no me pareces una persona tímida.

Tímida, no. Insegura, demasiado.

—No, si no es eso... —Me callé, sin saber qué añadir. Porque sentía que quizá mi compañero quizá tenía razón. Y no me salieron las palabras para desmentirle. No tuve el valor.

—Todo el mundo se siente más a salvo oculto —dijo él. Pero en ese momento sus ojos se vaciaron un poco y yo me pregunté si lo decía por mí o si hablaba más para sí mismo. Mis nervios estaban rebasando su límite, así que asentí con la cabeza e, incapaz de contestar nada, cogí mi mochila, abrí la puerta y salí del coche. Cuando estaba ya pisando la acera, me agaché una vez más para dirigirme a Kit a través de la ventanilla abierta.

—Gracias por acercarme.

Él había recompuesto su rostro.

—Siempre que lo necesites, puedes avisarme —se ofreció, y puso las

manos sobre el volante—. Pero, John...

—Dime —dije al ver que dudaba.

Él sonrió levemente.

—Para pedírmelo, va a ser necesario que hables conmigo. Y que sepas que, en cuanto te subas a este coche, tienes la obligación de contarme cómo te ha ido el día. —A pesar de sus palabras, su voz sonaba amable—. Espero que eso no te quite las ganas.

No pude evitar devolverle la sonrisa.

—Para nada. Gracias, Kit. Y... —titubeé— hasta mañana.

Sin decir nada más, esperó a que me alejara unos pasos y arrancó. Lo vi alejarse y doblar la esquina mientras recorría el trecho de acera que me separaba de la puerta de casa.

Allí, en el asiento de ese viejo coche, conocí a mi mejor amigo. El chico que, incluso hoy, puede que sea la persona de la que más cerca me he sentido.

A la mañana siguiente, me bastó una mirada para saberlo. Nos sentamos juntos en clase. Bromeamos más relajados que nunca. Intervine en las conversaciones con Tony y Noel, y ellos dos se mostraron más contentos al notarlos de lo que nunca hubiera imaginado. Fue fácil. Ellos hicieron que fuera fácil, lograron que confiar en ellos fuera algo... normal. Lógico. Natural. Así que por fin formé parte del grupo con todas sus consecuencias. Si bien hablaba menos y no salía mucho los fines de semana, en el instituto los cuatro éramos una piña. Y el resto nos empezó a ver así.

Creo que no hace falta aclarar que, a pesar de que con los otros dos me sentía bien, era con Kit con quien estaba más cómodo. Nos reconocíamos como personas diferentes, al menos de Tony y Noel. Creo que he visto muy pocas veces a Noel separarse de Kit, aunque eso no es algo que él fuera a admitir de buenas a primeras. De alguna manera, le necesitaba. Y, sin embargo..., yo conocía mucho mejor a Christopher que aquellos dos. Eso lo tenía claro.

Me gustaba recordar esa conversación en el coche. Era agradable. A veces me lamentaba de que nuestras respectivas murallas no nos hubieran dejado abrirnos un poco más. Y en esas ocasiones me preguntaba. .. por la razón que había detrás.

Detrás de unas defensas que, en realidad, no llegaron a caer del todo entre los dos hasta mucho más adelante, cuando ya era tarde. Creo que Kit y yo vivíamos en la paradoja de querer confiar por completo el uno en el otro y a la vez ser incapaces de hacerlo. Puede que esta sea esa historia, ¿sabéis? La

historia de cómo la falta de confianza entre amigos lo echó todo a perder.

Pero no adelantemos acontecimientos.

Por ahora, sólo preguntémonos: ¿por qué esas defensas? Podría hablar del miedo a que los demás nos hagan daño. Podría explicaros cómo el mundo nos habla de lo que debemos ser y cómo nosotros encerramos lo que no encaja con el patrón. Pero no se trata únicamente de eso, ¿verdad?

También podría hablar de lo mucho que nos gusta encerrarnos a solas con nuestros demonios. A ver quién se destruye antes.



Siempre he pensado que las personas se definen mejor por lo que deciden callar que por lo que escogen decir. Y con ellas tres, aquello no fue ninguna excepción.

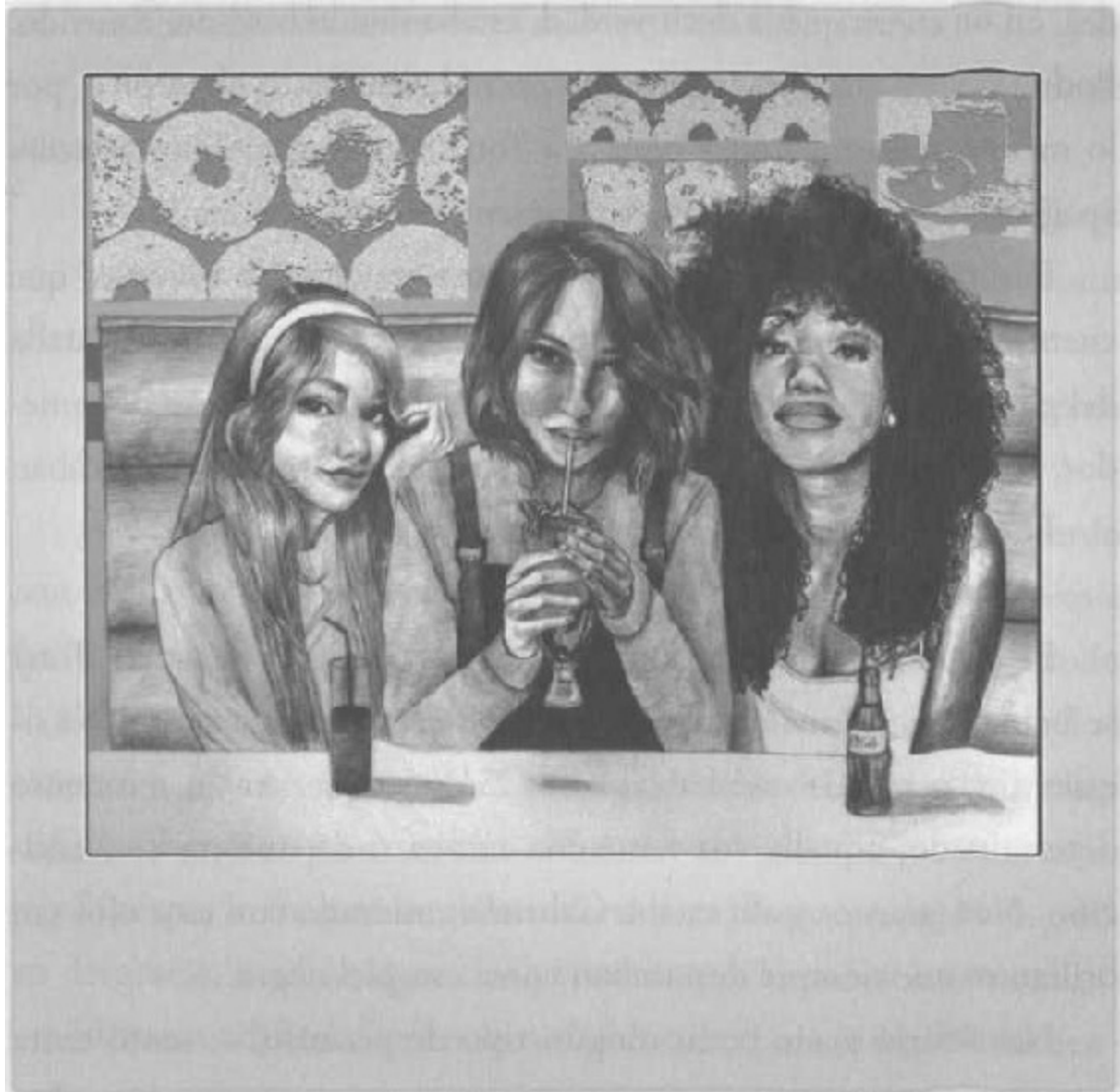
Si parecía que nuestro grupo era heterogéneo, tendríais que haber visto a Gabrielle, Lucy y Emily. Cada una era lo contrario a la otra, y lo cierto es que resultaba hasta gracioso observarlas juntas. Pero, si tengo que decir algo a su favor, es esto: nunca tuvieron ninguna pelea. Desacuerdos, muchos; pero peleas, ninguna.

Gabrielle era pura provocación.

Lucy era alguien que vivía para agradar al resto.

Y Emily...

En realidad, presentaría a Emily si creyese que en algún momento llegué a conocerla. Pero ya hablaremos de ello en otra ocasión. O, mejor aún, la escucharemos a ella.



Me hace falta mucho valor para hablar de Emily.

Ellas se convirtieron en la otra parte del grupo pasadas las Navidades, en un enero que, a decir verdad, estaba siendo bastante aburrido. Podría decirse que ellas trajeron un poco de aire fresco al grupo o, por lo menos, se lo trajeron a Noel y a Tony, que eran los que parecían apagarse cada vez que sus días se volvían más y más rutinarios.

Fue en el comedor. Es curioso cómo muchas de las cosas que cuento aquí pasaron en el comedor, ¿no es así? En realidad, se trataba del gimnasio secundario del edificio, que cumplía la función de comedor. Aunque normalmente ni siquiera retiraban las mesas al acabar.

Fue peculiar, tengo que reconocerlo.

—Perdonad.

Estábamos comiendo porciones frías de pizza, para variar. Tony se había pedido una algo quemada que tenía un descuento. Ni siquiera recuerdo de qué hablábamos. Sólo sé que, en un momento determinado, aquella voz femenina nos sacó de nuestra conversación. Nos giramos y allí estaba Gabrielle, mirando con esos ojos tan brillantes que siempre destacaban contra su piel negra.

Nos sonrió y, sin pedir ningún tipo de permiso, se sentó entre nosotros.

—Bien, chicos, estoy haciendo una encuesta entre los alumnos para el periódico de la escuela. —Tomó aire—. Sólo es una pregunta. A ver, respondedme: ¿quién de vosotros ha llamado alguna vez a una línea erótica? Tony, Kit y yo abrimos mucho los ojos. Noel soltó una carcajada que provocó que varios se giraran a mirarnos.

—¿Qué tipo de encuesta es esa? —preguntó.

—Una muy profesional y que interesa mucho a los lectores de nuestro periódico.

—Pero si ni siquiera estás en clase de Periodismo —protestó Tony.

Gabrielle esbozó una sonrisa que dejó al descubierto todos sus dientes.

—Vale, tú ganas —dijo—. Pero todavía me interesa la respuesta. Noel volvió a reír.

¿Sabéis? De aquella primera conversación lo que más recuerdo son las carcajadas de Noel. Todavía no sospechaba nada de lo que había detrás, pero quizá mi instinto sí supiera que su risa no era todo lo natural que solía ser. ¿Quién sabe? Nunca adiviné cuándo Noel se empezó a fijar en Gabrielle. Con alguien como él era difícil, muy difícil, saber ese tipo de cosas.

Sí sé que lo intentó ocultar todo el tiempo que pudo, pero, para su desgracia, ocultar algo a las personas que le rodeábamos era increíblemente difícil. Esa era la cercanía que él mismo había fomentado.

Sus risas todavía duraban cuando otras dos chicas se acercaron. Una de ellas, Lucy, se quedó de pie mirando a Gabrielle entre avergonzada y divertida. La otra nos cogió por el hombro a Kit y a mí y se agachó entre los dos para hablarnos. La otra era Emily.

—¿Ya os está molestando? —dijo con un guiño cómplice—. No le hagáis caso. Le gusta causar una primera impresión inolvidable. Sobre todo en los hombres.

—¡Em!

—Lo siento, Gab, pero sabes que es verdad.

—Esta vez la pregunta era interesante.

—No lo dudo. —Volvió a mirarnos—. Yo soy Emily, la bocazas es Gabrielle y esa muñeca mona de ahí es Lucy. Creo que coincidimos en algunas clases.

—Nosotros... —empecé yo.

—Descuida; sabemos vuestros nombres.

Así era la primera capa de Emily: parecía fuerte, segura de sí misma, una chica a quien nunca le increparías nada.

La segunda capa tenía más humanidad. Era alguien con sentimientos que cuidaba de los demás.

En la tercera ya empezabas a averiguar lo mucho que le gustaba jugar con la gente.

Pero Emily tenía muchas capas, muchas más de las que nunca llegué a ver. En ocasiones parecía que su número era infinito. A veces me preguntaba si la auténtica Emily era la suma de todas o algo completamente diferente. A veces me preguntaba si ella misma sabía quién era. Pero sí que siempre tuve clara una cosa: Emily era la más inteligente de los siete con diferencia. Y eso asustaba. Lucy, al ver a sus dos amigas, también se sentó a nuestra mesa, justo al lado de Gabrielle. Ya en la colocación de aquella mesa se vio el patrón que tantas veces se repetiría: siempre serían Noel, Tony, Gabrielle y Lucy en un lado, y Emily, Kit y yo en el otro.

Era algo que solía llamarme la atención.

Que Emily prefiriera hablar con Kit y conmigo. Siempre pensé que Noel la intimidaba y Tony la aburría. Pero quién sabe.

Volvamos a aquella primera comida.

—¿Y bien? —dijo mientras se acomodaba en el hueco del banco que le había hecho entre mi mejor amigo y yo—. ¿Qué ha sido esta vez, Gab?

—Les he preguntado si alguna vez han llamado a una línea erótica, pero parece que hemos ido a parar a la mesa más modosita del instituto.

—En realidad —las interrumpió Kit—, no nos ha dejado contestar.

Todos los de la mesa lo miraron incrédulos, salvo yo, que me eché a reír.

—No me digas que tú... —empecé.

Kit se encogió de hombros, tan serio que resultaba cómico.

—Estaba aburrido, ¿de acuerdo?

Esta vez sí, todos estallamos en carcajadas.

—¿Y cómo fue? —dijo Gabrielle, sumamente interesada.

—Pues... ¿incómodo? Me preguntaron mis gustos y luego empezó a hablarme una mujer de forma supuestamente sensual y yo sólo podía fijarme en cómo arrastraba las eses de una manera muy rara... En fin, que acabé colgando sin despedirme.

—Pero ¿entonces no se te...? —preguntó Emily con malicia, dejando las palabras en el aire.

—Esa señora no podía hacer que nada subiera, te lo aseguro.

—¿Nada de nada? ¿Ni un poquito?

—Ni un poquito.

Tony casi lloraba de la risa. Lucy se tapaba la cara con las manos, pero se estaba desternillando. Noel y yo hacíamos gestos para tomarle el pelo a Kit. Luego nos giramos hacia Gabrielle, que parecía más pensativa.

—¿Qué ocurre?

Ella nos miró muy seria.

—Creo que he encontrado mi salida profesional perfecta —nos respondió.

Emily se lanzó por encima de la mesa para pegarle un puñetazo en el hombro. Noel se giró para mirar a Gab, sonriendo.

—Cuando quieras, hacemos la prueba —le dijo.

—¿Y tú serías un crítico menos severo que él? —le preguntó la chica, y señaló a Kit.

—De eso estoy seguro —respondió mi amigo mientras le sacaba la lengua a Noel.

Y volvieron las risas.

Eso era lo bueno de aquellas semanas: las risas nunca se acababan. Consiguieron hacer el invierno un poco más cálido. A partir de ese día, las chicas comenzaron a pasar más y más tiempo con nosotros. No había que ser muy listo para advertir que Gabrielle y Noel se buscaban el uno al otro a lo largo de toda la jornada, a pesar de que él tonteaba con muchas otras y de que ella siempre ponía su muro de confianza por delante para disimular. Lucy era demasiado tímida para hacer algo que no fuera seguir a las otras dos, pero le caíamos bien. Y Emily...

Bueno, lo que hiciera Emily variaba según el día y lo que deseara en aquel momento y lo aburrida que estuviera.

Pero hay cosas que quiero contar antes de hablar de mi enamoramiento por Emily, así que baste con aclarar que ella nos buscaba como se busca a un grupo de amigos, aunque luego nos tratara de manera muy diferente.

Bien. He acabado de presentar a los protagonistas de lo que ocurrió.
O... casi.

Me quedan ellos dos.

Porque me fijé en ellos mucho, muchísimo antes de que se decidieran a empuñar sus armas.



Recuerdo que fue Noel quien por primera vez me habló de ellos. Lo hizo otra mañana de invierno en la que nadie tenía ni idea de qué hacer, en la que el gris del cielo se llevaba consigo nuestro ánimo. Incluso las payasadas de Tony sonaban algo más apagadas de lo habitual y Kit, sin llegar a estar en sus días más oscuros, sí que hablaba menos. O eso me parecía a mí. Noel se había sentado sobre la amplia mesa. Tenía un libro de ejercicios entre las piernas y hacía uno detrás de otro. Siempre me fijaba en lo mucho que se esforzaba en las cosas de clase, sobre todo cuando estaba aburrido. Un día me dijo que se las tomaba como un reto y, aparte, que quería ir a una buena universidad. Aunque aquella vez, mientras escribía, parecía inquieto. Nunca le había gustado la tranquilidad. Era como si esos días en calma no le permitieran a él brillar lo suficiente.

Yo también estaba sentado sobre la mesa. Estábamos en clase de Ciencias, esperando a que el profesor apareciera de una vez por todas. Aquel día, como la gran mayoría, escuchaba la (escasa) conversación de mis compañeros mientras intentaba que mis ojos no viajaran demasiado a menudo a la mesa en la que estaba apoyada Emily con el resto de sus amigas. Aun así, desviaba la mirada cada poco, dibujando los rasgos de su perfil en mi mente.

En un momento concreto, mi atención se desvió hacia otro punto. Habían entrado en la clase dos chicos que me sonaban de vista. No conocía sus nombres ni su curso, pero creo que me fijé en ellos por el modo en que encorvaban ambos la espalda, como si intentaran pasar desapercibidos, aunque eso sólo creaba el efecto contrario. Vestían de colores oscuros y uno, el más alto, llevaba su pelo rubio muy largo. Pi dieron un par de sillas para la clase de al lado y las cogieron dirigiéndose lo que parecían secos comentarios

entre ellos. Los observé atentamente.

Ni siquiera sé qué me llamó la atención de ellos.

Con el tiempo estoy aprendiendo que debería hacerle más caso a mi instinto.

—Noel —llamé su atención. El despegó la mirada del libro—, ¿quiénes son esos?

Le pregunté a él porque sabía que era el que más gente conocía del instituto y, además, disfrutaba exhibiéndolo. En efecto, cuando me oyó se le iluminaron los ojos y miró en la dirección en la que le señalaba. Torció la boca al verlos.

—¿Esos dos? —dijo—. Dos tíos muy raros, por lo que me han contado. Son un año mayores que nosotros.

Kit salió de su ensoñación por un momento.

—¿Raros?

—O eso dicen.

—¿Por qué? —insistió. Yo también escuchaba aquel intercambio con atención.

Pero Noel sólo se encogió de hombros.

—Porque los demás lo piensan.

—Noel —intervine—, ¿qué han hecho para que piensen eso?

Mi amigo suspiró, como si Kit y yo a veces fuéramos demasiado pesados para él o no acabáramos de comprender las cosas. Pero se dispuso a explicárnoslo: —¿Veis al más bajo de los dos? Tiene una página web que se llama *Las cosas que odio*. Me lo dijo uno que va a su curso; son del último grado. Y odia, básicamente, todo. Tuvo que hacer un par de sesiones de..., ¿cómo llamaron a ese taller?, ¿control de la ira? En fin, será cosa de inadaptados. Y el otro —señaló al más alto— se va encerrando por los baños para llorar. No tienen casi amigos y van diciendo cosas raras...

—¿Cosas raras? —pregunté.

—Se meten con los atletas, con los creyentes, con la libertad de expresión y yo qué sé qué más. Una vez les detuvieron por intentar robar en un camión de herramientas, pero luego sólo les obligaron a hacer trabajos sociales. Me tocó las narices, la verdad.

—¿Y a ti qué te va a importar a lo que los condenen, Noel? —dijo Kit, cada vez más involucrado en la conversación. Tony también nos escuchaba.

Noel entrecerró los ojos.

—Ya te he dicho que el más bajito de los dos es raro, ¿no? Se llama

Chad. El otro es Landis. —Se detuvo un momento—. Pues bien, a nuestro buen Chad se le conoce por sus múltiples comentarios racistas. Y ni siquiera intenta disimularlo.

«Oh, ya entiendo», pensé.

Gabrielle.

—Y por eso le tengo cierta tirria personal —añadió Noel, y sentenció—: Que no se cruce mucho en mi camino. Justo en ese momento, como si hubieran estado escuchando nuestra conversación, Chad y Landis salieron de clase y, acto seguido, entró el profesor.

Pero mientras comenzaba su explicación, yo no paraba de dar vueltas a las palabras de Noel.

Quizá precisamente por eso, todos los días, a la hora de la comida, empecé a buscar con la mirada a aquellos dos chicos. Ni siquiera sabía muy bien por qué. A primera vista no eran muy interesantes: sólo se sentaban, siempre en el mismo extremo de la misma mesa, e intercambiaban algunos comentarios, riéndose poco, ocultando mucho. Chad era un poco más abierto, a veces hasta resultar casi agresivo. Landis, en cambio, solía parecer triste. Esas eran mis impresiones. Quizá sólo quería descubrir qué tenían que los convertía en raros, en diferentes. No encontré una respuesta definitiva.

Sí que pude ver cómo, cuando iban por los pasillos, varios chicos se metían con ellos.

Pero, después de lo que Noel me había contado, no sabía cómo sentirme al respecto. No sabía si aquello era injusto o si se lo tenían merecido. Una vez se lo pregunté a Kit. El me dijo que tampoco lo tenía claro, que le costaba aceptar que una agresión estuviera justificada.

Creo que incluso en ocasiones me sentía identificado con ellos. Al mirar a alguien a quien el resto desprecia, en cierta medida, tenemos miedo de convertirnos en ese alguien. Cuando mi amigo dijo que eran raros, me imaginé una escena similar, pero conmigo en el de aquellos dos y las palabras: «¿Ese chico? Dicen que es muy raro» en boca del resto. Así que no dejé de observarlos día tras día, Peinado por sus siluetas gachas y los ademanes bruscos que exhibían.

Nunca los vi sentarse con alguien más ni dirigir la palabra a alguien ajeno a ellos dos.

Me acordaba de Kit cuando dijo que en ocasiones le daría un puñetazo a Noel. Yo no hubiera sido capaz. Nuestro amigo tenía una especie de encanto, de aura, de influencia, que siempre le defendía, hablaba por él mismo, que le

justificaba aun cuando lo que haba y decía era injustificable. Ojalá alguien se hubiera atrevido a negarle o rebatirle algo. Ojalá.

Hubiéramos evitado muchas cosas.

O quizá no.

¿No creéis que nuestra vida se cuenta en ojalás?



A lo mejor aquellos dos chicos me llamaron tanto la atención porque yo en cierta medida, también era un inadaptado.

El sentimiento que más recuerdo de aquella época era el de estar encerrado. El de ahogarme, las perpetuas ganas de huir, de escapar como fuera, y la imposibilidad de llevar mis deseos a cabo. Ni siquiera en vacaciones conseguía viajar.

Si aquel muchacho llamado Chad odiaba muchas cosas, yo odiaba ese barrio de las afueras de la ciudad más aburrida de todo el estado. Aquel lugar tan normal, tan dolorosamente normal.

El mismo tipo de personas, tan establecidas que el más mínimo cambio en sus vidas les alteraba muchísimo.

Las casas, casi idénticas.

Los días, siempre iguales.

Y la sensación, la terrorífica sensación, de que todos estaban a gusto en aquella situación, de que nadie se planteaba nada.

En aquella época veía siempre las noticias y no sólo las de los canales oficiales. Solía buscar por Internet las señales de televisión de otros países, porque mi sueño era ver mundo, viajar, salir de aquella horrible jaula de vecinos amables, casas prefabricadas y misa los domingos. Además, mi madre, aunque llevaba viviendo desde joven en nuestra ciudad, era italiana. Y lo que ella contaba de su país de origen, la Historia (siempre le cabreó un montón que casi no estudiáramos acontecimientos europeos en clase) y los libros que me dejaba incrementaban mis ansias de libertad.



La universidad me obsesionaba. Quería irme a la otra punta del país y buscaba cuáles tenían convenios con universidades europeas para hacer algún viaje al viejo continente.

En aquella ciudad era fácil sentirse un fracasado. Y en eso, en cierta medida, me identificaba con Chad y Landis. Ni siquiera sabía a qué quería dedicarme el resto de mi vida, ni si había algo que se me diera bien, con tal de que ese algo fuese lejos, muy lejos de allí.

Quizás el haberme sacado de aquella ciudad se lo tenga que agradecer a esos dos.

¿Me sacaron del infierno, pero hicieron que lo llevara para siempre en mi memoria? Supongo que todo tiene un precio.

Bueno. Espero que se note que hoy no es mi mejor día y que en realidad ni siquiera me apetecía escribir, pero mi psicóloga me dijo que para hacer las cosas a veces hay que forzarse un poco a uno mismo, así que aquí estoy. Siempre hay días más duros y otros más fáciles. En el anterior instituto también era así, sólo que entonces mis amigos me ayudaban en los peores, aunque ellos no lo supieran.

El día sobre el que quiero hablar no sé si fue bueno o malo. Creo que podría considerarlo más malo que bueno.

Había tenido una cita con el orientador de la escuela. El pobre, un chico joven y entusiasta, de estos que siempre tiene a punto un montón de folletos para dártelos, no sabía qué hacer conmigo. Cada vez que me preguntaba qué me gustaría estudiar, yo me encogía de hombros y no era capaz de pronunciar palabra. Al final me dio un cuestionario para rellenarlo en casa y me pidió que, de cara a sesiones posteriores, fuera reflexionando y que al menos descartara aquello a lo que estaba seguro de que no quería dedicarme.

La insistencia de los adultos para que escogiera mi futuro siempre me ponía muy nervioso. ¿Dónde estaba nuestro derecho a estar perdidos?

Con el resto de los derechos humanos, supongo. En el vertedero.

Aunque quizás este no sea el momento de reivindicaciones sociales.

Salí del despacho mirando con resignación el cuestionario, dudando que me fuera a servir de algo. Pero mi tutor ya me había echado varias broncas por no ir encaminando mis estudios y por escoger las asignaturas que cursaba sin mucho criterio, y sabía que mis padres estaban preocupados aunque no me lo dijeran, así que le seguiría la corriente al orientador. Y quién sabe. Puede que hasta me llevara una sorpresa. Por no hablar de que hacer esos *tests* siempre era entretenido.

Iba a volver a mi clase, pero algo me detuvo. En el pasillo, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared de las taquillas, se encontraba Emily. Su mirada estaba perdida en algún punto enfrente de ella, profundamente sumida en sus pensamientos. La observé un largo rato antes de reunir todo el valor que necesitaba para decidirme a acercarme. Entendedme. Yo era un chico inseguro.

Y ella era Emily.

La frecuencia de mis latidos aumentaba siempre que la veía y aquella vez no fue una excepción.

—¿Qué haces aquí, Em?

La chica levantó la cabeza un tanto sorprendida. Su rostro se relajó cuando vio que era yo y se encogió de hombros.

—Las clases del señor Anderson son muy aburridas, ¿no te parece? —respondió.

—¿Te la estás saltando?

—Sí, pero no te preocupes. Tengo justificantes de esos impresos, los encontré en secretaría. —Así que los había robado—. ¿Qué hay de ti?

—Acabo de salir de hablar con el orientador.

—¿Algo interesante?

Reí.

—Por lo visto, soy un caso perdido.

Emily me hizo un gesto y yo me senté a su lado. Observé su expresión. Intentaba disimular algo, pero lo hacía sin muchas ganas, como si quisiera que otra persona se diera cuenta.

No sé cómo encontré el valor para preguntar.

—¿Te pasa algo? —La miré fijamente—. Pareces apagada.

Ella suspiró antes de responder.

—¿Supongo que tampoco me apetecía estar en clase...? No lo sé. —Se encogió de hombros—. En realidad, creo que nadie lo diría al vernos desde fuera, pero Gabrielle y yo no encajamos mucho, sobre todo con el resto de

chicas. Nos la ganamos muy a menudo.

—¿A qué te refieres?

—¿Te acuerdas del primer día que hablamos con vosotros?

—Claro.

—Pues a eso me refiero. Siempre somos así, ¿sabes? Hablamos de las cosas, de nosotras, del sexo, de lo que pensamos del resto, de cualquier tontería en realidad, sin cortarnos. —Paró un momento para mirarme—. Y eso no les gusta a muchas. Están más acostumbradas a aparentar, a ocultarse. Entiendo el miedo a que las llamen muchas cosas, pero... no sé, que no por ello tienen derecho a insultarnos a Gabrielle y a mí por ser nosotras mismas. Y a veces, como hoy..., a veces acabas harta.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Pero no merece la pena ni escucharlas, Em.

—Y es lo que hago, pero es difícil no dejar que te afecte de vez en cuando.

—Eres consciente de que probablemente os tengan más envidia que otra cosa, ¿verdad?

Emily medio sonrió al oírme decir aquello, aunque no había nada de alegría en su rostro. Aquello me dolió un poco. Quiero decir, siempre deseas ser esa persona capaz de reconfortar a la chica que te gusta. Esa media sonrisa cambió en pocos segundos.

¿Os he hablado de las capas de Emily?

En aquel momento puedo aseguraros que cambió de capa. Y ni siquiera dejó tiempo para que me preparase.

—¿Y qué hay de ti, John?

Tardé un poco en reaccionar.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú pensarías eso de nosotras? ¿De mí?

Solía decirlo de su mejor amiga, pero a Emily también le gustaban las sorpresas. Supongo que pensaba que desarmaban al resto. Pillar a la gente con la guardia baja y sin las defensas preparadas era una de sus especialidades. La mejor defensa es un buen ataque, o eso dicen. Y ella actuaba en consecuencia.

Mi cabeza fue a toda velocidad, pensando en qué debería responder. Creo que en mi vida había razonado tan rápido. Pero todas las alternativas parecían malas, así que seguí mi instinto y dije la verdad.

Por mucho que luego no acabe bien la cosa, considero que siempre nos

arrepentimos menos de decir la verdad que de intentar mentir.

—Nunca podría pensarlo, Emily —dije despacio—. Y menos por algo así.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Me gustan las personas sinceras, las que no siguen estereotipos y las que confían en sus instintos, y creo que tú eres las tres cosas. Su sonrisa, ahora auténtica, impidió que me arrepintiera. El problema vino a ser que esa sonrisa me desarmó por completo. Sospecho que algo se fundió en mi cerebro al verla.

Por Dios, qué guapa era.

Qué guapa y qué lista y qué inalcanzable y qué infinitamente superior a mí.

Por suerte, hubo algo que me salvó de hacer el ridículo, porque creo que sino hubiera dicho una estupidez o, peor aún, me hubiera callado de golpe y ya no habría soltado ni una palabra.

En ese punto de la conversación oímos un ruido cerca de nosotros. Procedía de una puerta, la del cuarto contiguo al del orientador. Sonaron sillas y voces acercándose, como si alguien fuera a salir. Me distraje porque una de las voces me resultaba muy familiar. Ya he contado que mi cerebro estaba, digamos..., frito. Por eso no reconocí la voz al instante.

Emily siguió la dirección de mi mirada.

—Ese es el despacho de la psicóloga, ¿no? —preguntó.

Entonces, la puerta se abrió y pudimos ver quién estaba dentro. Kit.

Intenté llamar su atención, pero no se fijó en mí. Su expresión indicaba tormenta. Peligro. Un «aquí hay tigres».

Sin vernos, salió rápidamente del despacho y enfiló el pasillo.

—¿Qué hace Kit con la psicóloga? —me preguntó Emily—. ¿Tú sabes algo? Negué con la cabeza mientras veía la tensa espalda de mi mejor amigo doblar la esquina.

—Qué raro...



Intenté hablar con Kit. Y nunca el verbo *intentar* ha sido más acertado. Me sentí como los griegos dándose una y otra vez contra las murallas de Troya.

—¿Me estabais espiando?

—Ya te he dicho que yo acababa de salir del orientador y Emily se había saltado la clase...

—Ajá. Supongamos que me lo creo. ¿Qué narices te importa el motivo que tenga la psicóloga para llamarme?

—No es eso, Kit... No pretendía ser una pregunta entrometida. —Pues lo ha sido.

Y así, una y otra vez. Sus ataques contra mis intentos de suavizar la situación.

Se marchó enfadado, muy enfadado, dejándome con la palabra en la boca y preguntándome qué demonios le molestaba tanto, por que se comportaba así. Yo no había hecho nada malo.

Al día siguiente me pidió perdón por su brusquedad, por supuesto. Pero siguió sin contarme de qué habían hablado la psicóloga y él, y por qué le había molestado tanto el que le preguntara. Yo tampoco insistí.

Comprendedme. De haber sido otra persona, probablemente la curiosidad habría podido conmigo y hubiera tratado de averiguar qué le ocurría. Pero era Kit, Christopher, mi mejor amigo, y no quería perderle ni enzarzarme con él en discusiones estúpidas. Además, en mi interior, creía que algún día me ganaría su confianza lo suficiente como para que él mismo decidiera contármelo. Así que no volví a preguntar, al menos no en voz alta. Pero el interrogante no se fue de mi cabeza y, cuando lo veía malhumorado o yéndose en plena clase sin que ningún profesor le dijera nada, lo observaba con toda mi atención.



No sé cuándo me enamoré de Emily. Sería imposible ponerle una fecha, un momento concreto. Sencillamente, ocurrió poco a poco. Tampoco sé si

Emily siempre lo supo, pero algo comenzaría a sospechar muy pronto. Es decir, era Emily. Mi siempre lista Emily. La que iba un par de pasos por delante del resto.

Cada vez que la veía, pensaba que ella era demasiado diferente y especial para estar encerrada en aquel barrio, en aquel instituto. Emily tendría que haber estado comiéndose el mundo. Demostrando al resto todo lo que valía.

En ocasiones tenía miedo de mirarla por lo mucho que se alteraba mi interior cada vez que hacía un gesto, entreabría los labios, se apartaba un mechón de cabello del rostro, se pasaba los dedos por el cuello. Todas las mañanas la veía llegar en el coche de Lucy y deseaba que aquel día sus amigas vinieran, como era habitual, a hablar con Noel y Tony para poder tenerla un poco más cerca. A menudo, desde la puerta, observaba cómo se bajaban las dos chicas entre risas. Luego pasaban por delante de nosotros para entrar en el edificio, nos saludaban y entonces cada uno se iba a sus respectivas clases. Por desgracia, en muchas no coincidíamos.



Mis días se medían en ganas de hablar con ella. De sentir su mirada en mí. Pero, como no encontraba el valor para decírselo, por mucho que cada vez habláramos más, le escribía cartas que nunca le enviaría.

Querida Emily:

A veces necesitamos escribir las cosas que somos incapaces de decir. Puede que en algún momento leas estas palabras. Pero no, a quién intento engañar. Yo jamás seré capaz de contarte una mínima

parte de lo que te escribo. ¿Sabes una cosa? El no tener valor para decirte nada también me hace sangrar. Es curiosa esa mezcla de felicidad y agonía que siento cada vez que te veo.

Emily, mi preciosa Emily. Siempre me fijo en tus ojos marrones cuando Gabrielle, con todo su desparpajo, va a preguntarle a Noel algo de clase que a ninguno de los dos le interesa lo más mínimo. Mientras miro aquel curioso juego de voluntades con el que siempre se entretienen (sé que sabes a qué me refiero), me fijo en la silueta que se mantiene detrás de Gabrielle, un poco enfurruñada, un poco caprichosa. Hoy me ha hecho mucha gracia el mohín con el que fruncías los labios al ver la habitual escena. Pero luego te has girado y has descubierto que yo estaba en la sombra de Noel, justo en la misma situación que tú, y me has guiñado un ojo. Siempre consigues alegrarme el día, Emily, a pesar de tus juegos. Quizá por eso nunca pueda reprocharte nada. Y desde hace ya tiempo, Emily, no puedo dejar de pensar en ti. Y ojalá pudiera decírtelo. Mirarte a los ojos sin apartar la vista, todo lo contrario de lo que hago cada vez que me descubres. Hablarte y decírtelo, decirte: «Emily, no puedo dejar de pensar en ti. Ni quiero».

Tienes que haberte dado cuenta de cómo te miro.

No sabes cuántas historias he podido imaginar contigo de protagonista, todo lo que he soñado, todas las Emily que he creado en mi mente. Los días en los que no te veo, ya sea porque estás enferma y no acudes a clase o porque es fin de semana, son una tortura, son días de ensoñaciones. Cuando te tengo cerca, en cambio, es como si mi cerebro se desconectara, como si todo fuera puro instinto, sentimiento. Y, ¿sabes?, me encanta revolverme con todo ello. Te hablaría de ello, Emily; te contaría todo, cosas que a mí me parecen preciosas, aunque a veces el resto del mundo intente poner un velo sobre ellas. ¿Por qué nunca podemos hablar de lo mucho que nos importa alguien? ¿Por qué siempre los que nos rodean nos obligan a adoptar una actitud de indiferencia? ¿Por qué debemos fingir que nada nos afecta? Como si eso sirviera de algo. Encerrar lo que sientes en tu interior sólo te enloquece, hasta que llegas a ese punto en que tienes ganas de gritar como nunca.

No sabes cuántas veces he deseado salir a gritarle a la noche que te quería.

Pero, en lugar de eso, me encierro en mi habitación y dejo que estas

paredes me griten a mí.

Te veo atendiendo a las bromas de Tony con una sonrisa que no llega a transformarse nunca en risa, te veo escuchando las conversaciones entre Noel y Kit, te veo hablando con Lucy (y deseo ser ella) y mirando a Gabrielle divertida. Pero sobre todo me he fijado en cómo, siempre que Noel y Gabrielle empiezan otra de sus guerras y juegos particulares, tú te descuelgas de ellos y te unes a Kit y a mí, que siempre vamos por detrás, hablando de cosas de clase sin importancia, simplemente haciéndonos compañía. Ni la mirada de Kit ni la incomodidad que me rodean te echan atrás; en cambio, sé que la popularidad de Noel y las tonterías para llamar la atención de Tony te provocan a veces un gran rechazo. O eso quiero creer. Quizá sólo te haya imaginado, Emily; quizá no te conozca en absoluto. Quizá mi mente haya construido a una chica muy diferente de la que eres.

A veces eres todo sonrisas educadas y comentarios dichos con pies de plomo. Otras, frases mordaces. Nunca arriesgas, Emily. Nunca te dejas ver más de la cuenta.

Pero eso Kit y yo no podemos reprochártelo, porque nosotros hacemos algo similar. Y, aun así, las pocas conversaciones que tuvieron lugar en aquellos pasillos fueron los únicos momentos en los que pensé que aquel lugar podía llegar a merecer la pena.

Quiero quererte, Emily.

Quiero hacerlo todo por ti.

Quiero cambiar por ti. Ser mejor.

Sólo escribo para decirte que te quiero. Que eres Emily. La chica a la que miro desde la distancia. La chica a la que deseo hacer el amor y al instante después abrazar y hundir mi rostro en su pelo. Desnudarte o escuchar durante horas todo lo que pase por tu cabeza; da igual, Emily. Yo de ti lo quiero todo.

Tuyo, siempre tuyo,

John

Ahora releo las cartas que le escribía a Emily y lo siento..., lo siento todo, incluso después de tanto tiempo.

Querida Emily:

Ni siquiera sé por qué sigo escribiéndote estas cartas que jamás te enviaré. Esta tarde sentía tanta inquietud que necesitaba coger papel y bolígrafo y plasmar todas las cosas que no te he dicho. Que nunca me he atrevido a decirte.

Supongo que cuando, como yo, pones tanto empeño en leer las emociones de los demás en sus rostros, en ocasiones se te olvida actuar. Porque te conformas con comprender. En tu caso, Emily claro que no me vale sólo con conocerte y saber lo que pasa por tu cabeza, pero siempre me bloqueo de una manera u otra.

Deseo verte como nunca te he visto: como eres tú misma. Entregada a lo que sientas, sin esos frenos que sé que llevas echados todo el tiempo. En ocasiones me pregunto si quieres a alguien; sé que no estás con nadie, porque he oído a Gabrielle tomarte el pelo con ello. ¿Observarás a alguien desde la distancia, como hago yo?

En ocasiones creo que eres y siempre serás una herida que se abre una y otra vez, Emily.

Sé que no me quieres. Tu tono de voz y el hecho de que vayas en mi búsqueda por estos pasillos me abrían una esperanza que deseo tener; pero sé que no me quieres. ¿Cuánto tiempo se puede tener la cabeza alzada hacia el cielo, anhelando algo que jamás alcanzarás? Ninguna chica puede compararse a ti, Emily. Ni siquiera existen a tu lado. Y en este caso, que seas mi amiga, mi compañera del instituto, juega en mi contra, y es que no puedo querer a nadie más; no mientras te siga viendo cada día.

Contigo todo se convierte en presente, porque no puedo ni me permito soñar con un futuro a tu lado. Tú sacas lo mejor y lo peor de mí; desde el amor más puro al egoísmo irracional, desde la calma hasta el deseo físico más fuerte y primitivo. No me gusta sentirme así. En los límites de la cordura. Sé que no es sano.

Ojalá lo supieras. O, mejor dicho, ojalá tuviera el valor de decírtelo para hacer que me rechaces y poder acabar de una vez con esto.

No tiene sentido apostar si no es a todo o nada. No podemos sentir a medias.

Te quiere,

John

Voy a confesarlo: releendo estas cartas, a veces pienso que Emily podría

haberme salvado. Podría haber evitado muchas cosas con el simple gesto de... ¿darme esperanza?

Pero no, no puedo cargar su recuerdo con una culpa que no tiene. Todas mis elecciones son cosa mía y de nadie más. A veces no puedo evitar desear aquello que nunca ocurrió. Supongo que jamás dejamos atrás nuestro pasado; lo llevamos dentro de nosotros. Cualquiera sabe que las cosas que llevamos en nuestro interior son las más peligrosas. Y digo esto no sólo pensando en las mías, sino en las de Chad y Landis, porque ellos, de vez en cuando, las sacaban a la luz.

Así que dejemos de hablar de Emily. No voy a fingir que, todavía hoy, no me hace daño su recuerdo. Pero ya está. Lo único que tenía que decir, en realidad, se resume en unas míseras palabras: yo la quería.

Fin de la historia.

Así que sí, dejemos de hablar de Emily por ahora. Volvamos con ellos dos. Ellos también se merecen tener voz.



Hubo un día..no me preguntéis por qué. Quizá porque llevaba un tiempo cruzándome con ellos por los pasillos, quizá porque había visto a Chad gritándole a uno de los deportistas sin razón aparente. Pero una tarde, en vez de hacer el trabajo que me habían mandado sobre el descubrimiento de la penicilina, cogí el portátil y entré en el blog de Chad.

La gente se quita la máscara cuando le cuenta sus pensamientos a una pantalla.

Y Chad era terroríficamente sincero en su blog.

¿Alguna vez te has preguntado por qué vamos al colegio? Además de para recibir una supuesta educación. Supongo que la mayoría de vosotros, idiotas, no lo tenéis muy claro, pero los que pensáis un poco más a fondo deberíais daros cuenta. Es el modo en que la sociedad convierte a todos los jóvenes en pequeños y buenos robots y obreros. Por eso nos sentamos en pupitres colocados en filas y seguimos los

timbres que marcan los horarios, para prepararnos de cara al mundo real porque «así es el mundo». Pues bien, maldita sea, ¡eso no es así! Una de las cosas que nos diferencian de otros animales es que podemos tener ideas y opiniones reales. Así que ¿por qué no lo hacemos?

La gente sigue sus rutinas de mierda día tras día. ¿Por qué no podemos aprender en el colegio como nosotros queramos? ¿Por qué no podemos sentarnos sobre los pupitres o en las estanterías y poner los pies en alto para relajarnos mientras aprendemos? Porque así no «es el mundo real». Bueno, estúpidos de mierda, el tema es que ese supuesto «mundo real» no existe. Son sólo otras palabras como justicia, perdón, pena, religión, fe, suerte y demás. Somos seres humanos: ¡si no nos gusta algo, tenemos la jodida capacidad de cambiarlo! Pero no lo hacemos; al menos, vosotros no lo hacéis. Yo lo haría. Os limitáis a lloriquear /que jaros a lo largo de la vida, pero nunca hacéis una mierda para cambiar vuestra situación.

La raza humana es un asco. La naturaleza humana está reprimida por la sociedad, LOS deberes, el trabajo y la educación. Los instintos son suprimidos por las leyes. Veo a gente decir cosas con las que se contradice a sí misma o a personas que no aprovechan el regalo que es la vida. Desperdician sus mentes memorizando las estadísticas de cada jugador de baloncesto universitario o contando las palabras que debe haber en un texto, cuando deberían estar usando sus cerebros para cosas más importantes.

La raza humana no se merece luchar por nada más. La II Guerra Mundial fue la última guerra en la que mereció la pena luchar, y fue la última vez que la vida humana y el cerebro humano hizo algo bueno y que nos hizo sentir orgullosos. Ahora, con el gobierno sufriendo escándalos y conspiraciones por todos los putos lados, mintiendo a todo el mundo sin parar, emitiendo programas de televisión inútiles, sin sentido, estúpidos y vergonzosos, y con todos jodidamente obsesionados con Hollywood, la belleza, la fama, el glamur, los políticos y cualquier famoso, la gente ya no se merece que la salven.

La sociedad quizá no se dé cuenta de lo que está pasando, pero yo sí; vas al colegio para acostumbrarte a estudiar y para aprender cómo «se supone» que debes ser, lo que filtra nuestra naturaleza humana. Y esto después de que tus padres te enseñen lo que está bien y lo que está mal, aunque tú puedas pensar de otra manera. Debes seguir las reglas.

Después del instituto se espera que consigas un trabajo o vayas a la universidad. Para que pierdas aún más tu naturaleza humana.

(...)La gente siempre dice que no debemos ser racistas. ¿Por qué no? Los negros SON diferentes. Te guste o no, lo son. Empezaron desde abajo, así que ¿por qué no mantenerlos allí? Tardaron siglos en convencernos de que son iguales, pero todavía usan su color como una excusa o nos discriminan a nosotros por ser blancos. Que os jodan, deberíamos enviar de vuelta vuestros culos negros a la jodida África, que es de donde venís. Os trajimos aquí y os llevaremos de vuelta.

Los gays... Vale, todos los gays, TODOS los gays, deberían morir. Mit Keine Fragen!² Es una puta enfermedad. ¿A que no ves que los toros o los gallos intenten follar entre ellos? Las mujeres siempre estaréis por debajo de los hombres. Lo hemos visto en toda la naturaleza, los machos casi siempre hacen las mierdas peligrosas, mientras que las mujeres se quedan atrás. Son vuestros instintos animales, asumidlo o suicidaos, pero hacedlo rápido. Eso es todo por ahora.

(...)Me encantan los nazis... No me canso de la esvástica, las SS y la cruz de hierro. Hitler y sus delegados la jodieron algunas veces y eso les costó la guerra, pero me encantan sus creencias y quiénes eran, lo que hicieron y lo que querían. Sé que esa forma de gobierno no podría haber durado mucho una vez que la ecuación humana se introdujera, pero, maldita sea, tenía muy buena pinta.

(...) Estoy revelando demasiado de mí mismo, mi postura y mis pensamientos. La gente podría empezar a hacer preguntas, los inteligentes se entrometerían y podría pasar algo que me jodiera. Quizá necesite ponerme una máscara para engañaros a todos un poco más.³

Una detrás de otra. Mentiría si dijera que leer tantas seguidas terminó por hacerme insensible a sus frases.

² En alemán en el original: «sin preguntas».

³ Estos fragmentos, así como los citados más adelante, forman parte de los diarios de Eric Harris, hechos públicos en 2006 como parte de los llamados Documentos Columbine. Los textos se han transcrito aquí de la manera más literal posible, tan sólo suprimiendo algunas frases y alterando otras para que encajen en la ficción. Líneas de palabras afiladas por el odio. Gritos a ninguna parte de la red.

Y ese era Chad.



Hablar sobre la página de Chad ha hecho que salga a la luz uno de mis recuerdos más preciados, quizá porque entonces tuve la ocasión de conocer mejor a mi padre, quizá porque fue uno de esos momentos que definen tu personalidad, que te hacen madurar. Además, creo que merece la pena hablar de ello aquí. Tiene bastante que ver con el tiroteo, en realidad. Puede que hasta fuera una de esas cosas que hizo que actuara cómo actué.

Todavía lo recuerdo a la perfección.

Fue el día en que se celebró, a pocas millas de nuestra ciudad, una feria de armas y mi padre decidió coger el coche para que ambos nos diéramos una vuelta por allí. Hace bastantes años de aquello; yo acababa de cumplir los doce años, pero recuerdo mi extrañeza cuando me dijo que me iba a llevar a ese lugar, porque yo sabía que él odiaba cualquier tipo de arma. Era antibelicista declarado (uno de los ídolos que compartíamos los dos era Lennon) y siempre expresaba su descontento hacia los conocidos suyos que tenían rifles o pistolas en casa. Y esos, donde vivíamos, eran muchos. Fuimos a la feria, situada en medio de un terreno muy amplio y abierto. Sólo mi padre pagó la entrada; los menores de edad, aparentemente, entraban gratis en las ferias de armas por todo el país.

Empezamos a pasear por el interior. Había puestos, sí, pero también furgonetas o vendedores de a pie en cuyos maleteros había todo tipo de rifles, pistolas o incluso ametralladoras que yo jamás había visto, ni siquiera en las películas. Allí aprendí lo baratas que eran las municiones y también que podía apuntarme a un campeonato de tiro patrocinado por la Asociación Nacional del Rifle.

La cara de mi padre se crispaba más y más conforme avanzábamos. Había varios carros de combate, ante los que familias enteras se hacían fotos, y recuerdo un puesto de cosas con símbolos nazis: *merchandising* puro y duro, pero de Hitler. Ya entonces empezaba a comprender su significado.

Mi padre se paró delante de la bandera de un puesto, la «Navy Jack».

—No me extraña que no haya negros aquí —dijo en voz baja.

Eso sí que lo entendí. Si algo nos enseñan en nuestro país desde

pequeños, es nuestra historia.

Seguimos caminando y fuimos hasta la zona de la que provenía un sonido de disparos tremendo. Llegó un momento en que no pudimos acercarnos más sin que el ruido nos destrozara y vimos desde allí a una fila de hombres y mujeres, de todas las edades y con todo tipo de vestimentas, probando diferentes armas contra objetos muy diversos, desde latas y barriles hasta maniqués con forma humana.

Los que disparaban a los maniqués tenían una escalofriante buena puntería.

Nos pasamos horas caminando por allí, casi en silencio, empapándonos del ambiente festivo, escuchando por los altavoces los anuncios de los diferentes espectáculos que estaban teniendo lugar, viendo cómo compradores y vendedores hablaban de alcance, de precisión, de ruido al disparar, de cargadores de balas. Muchos paseaban con sus compras en bolsas o a la espalda. Y yo sentía en mi propia piel el desprecio y la desesperación que estaban apoderándose de mi padre en aquel momento. Aquello era una aberración y él, un pacifista entre locos con pretensiones de soldado.

Nos sentamos en un banco para comer un perrito caliente que habíamos comprado en un puesto ambulante, situado al lado de varias casetas. Mientras lo saboreábamos, un hombre de treinta y muchos años pasó a nuestro lado y decidí estudiar sus acciones. Mi padre y yo observamos todo el proceso: cómo discutía con el vendedor en cuyo puesto se había parado, cómo evaluaba distintos modelos, cómo los sostenía todos en sus manos y apuntaba, calibrando. Al final se decidió por un rifle de tamaño mediano. Regateó un poco el precio y se lo llevó para probarlo en una de las áreas de tiro.

Mi padre siguió sus pasos atentamente con la mirada. Y entonces cuando el otro ya se confundía con el resto de la multitud, susurró —¿Y para qué lo quieres?

Se me quedó grabado a fuego en la mente.

«¿Y para qué lo quieres?».

Cuando volvimos a casa aquel día, y muchos días más tarde, seguía pensando en ello. Y los meses posteriores también. Y los años que siguieron. Pensaba en cuántas veces serían disparadas todas aquellas armas. Pensaba en adonde irían a parar aquellas balas. ¿Cuántas herirían a personas? ¿Cuántas las matarían?

Y la gente después se preguntaría por qué nuestro país era, año tras año,

donde más muertes acontecían a causa de disparos de armas de fuego.

Cuando mis reflexiones me llevaban a aquel punto, siempre tenía ganas de vomitar y de llorar por igual.



Todas aquellas personas entusiasmadas con las pistolas, las ametralladoras, los rifles, las escopetas, soñando dentro de ellos, tanto que ni si quiera se lo admitían a sí mismas, con utilizarlas... Disparaban a maniqués con forma humana, por el amor de Dios. ¿Cuántos, llegado el momento, dispararían a personas vivas, reales, sin que les temblara el dedo? ¿Cuántos lo disfrutarían? ¿Y cuántos sabían ya lo que ocurría después de disparar, lo que conllevaban esas balas? Me negaba a pensar que todos ellos ocultaran un asesino dentro.

Quizá exagere, no lo sé. Pero es que aquello me repelía hasta puntos inimaginables. Y creo que para eso me llevó mi padre allí, para que a ambos nos repugnaran aquellas imágenes. Para que compartiéramos ese sentimiento entre el odio y la tristeza.

Lo compartimos. Es una de sus mayores herencias.

La de mi madre es el estudio de la Historia.

¿Por qué digo esto? Tan sólo quiero mencionar una cosa. Una tarea, como otra cualquiera, que tuve que hacer para el instituto. Ahora que lo pienso, reúne esos dos rasgos de mis padres. Y puede que parezca un dato sin importancia en el contexto de esta historia, pero os aseguro que no lo fue.

Di un curso para aprender a hablar en público. Una de esas semanas de seminarios libres en el instituto. El último día, como trabajo final, teníamos

que hacer una exposición completa de un tema de nuestra elección. La mía fue acerca de la Revolución de los Claveles⁴.

Nunca supe por qué, pero mi madre, como historiadora, tenía debilidad por estos temas. El Mayo del 68 en París. La Primavera de Praga. Y, por supuesto, la Revolución de los Claveles.

Sé que muchos no tendrán ni idea de qué estoy hablando. Y me da igual. Que lo busquen. Sólo lo menciono para que se sepa por qué para mí, desde muy joven, las flores eran un símbolo del antibelicismo. Otro más.

El único requisito para comprar un arma en el estado en que vivíamos era ser mayor de dieciocho años, para rifles y armas largas, o veintiuno para armas de mano. Te hacían rellenar un formulario y dejar tu huella digital para que comprobaran que no tenías antecedentes. Por Internet, ni eso. Después de todo, lo dice nuestra querida segunda enmienda: «Como es necesaria una milicia bien organizada para la seguridad de un Estado libre, no se infringirá el derecho del pueblo a poseer y portar armas».

Y con qué orgullo la recitan algunos. Y cuántas veces la tuve que escuchar en las noticias después del tiroteo.

En fin.

⁴ Se llama así al levantamiento que, el 25 de abril de 1974, acabó con la dictadura de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal. Los participantes de la marcha que se celebró en Lisboa llevaban claveles, la flor de la temporada. Las tropas también colocaron los claveles que la población les daba en los tanques y en sus fusiles, dando a entender que no deseaban disparar sus armas.

Lo que intento decir es que prácticamente cualquier persona podía acceder sin problemas a un arma. Que cualquier adolescente podría robársela a sus padres.

Y, ¿quién sabe?, quizás algún día decidieran ir al instituto con ella.

Fueron ellos dos, pero podría haber sido cualquiera.



Había caído la noche en la ciudad, pero el instituto brillaba más que nunca.

Casi todos los alumnos nos concentrábamos en el gimnasio principal, que había preparado sus mejores galas para la ocasión. Los colores del instituto, negro y rojo, ondeaban en banderas y camisetas. Los focos funcionaban a máxima potencia y las gradas las recuerdo más animadas que nunca. Aunque yo tampoco es que hubiera ido a muchos partidos de baloncesto en el centro.

Pero a aquel ni me lo pensé, porque aquel era diferente. Según había aprendido hacía unas semanas, era una tradición celebrar un partido interno en el instituto, con dos equipos propios. Los jugadores del equipo oficial se mezclaban con otros alumnos, de modo que conformaban dos equipos homogéneos que entrenaban juntos durante un tiempo antes de enfrentarse. Me había sentado en una de las filas del medio de las gradas y, por una vez, hasta me había puesto una sudadera del instituto. A mi izquierda se encontraba Emily y a la derecha, Tony, con un sombrero rojo y negro del que todos nos habíamos reído y que él llevaba con mucho orgullo.

Miré hacia la cancha. Dos equipos, uno de blanco y negro y otro de negro y rojo, se enfrentaban allí.

El segundo, supuestamente más débil por tener menos jugadores del equipo oficial, estaba dando todo un recital. Se mantenía por delante, aunque por una diferencia pequeña de puntos.

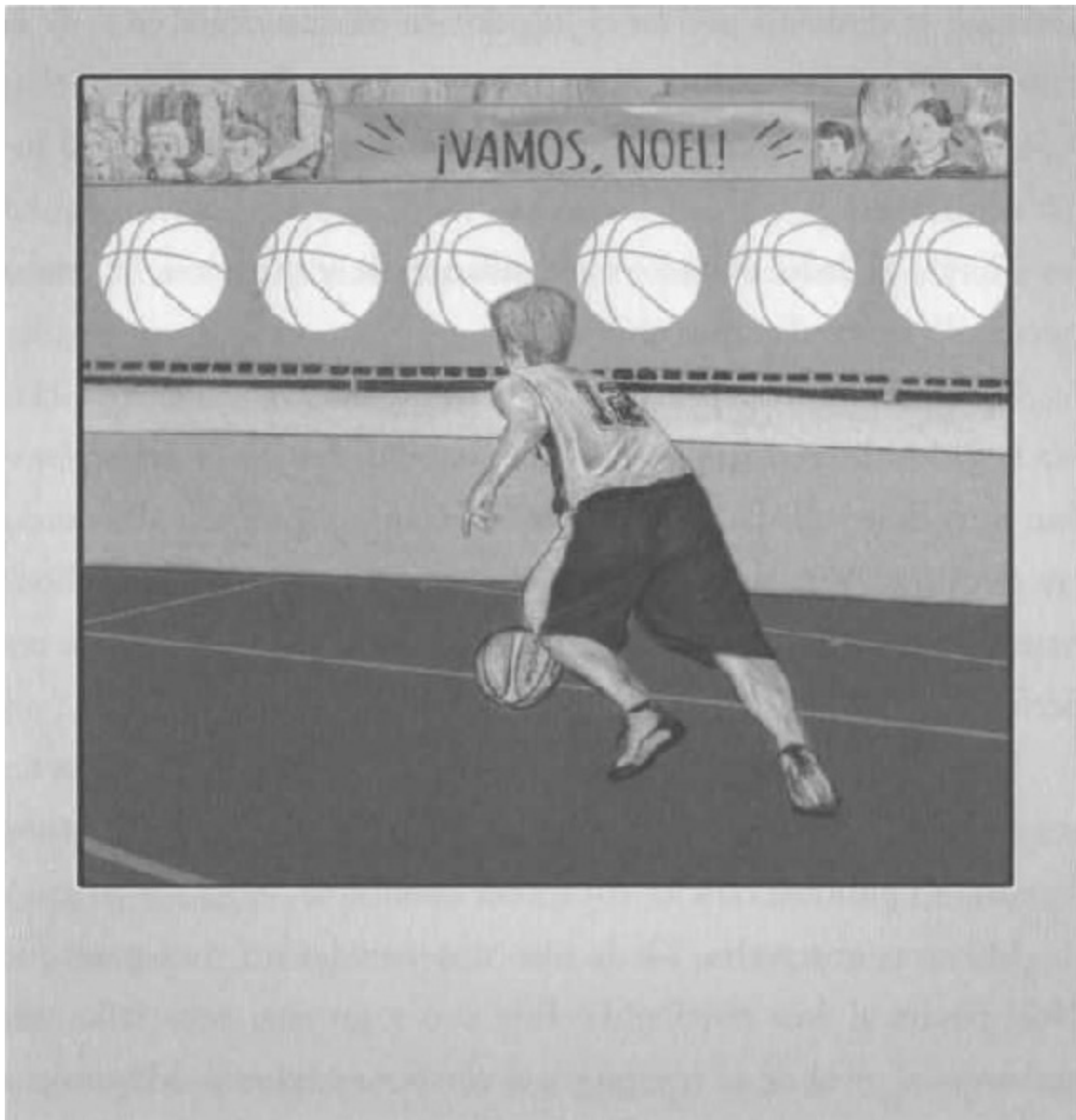
Y la razón de que fueran ganando tenía nombres y apellidos.

—No sé mucho de baloncesto —me dijo Emily mientras se acercaba a mi oído para que escuchara su voz por encima del estruendo—, pero me parece que Noel es muy bueno.

Yo asentí. Estaba completamente de acuerdo.

En cuanto se había enterado de la celebración de aquel partido, Noel había mirado a Kit y, con una sonrisa, le había dirigido un escueto: ¿nos apuntamos? Christopher había dudado durante toda la mañana, pero al final había accedido. Tony y yo (ambos bastante penosos en baloncesto) habíamos aplaudido. Nos hacía ilusión ver a nuestros dos amigos en la cancha grande del instituto.

Esa alegría se había visto acompañada de una grata sorpresa cuando nos dijeron días más tarde que los dos iban a salir de titulares desde el principio en el partido. Aunque, ahora que los veía jugar, tenía todo el sentido.



Noel jugaba de base. En aquel momento ponía la pelota en juego, botándola con calma mientras hacía gestos a sus compañeros. Llamaba la atención por ser el jugador de menor altura en toda la cancha.

—Es como... —empecé—, como si todos fueran mejores al jugar con él.

Tony, a mi lado, tenía los ojos brillantes de admiración. Se estaba quedando ronco de tanto animar.

Yo llevaba desde el principio del partido observando a Noel. Había llegado a la conclusión de que sus habilidades con la pelota estaban muy

desarrolladas, pero lo que realmente marcaba la diferencia era su cabeza. Veía las jugadas. Estaba atento a todo. Leía a sus oponentes como nadie. Sabéis a lo que me refiero, ¿no? Como base era perfecto.

Kit lo acompañaba. Jugaba de escolta. Su manejo de la pelota no era tan bueno, pero leía bien las intenciones de Noel y, para sorpresa nuestra, su puntería con los triples era asombrosa.

Mientras observaba, Kit le hizo una pared a un rival para que Noel pasara al área restringida. Este tiró a canasta, pero falló. Sin embargo, el pívot de su equipo cogió el rebote y encestó. Mis amigos lo felicitaron y, a toda prisa, se replegaron para defender. Alguien (hoy puedo imaginarme perfectamente quién era) sacaba una foto detrás de otra desde la primera fila y el *flash* me deslumbraba, pero no podía dejar de mirar a la cancha.

—Se lo están pasando bien, ¿no te parece? —le dije a Emily. Ella asintió.

—De Noel podrías esperártelo, pero que Kit disfrute jugando delante de todo el colegio...

Uno de los entrenadores pidió tiempo muerto. Miré a mi mejor amigo, que se secaba el sudor con una toalla. Emily tenía razón. Su rostro nunca había sido muy expresivo, pero era innegable que estaba disfrutando.

—¿Hablaste con él de por qué estaba aquel día con la psicóloga? Suspiré.

—Lo intenté. Se puso hecho una fiera.

—¿Y eso? —Emily me miró extrañada.

—No tengo ni idea. Lo que sí sé, ahora que me fijo, es que va a menudo. No sé qué le ocurrirá.

—Nunca ha dicho nada al respecto...

Nos quedamos en silencio mientras el juego se reanudaba y, a nuestro alrededor, el público volvía a animar a sus compañeros.

Entonces, Emily me señaló una de las primeras filas de las gradas.

—Me sé de alguien que lo está pasando todavía mejor que esos dos. —Se rió.

Y es que Gabrielle estaba allí, de pie, animando a Noel con todas sus fuerzas. Ella sí que estaba entusiasmada. Ni se molestaba en ocultarlo. Y parecía darle igual que hubiera muchas otras chicas entre el público haciendo lo mismo. A decir verdad, a él tampoco le importaban mucho las demás. De vez en cuando miraba hacia donde estaba Gabrielle y sonreía aún más ampliamente.

—Me parece bonito —comenté antes de poder contenerme y darme cuenta de que era Emily la que me estaba escuchando.

—¿El qué?

Dudé, pero al final lo dije:

—Esa forma de animar sin tapujos a la persona a la que quieres. Emily sonrió.

—Ella es así —afirmó con la voz teñida de un cariño mal disimulado—, sincera en todo lo que hace. Y muy poco egoísta. Supongo que eso la ayuda a sobrevivir, a que le importe menos con quién anda Noel...

—Que es con mucha gente —completé yo.

—Cierto. Pero ninguna es Gab.

Miré a Gabrielle. Se la distinguía sin problemas porque llevaba una camiseta amarilla que resaltaba sobre el color de su piel. Y por cómo coreaba a voz en grito todos los cánticos de la grada.

—No conozco a muchos que prefieran que la persona que les gusta brille para todos antes que tenerla para ellos mismos.

—Para que veas.

—Pero ¿ha admitido... que siente algo por Noel? Porque él ni con el agua al cuello lo confesaría.

Emily se encogió de hombros.

—Lo ha admitido... a su manera. Le tomé el pelo con que sólo tenía una razón para venir al partido, Noel, y me respondió que era verdad. Que nosotras eso ya lo sabíamos.

En ese momento, Noel le robó la pelota a uno del equipo contrario que se llamaba Kyle e inició un contraataque.

—Así que falta él.

—¿Estás intentando hacer de casamentera? —preguntó Emily con una sonrisa.

—Entiéndelo. Ni siquiera sé por qué no están juntos ya. Tienen que saberlo.

Mi compañera se puso un poco más seria en un momento.

—A veces es mejor quedarse en lo que pudo haber sido, John.

—No. Eso nunca.

—Yo creo que sí.

—¿Y vivir con el arrepentimiento?

Mi compañera volvió a sonreír, pero esta vez con cierta nostalgia pintada en el rostro. Yo no pude evitar ponerme algo nervioso, como cada vez que

una conversación con Emily se tornaba más y más seria.

—Supongo que ahora tiendo a evitar arriesgarme con cualquiera —dijo ella crípticamente.

—Eso suena a algo que lleva detrás una historia de tu pasado, Em.

—¿Y no las llevamos todos?

La miré. Quería abrazarla, pero no me atreví.

—Nunca me la contarás, ¿verdad?

—¡Jamás! —rió ella.

—Me lo imaginaba.

—¿Qué pasa, quieres psicoanalizarme? ¿O a lo mejor seguir con tu carrera de casamentera conmigo?

Solté una carcajada.

—Con las vidas sentimentales de los otros soy bueno. Con la mía ya es otra historia.

Ella se quedó pensativa durante un rato, en el que Kit atrapó una bola perdida y encestó. Yo aplaudí coreando su nombre. El me miró desde la cancha y me dedicó un gesto poco ortodoxo. Me había avisado de que, por favor, no le animara, pero ¿para qué están tus mejores amigos si no es para avergonzarte?

Emily volvió a hablar cuando la pelota se puso en juego:

—¿Tu vida sentimental? —preguntó sin más.

Me puse tenso, aunque intenté disimularlo. Lo sé. Era idiota. Nunca se ha conseguido nada a base de disimular lo que sientes.

—Mi inexistente vida sentimental —intenté aclarar.

Lo vi en su rostro. No me creía.

Claro que no me creía.

Por algo ella era la siempre lista Emily.

—Si es inexistente, no puede ir tan mal.

—Según quien lo diga.

—¿Eres uno de esos adictos a estar enamorado? Sólo pude reírme con nerviosismo.

—Hay que ver lo cursi que suena eso, Em. ¿Por quién me tomas?

Ella sonrió con los ojos brillantes.

—Nunca se sabe, querido. Nunca se sabe.

Su mueca maliciosa había vuelto. Y yo, que ya la conocía más que de sobra, me puse en guardia.

—Entonces, ¿qué hay de la mía? —dijo—. ¿Tú podrías arreglar mi vida

sentimental?

Esboqué una sonrisa torcida.

—No creo que necesite arreglo —respondí con sinceridad.

«Mierda, mierda, mierda».

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Emily.

—¿Qué?

Adopté una expresión falsamente seria.

—No me hagas decírtelo. Sabes de sobra que podrías tener a quien quisieras.

—Tener. —Emily soltó una risa irónica—. ¿Quién quiere *tener* a alguien?

—¿Y qué es lo que quieres?

—No lo sé. Supongo que contar.

Contuve la respiración, intentado poner mis pensamientos en orden.

—Tú cuentas —pronuncié despacio—, independientemente de lo que los demás puedan sentir por ti. Al oír aquello, ella se giró a mirarme sin añadir nada más.

Fue durante esa conversación cuando descubrí que Emily tenía ciertas heridas en su interior que no se curaban. Heridas que filtraban aquella malicia, aquellas ganas de jugar, de sentirse alguien, a la sangre.

Tenía algo oscuro corriendo por las venas. Algo que nunca llegué a entender del todo. Supongo que no tiene mucho sentido seguir dándole vueltas. Ella misma me dijo alguna vez que había historias que era mejor no llegar a conocer. Sonaba a algo de su pasado que quería olvidar. Y yo respeté ese deseo suyo y no volví a preguntar por él.

Ahora sólo diré que el equipo de Kit y Noel ganó aquel partido, que el resto de estudiantes pasó a conocerlos aún más y que, curiosamente, tras aquella noche, Noel no volvió siquiera a tontear con ninguna otra chica, aunque tampoco acabó por pedirle salir a Gabrielle. Fue extraño. Creo que todos nos preguntábamos a qué esperaba.

Y Kit...

Algo ocurrió con Kit. Después del partido se encerró dentro de sí mismo. Fueron algunos de los días más oscuros de los que guardo memoria. Parecía una bomba a punto de estallar.

Y me alejó de él.

Hubo un par de veces que no vino a clase. No me atreví a preguntarle por qué.

¿Vosotros os hubierais atrevido?



Aquel día no me estaba sintiendo bien.

No sé si me entenderéis... Era uno de esos días en los que empiezas a plantearte qué haces, para qué lo haces, adonde lleva todo. Levantarse, desayunar, ir al instituto, sentarse en una clase, saludar, soltar los comentarios cotidianos, saber cómo va a ser la jornada antes de vivirla.

Me preguntaba muy a menudo el porqué de todo ello. Y todavía lo sigo haciendo, y hay días en los que tengo repuestas y hay días en los que no las encuentro. Y eso es aterrador.

Fue uno de aquellos días. De voces apagadas, gente gris y miradas al reloj. De preguntarse para qué, para qué, para qué. Pero tampoco quiero dar vueltas en torno a lo que sentía (aunque a mi psicóloga eso le encantaría), sino contar lo que ocurrió. A veces creo en la teoría de que la tristeza llama a la tristeza. De que los invadidos por la melancolía nos atraemos entre sí. Quizá busquemos comprensión.

Pongámonos en situación: yo estaba en clase de Oratoria. Era interesante; a un chico le tocaba armar un discurso que tuviera que ver con el término *entretenimiento*, y había decidido llegar a clase alborotando y contándonos una historia rocambolesca sobre lo que le había ocurrido de camino al instituto. Era uno de los estudiantes que venían de otros países, pero yo no conseguía recordar su nombre ni su lugar de procedencia. La clase entera se reía con él. Yo era incapaz. Era como si sus risas sonasen muy lejos y yo estuviera metido dentro de una burbuja que no me dejara contagiarme del ambiente de alegría. Al final me acabé poniendo nervioso por sentirme así y decidí salir un momento, aunque sólo fuera para respirar y tranquilizarme un rato. Me dirigí al baño.

Los pasillos estaban vacíos. Los únicos sonidos eran los ecos ahogados de las distintas clases que se estaban impartiendo. Quizá fue por eso por lo que lo oí ya antes de abrir las puertas del baño.

Sollozos. Gemidos ahogados.

Titubeé sobre si entrar. Fue en parte por timidez, sí, pero también me preguntaba si no molestaría, más que otra cosa, el que lo hiciera. Quienquiera que estuviese allí dentro se hallaba solo y ocultándose del resto, de eso no cabía duda. Y en el baño de los chicos, cómo no. Los malditos estereotipos masculinos nos metían en el instinto que debíamos camuflar nuestra debilidad.

Pero al final pensé que nadie debería llorar solo y decidí entrar. Hice bastante ruido al abrir la puerta para no asustar a nadie.

Cuál no sería mi sorpresa cuando me encontré a Landis mirándome con estupor.

Sus ojos estaban rojos. Se apoyaba en la pared, un poco encorvado, mientras se abrazaba a sí mismo. Se me hizo un nudo en la garganta, pero él no me miraba con rechazo. Tampoco con agradecimiento. Sencillamente, estaba enfrascado en su propia desesperación. No supe qué decir. Pero tuve que abrir la boca, porque estaba claro que Landis no me iba a hablar a menos que le obligase a ello.

—¿Qué..., qué te ocurre?

Entreabrió los labios, pero, antes de que pudiera pronunciar nada, las palabras se convirtieron en sollozos más y más fuertes. Entonces sí que dejé a un lado todos mis reparos y me acerqué a él. Sabía demasiado bien lo mal que se pasaba durante un ataque de ansiedad y lo importante que era frenarlo a tiempo.

Puse una mano en su hombro.

—Oye, respira. —Recordaba cómo mi madre solía tranquilizarme—. Deja la cabeza en blanco. Son tus pensamientos los que te ponen nervioso, libérate de ellos... Respira, vamos, respira hondo. —Le apoyé con cuidado la mano en el vientre. Para mi alivio, no me la apartó—. Prueba a levantar mi mano al respirar, con el diafragma.

Me hizo caso. Le costó, como siempre cuesta, pero poco a poco se fue calmando hasta que al final consiguió respirar con un ritmo normal y las lágrimas dejaron de manar de sus ojos. Su cuerpo se relajó y enderezó su postura. Yo, con cuidado, me aparté un par de pasos de él.

Cada vez más incómodo, vi cómo se acercaba al lavabo y, dándome la espalda y sin decir nada, se echaba agua en la cara para borrar las huellas del llanto.

Estuvo un largo rato haciéndolo. Mucho más del necesario. Y yo le observaba, sintiéndome muy idiota. Pero, cuando ya me planteaba si debía

irme de allí sin ni siquiera despedirme, se volvió. Por suerte, no había mucha hostilidad en su rostro. Diría que hasta estaba un poco avergonzado.

—Gracias —murmuró sin mirarme a los ojos—. Y lo siento si te he asustado. Ha sido sólo un mal momento.

—No te preocupes. ¿Ya te encuentras mejor?

—Sí, bastante. Se ha pasado.

Quería añadir algo más. Quería decirle, por ejemplo, que aquellos momentos no significaban que fuera débil. Que todo era mejor si confiaba en el resto en lugar de encerrarse en los baños. Que las malas rachas con la ansiedad iban y venían, que no duraban para siempre, por mucho que lo pareciera. Pero yo no era quién para dar lecciones sobre aquello.

Yo había estado muchas veces como Landis. El último año de secundaria había sido especialmente malo. Por suerte, parecía que la ansiedad me había dejado en paz durante una temporada. Parecía, repito, porque con ella uno nunca estaba seguro.

Como he dicho, todo aquello pasó por mi cabeza mientras observaba a Landis. Pero no me dio tiempo de expresarlo. Antes de que pudiera abrir la boca, oímos la puerta abriéndose a nuestras espaldas y nos giramos justo a tiempo para ver entrar a Chad.

—¡Aquí estabas!

Respiraba agitadamente, como si hubiera estado corriendo. Landis esbozó una sonrisa torcida al verle.

—Un mal día —dijo, y se corrigió—: Mal mes. Mal año.

—¿Alguno de esos soplapollas te ha molestado?

Landis no respondió. En su lugar, me señaló con un gesto de la cabeza. En un instante me encontré con dos pares de ojos mirándome.

—Me llamo John. —Brillante, lo sé. De ahí estaba a un paso de ser un personaje de *¿OJ Simpson*.

No fue la mejor presentación del mundo, pero al menos me gané una sonrisa de Chad.

—Lo sabemos, descuida —afirmó. Hablaba rápido, pero sin trabarse. Tenía una voz bonita, que no encajaba para nada con la dureza de sus rasgos—. Este es Landis, yo soy Chad.

—John me estaba... acompañando —le interrumpió su compañero.

—Oh, ya veo. Eso que deberíamos agradecerle, ¿no es así?

Estaban siendo simpáticos y yo lo sabía. Y, sin embargo..., me sentía incómodo y en mi cabeza no conseguía averiguar el porqué. Ni siquiera

ahora, al escribir desde el recuerdo, me lo explico. Lo cual supongo que viene a decir que la intuición es, a veces, mucho más poderosa que la racionalidad.

Pero estoy describiendo este encuentro porque es importante. Quizá, si aquel día no hubiese ido al baño, nunca habría tenido nada que ver con ellos dos. Y entonces... ¿quién sabe lo que hubiera podido ocurrir?

Pero no tiene mucho sentido hablar de esto ahora, lo sé. —De modo que... —miré a Landis— ¿alguien te ha molestado? Eso es lo que he entendido de sus palabras.

No fue él quien contestó. Fue Chad, a quien durante mi última frase había señalado.

Su expresión se había congelado. Sus palabras destilaban una serenidad asombrosa.

—Nos molestan mucho. Pero... —sonrió— ya se arrepentirán.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Chad se rió como si de una broma interna se tratase y, tras poner una mano sobre el hombro de su amigo, se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, ambos se volvieron hacia mí.

—Gracias otra vez por la ayuda —dijo Landis.

—Me has caído bien, John. Cuando quieras, vente a charlar con nosotros —añadió Chad.

Ojalá no le hubiera hecho caso.

Pero, en su lugar, volví rápidamente a clase y aguanté una broma maliciosa del profesor sobre lo mucho que había tardado. Mientras, el recuerdo del llanto de Landis y la..., ¿podríamos llamarla simpatía?, de Chad aparecían una y otra vez en mi mente.

Podría afirmar que me cayeron mal desde el principio y que nunca había querido hablar con ellos. Que supe que había algo raro en los dos. Podría decir que llevaban sus actos futuros pintados por todo su rostro.

Pero mentiría.



Después de aquello, dediqué bastante tiempo a pensar en ellos dos. En las

lágrimas de Landis, en la seguridad de Chad, en el «ya se arrepentirán».

Cada vez que me cruzaba con ellos por los pasillos, me saludaban. No se paraban a hablarme, cosa que, he de reconocer, por aquel entonces agradecí. Ya tenía suficiente con las miradas extrañadas de Noel cuando nos veía intercambiando saludos como para encima aguantar una conversación en su presencia. Y también creo que ellos dos no se acercaban a hablarme porque, por mucho que yo les cayera bien, no querían aproximarse a mis amigos.

Kit intentó preguntarme una vez sobre ellos. Le contesté con evasivas. No quería hablar de cómo había encontrado a Landis; sabía por experiencia que era una de esas cosas que no deseabas que los demás supieran. Creo que a mi mejor amigo le dolió un poco que no se lo contara, pero, la verdad, no me importó mucho. Él no era quién para exigirme que no tuviéramos secretos, no después del episodio de la psicóloga.

Muchas veces me pregunto por qué yo. Por qué a Landis no le importó desmoronarse delante de mí. Por qué Chad me habló con aquella confianza. Por qué luego siguieron sonriendo, o algo parecido, cuando se encontraban conmigo en el instituto. Incluso ahora, después de todo lo que ocurrió, me lo sigo preguntando sin encontrar una respuesta definitiva.

Es extraño. O quizá sea, sencillamente, que no me gusta admitir que me parecía más a ellos de lo que quisiera reconocer. Me explico: yo también me sentía fuera de lugar en aquella ciudad a diario. Yo tampoco acababa de encajar entre mis compañeros, aunque nunca sería capaz de escribir cosas como las que escribía Chad en su blog, ni de tener un sentimiento de venganza tan desarrollado como lo tenían ellos dos. Ni siquiera en los peores momentos, y los tuve. Pero, una vez más, estoy adelantando acontecimientos. Y es necesario mantener el orden de la historia.

Muy necesario.

Así que, por mucho que me pese, la próxima vez que abra este cuaderno tocará hablar de esa noche.

La noche.

El punto de inflexión. Una de las claves. Si queremos marcar un acontecimiento que lo cambió todo, supongo que me debería referir a ella. Y realmente no sé cómo voy a encontrar las agallas para contar lo que sucedió, aunque sea a mí mismo, aquí, en un cuaderno que puede que nadie lea nunca jamás. No lo sé.

O mejor lo hago ahora. Sin pensar.

Sí, puede que eso sea lo mejor.



Aquella noche me habían convencido para salir de casa. Había decidido ir, para variar, por la insistencia con la que me habían pedido que me apuntara. Yo no solía ir a sus fiestas: las noches del fin de semana era uno de los pocos momentos en que podía leer y estudiar tranquilo. También me gustaba ir al cine, aunque pocas veces encontraba a alguien que me acompañara. Pero como iba diciendo, aquella noche sí que accedí. Kit siempre me suplicaba que fuera, aunque su mirada y la expresión de su rostro eran duras; a veces le había oído comentarios de otras noches con los otros dos y creo que no llegaba a pasárselo del todo bien. Noel me lo pidió porque era lo que tenía que hacer, lo que se esperaba, pero también porque realmente deseaba una noche que fuera de nosotros cuatro; y Tony se regía por la sencilla regla de que, cuanta más gente, mejor para todos. Entre los tres acabaron por convencerme.

También era una noche distinta. En el barrio de las afueras donde vivíamos no había ningún lugar para salir, así que mis amigos solían reunirse en casa de alguien, quienquiera que estuviese dispuesto a dar alguna fiesta; y la verdad es que a mí la idea de compartir la noche con los otros compañeros de clase no me entusiasmaba. No es que me cayeran mal, pero era incapaz de relajarme en su presencia. Pero esa noche, por suerte (o eso pensé al principio), Noel propuso que cogiéramos el coche de Kit y fuéramos a algún sitio de la ciudad vecina, sólo los cuatro. Eso acabó por convencerme.

Cené ligero. Mis padres ni siquiera disimularon sus caras de sorpresa cuando les dije que iba a salir, que no se quedasen despiertos. Creo que hasta les alivió un poco saber que su hijo no era tan raro como parecía. No pusieron ninguna pega. Ni siquiera me impusieron una hora de regreso. Así que, al poco rato de cenar, salí andando hacia casa de Kit, donde habíamos quedado.

Cuando llegué, ya estaban los tres reunidos alrededor del vehículo. Y parecían felices.

Me llevaron a uno de esos sitios que están a medio camino entre un bar de copas y una discoteca. Creo que ellos lo conocían porque no ponían reparos a que entraran menores. Me escudé entre ellos mientras cruzábamos la puerta y

nos abríamos paso hacia la barra; yo era, sin duda, el que menos edad aparentaba de los cuatro, pero tampoco tuve problemas. Noel y Kit pidieron las bebidas: el primero, por poseer un carné falso que ni siquiera tuvo que enseñar y el segundo, por parecer al menos cinco años mayor de lo que era.

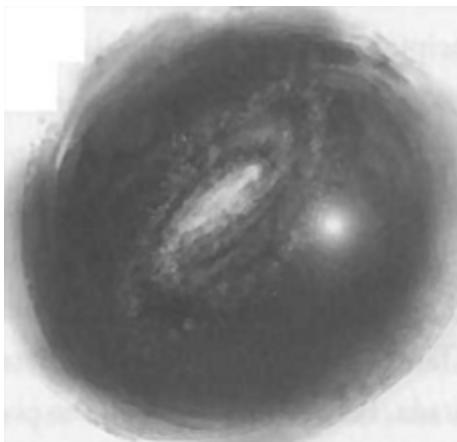
Así empezó la noche.

Y, cosa rara, me encontré al poco rato divirtiéndome.

Estábamos en el centro mismo de la barra, en corro. Un lugar privilegiado, ya que podíamos ver todo el local y la improvisada pista de baile. Hablábamos y bromeábamos como un auténtico grupo de amigos. Tony estaba más ingenioso y relajado que de costumbre, Noel mostraba todo su encanto de manera natural, como si se hubiera olvidado de fingir, y las risas de Kit eran sinceras. Las mías también. Por una vez, la conversación era de los cuatro y el vínculo era completo, casi perfecto.

No quiero decir que a diario no lo fuera. Pero siempre parecía que fallaba algo, ¿sabéis? O Kit estaba enfadado, o yo triste, o Noel y Tony aburridos. Nos compensábamos los unos a los otros, pero aquella noche fue cuando me di cuenta del buen grupo que formábamos, de lo que teníamos juntos.

¿No dicen que una supernova es más brillante justo antes de estallar?



Me relajé como no lo había hecho nunca. Cada poco tiempo pasaban personas por nuestro lado a las que Noel saludaba, sobre todo chicas. Recibí más de un comentario malicioso de Tony y sonrisas socarronas de Kit por ello mientras yo me reía. Y también me fijaba, porque no puedo evitar hacerlo, en cómo cada uno era más o menos consciente de todas las chicas que nos rodeaban. Tony no podía estarse mucho tiempo sin mirar a la pista de baile. Noel miraba menos, pero cuando lo hacía soltaba algún comentario tras

el que yo me permitía el lujo de ponerle los ojos en blanco, con una confianza inusual. Kit apenas si giraba el rostro y, cuando lo hacía, era al sitio en general. Y tenía su gracia, porque aquella noche me parecía que de los cuatro él era quien se llevaba más miradas, sobre todo de desconocidas. Lo entendí. Christopher, relajado, dejaba que toda su fuerza y su aplomo se desprendieran de manera natural, sin pretenderlo, de forma inconsciente. Ni siquiera Noel tenía aquella fuerza, y mucho menos callando como lo hacía Kit.

No recuerdo cuántas rondas nos llegaron de la mano del camarero. Kit y Tony bebieron muchísimo. El primero ganó en energía; el segundo, en diversión. Yo no quería perder el control sobre mí mismo de una manera cuyas consecuencias desconocía, así que al principio me acoplé al ritmo de Noel, que, para mi sorpresa, no tomaba ni la mitad que los otros dos. No sé por qué, pero eso me sorprendió. Supongo que era una de las pocas rarezas que mi compañero se permitía tener. Y que estaba relacionado con su afán de tener el control de cualquier situación.

Luego bebí más. Más y más. Quería relajarme.

También tengo que aclarar que mi tolerancia al alcohol era muy limitada. Pero supongo que eso no es excusa. Nunca lo es para nuestro comportamiento. Así fueron pasando los minutos y las conversaciones, casi sin darnos cuenta. Llegó un momento en que Noel no pudo excusarse más y tuvo que irse a bailar con una chica cuyo nombre no recuerdo, ni tampoco su rostro ni de qué la conocía. Nos pidió perdón con la cabeza mientras se alejaba; me gustó el gesto porque dio la impresión de que prefería estar con nosotros.

Y yo hice lo que llevaba tiempo retrasando: ir al baño. No me entusiasmaba la idea de poner el pie en los aseos de una discoteca, pero no era algo opcional. Así que dejé solo a Kit con Tony y me dispuse a empujar gente y atravesar todo el local. Y lo conseguí.

Cuando salí del lavabo, lo más rápido que pude, no me dejaron dar ni dos pasos.

En realidad, creo que fui yo el que tropezó con ella, aunque cuando me fui a girar para disculparme me encontré con una sonrisa que me dejó plantado en el sitio unos segundos. Los suficientes.

Ella me pareció guapa. No bonita, sólo guapa. El tipo de chica que se llevaría una mirada indiscreta de Tony, pero en la que yo no me habría fijado si no fuera porque me estaba sonriendo. Y porque me miró de arriba abajo, y

entonces su sonrisa adquirió un matiz diferente, más juguetón; y sus ojos, sus mejillas, todo, se volvieron más brillantes. Me saludó mientras sus tres amigas desaparecían disimuladamente, o no tanto, de nuestro lado. Y yo le devolví el saludo. Todo lo que podía ocurrir, lo que sabía que solía suceder en estas situaciones, pasó por mi mente. Hablamos, casi el uno encima del otro, porque con el volumen de la música sólo podíamos conversar alzando la voz cerca de nuestros oídos. Yo sentía una falsa seguridad a la que me abandoné poco a poco, como cuando juegas a algo peligroso, pero de lo que intuyes que tienes las riendas cogidas, que puedes controlar.

Ella no sabía quién era yo. Y por eso quería, pensé.

En una ocasión dejé de mirar al frente mientras hablábamos. Miré su piel. Y me imaginé recorriendo con los labios su mejilla hasta la boca.

Sólo que no lo imaginé. También lo hice.

Durante un segundo, su cuerpo se tensó. Pero cuando llegué a sus labios fue entregándose más y más. Puse una mano en su cintura para sentir todo su cuerpo entre mis brazos. Y entonces todas las ganas de mi cuerpo, las que solía contener, se activaron. Y dejé de pensar, porque me sentía bien. Me sentía demasiado bien. Y por mi cabeza pasaba cada imagen, cada deseo...

Dejé de ser yo.

Y era un alivio, os lo aseguro.

(...)

Entramos en el baño. Había otra chica dentro que nos miró con cara de asco. Nos dio igual. Nos reímos.

Nos metimos en una de las cabinas. Me fijé en las pintadas de la puerta mientras me besaba.

En una ponía: «Vive el momento».

Me mordió el labio.

*Pensé que al menos podría haberle preguntado su nombre. (...)
Quería cerrar los ojos para besarla mejor, pero la cabeza me daba vueltas si lo hacía. Tuve que mantenerlos abiertos.*

Había bebido demasiado.

¿Siempre era así?

(...)

VIVE EL MOMENTO

No encontraba el broche de su sujetador. Mis dedos no querían obedecerme.

(...)

Cuando bajé a besarle el cuello y mientras le desabrochaba la blusa, empecé a pensar que algo iba mal.

Cuando sus pechos quedaron al descubierto, ya me asusté.

No se me levantaba. Y yo daba por sentado que aquello era algo automático. Si me empalmaba con cualquier imagen sexual que dibujara en mi cabeza...

Mierda, mierda, mierda. Había bebido demasiado.

(...)

—¿Lo hago bien?

—Sí, muy bien, muy bien. Me la estaba comiendo.

¿Y cómo le decía yo que no la miraba porque me mareaba bajar la vista?

Al menos, parecía que mi cuerpo reaccionaba algo.

(...)

O no tanto. No conseguí eyacular.

A ella no pareció importarle.

(...)

Me encontré sentado sobre la taza del baño. Había conseguido desabrocharme los pantalones. No sabía cómo. Mis dedos seguían yendo a todos los lugares, salvo a los que debían.

Mientras estaba sentado, parecía que las paredes se me iban a caer encima.

Y fue entonces cuando supe que lo iba a hacer.

(...)

Fue ella la que me ayudó a meterla. Comenzamos a movernos, ella encima de mí. De vez en cuando nos reíamos con nerviosismo.

A mí se me iba la cabeza a estupideces. Los ruidos de fuera. El color de la puerta. Mis amigos.

Mis amigos.

(...)

Tenía que llegar.

Tenía que acabar.

No podía dejar a aquella pobre chica así.

(...)

Tenía que conseguir eyacular.

Tenía que hacer algo.

Algo. Lo que fuera...

Y en un momento, la imagen de Emily pasó por mi cabeza.

Y en ese instante, la que estuvo gimiendo encima de mí dejó de ser una chica desconocida. Fue Emily.

Y todo lo que yo deseaba a Emily llevaba mucho tiempo corriendo por mis venas, calentándome la sangre, poniendo a prueba mi cuerpo.

(...)

Cuando salió, ni siquiera lo sentí bien.

Pero al menos lo había conseguido.

(...)

Ella me pidió que me quedara dentro mientras se tocaba para conseguir acabar.

Realmente espero que su orgasmo no fuera fingido.

(...)

—Perdona, debería buscar a mis amigos. Les he dejado colgados.

—Claro, tranquilo. Pero ¿me llamarás?

Volví a besarla, esta vez con suavidad. Puede que para cerciorarme o para quedarme con su recuerdo.

—Ya hablamos.

(...)

No sé cómo llegué hasta mis amigos.

Sólo recuerdo el puñetazo de Kit. Y cómo me cogió del cuello de la camiseta, acercando mi rostro al suyo.

—¡DIME QUE HAS USADO CONDÓN! ¡DÍMELO!

(...)

—¿Por qué cono te importa tanto lo que haga o deje de hacer?

Silencio.

Silencio.

Su eterna respuesta.

—¿POR QUÉ NUNCA ME CUENTAS NADA, KIT? ¿POR QUÉME

TRATAS SIEMPRE ASÍ?



Me fui perseguido por todos los demonios del mundo.

Al bajón de después de un orgasmo se unió el bajón de la bebida y, por supuesto, la mirada enfurecida de Kit atravesando mi cabeza. La huella de su puñetazo todavía me ardía en el rostro. Y todo unido a que me había ido del bar y tenía que regresar andando a casa, lo que suponía una caminata de como mínimo una hora por carreteras oscuras... Pero eso fue lo que menos importó.

Simplemente pasaba por allí. Y tropecé. Y ella me echó una mirada, una simple mirada, y decidió en unos segundos que yo sería el chico al que se entregaría esa noche. ¿Confía en que la trataría bien? ¿O esperaba que acabara por romperla del todo? Y yo..., yo había querido jugar a ser Noel porque no tenía las agallas necesarias para ser yo mismo. En realidad, era consciente de que me había metido yo solo en aquella situación. Haciendo algo que en el fondo no quería hacer con alguien con quien no quería hacerlo y luego teniendo que imaginarme. .. a Emily.

Quizás eso era lo que me hacía sentir peor.

Tuve que detener mis pasos un momento, porque sentí náuseas. Empezaron con Emily y siguieron cuando pensé en cómo mis amigos se habrían relatado lo que fuera que habían visto. Ni siquiera se lo había tenido que contar; cuando llegué, ya lo sabían. Supongo que Noel, que era el que se encontraba en la pista de baile, lo había visto todo. Y entonces me había encontrado con la furia de Kit y las miradas desconcertadas de los otros dos. Creo que no pensaban que yo fuese... esa clase de persona.

Los gritos de mi mejor amigo me dolían. Estaba muy harto de que me tratara así.

Pero una pequeña parte de mí pensaba que me lo merecía.

¿Qué pensaría Kit de ello, de cómo me había llevado a aquella chica a los baños? Seguramente creería que era un farsante, si es que recordaba lo poco que habíamos hablado sobre el tema el día en que me acercó en coche a casa,

o algo peor. Las primeras horas de la noche se difuminaban poco a poco en mi cabeza, convirtiéndose en otro negro preámbulo de lo que habría de venir después.

Al menos, podría haberle preguntado su nombre. ¿Cómo no había pensado antes en la necesidad desesperada con la que había acudido a mí? Porque estaba demasiado distraído jugando a ese juego con el que tanto disfrutaba Noel, sintiéndome seguro por una vez en mi vida, pensando que yo podía ser como el resto, dejando que el puro deseo físico hiciera desaparecer toda la porquería que tenía en la cabeza. El problema era que no la borraba. Nunca podría hacerlo.

Algunos pensamientos míos de aquella noche, en mi camino, fueron lágrimas. Otros, chillidos. Pero lo que de verdad me hacía daño no estaba en mi mente, porque, aunque tengamos muchos monstruos en la cabeza, no podrían herirnos si el instinto, el corazón, estuviera en paz.

A lo largo del paseo, mi mente se aclaró un poco. Y recordé a Kit gritándome que si había usado protección. No sabía por qué le importaba tanto como para que eso fuera lo primero que me había dicho nada más verme. Quizá fuera por ese sentido de la responsabilidad que mi mejor amigo exhibía a veces. Pero no. No había usado. Ni siquiera llevaba encima. Creía haber escuchado decirle a ella que no hacía falta, que no pasaba nada. Supuse que tomaría la píldora.

Aquella noche significó mucho más de lo que incluso yo podría haberme imaginado. Porque, aunque no lo sabía en aquellos momentos, mientras caminaba por aquellas calles sin aceras para volver lo antes posible a la áspera soledad de mi cuarto, se fue construyendo el principio de los días oscuros. No imaginaba lo bajo que iba a caer desde entonces. Ni siquiera lo hice cuando, al día siguiente, pensé que no tendría fuerzas suficientes para soportar lo que fueran a decirme Noel y Tony ni para afrontar la reacción de Kit.

Y, aparte, estaba enfadado. Y harto.

Harto de los silencios de mi amigo, de las malas miradas, de la falta de sinceridad y de sus estallidos. Harto de soportarlo todo para que él no diera nada. Harto de saber que, hiciera lo que hiciera, nunca me ganaría del todo su confianza. Nada parecía suficiente. No para ese Kit de ojos de tormentas y fortalezas oscuras en su interior.

Estaba tan harto que hasta olvidé que, precisamente, era por esas peculiaridades por las que Kit se había convertido en la persona que más me

importaba.

Ahora lo pienso y supongo que me daba igual no ser nada para el resto del mundo si hubiera podido ser un mejor amigo para él.

Pero ni siquiera eso me dejó.



Entré en el comedor con el ánimo arrastrándose aún más que mis pies. No miré a ningún lugar, salvo a mi bandeja mientras pasaba por el mostrador en el que te aprovisionabas de las bebidas y los cubiertos. No obstante, cuando llegué al final del alargado mueble tuve que enfrentarme al temido momento: dar la vuelta y alzar la vista. Todo el comedor se extendía ante mis ojos.

Lo primero que percibí fue que Kit se había sentado donde solía hacerlo yo, encima de la mesa, con la espalda recostada contra la pared. Y su mirada estaba clavada en mí, casi sin parpadear, sin alterar ni un músculo de la cara. No pude descifrar su expresión, pero algo se encogió dentro de mí, amedrentado, irónicamente, por la persona en la que más confiaba de aquella sala.

Noel y Tony hablaban entre ellos. El primero me dirigió una mirada furtiva. Luego se giró hacia Kit y le dijo algo. No pude oír la respuesta de este, pero por su cara supe que le había respondido de malos modos. Y Noel me dio la espalda y prosiguió su conversación con Tony.

Me quedé plantado observando la escena hasta que una mano se posó en mi hombro. Me di la vuelta. Era Chad.

—John —me dijo con una media sonrisa—, estás en Babia. Y en medio de mi camino, por cierto. ¿Pasa algo?

Lo primero en lo que me fijé fue en sus ojos. Tenía un rostro extraño, de facciones duras, pero aquellos ojos destilaban inteligencia allá donde fueran. Y parecían estar leyendo mis pensamientos.

Por un momento bajaron al moratón que adornaba una de mis mejillas, pero no dijo nada al respecto.

Landis estaba a su lado y, a pesar de ser más alto, su presencia era mucho menor. Siempre parecía algo apagado. Me aclaré la garganta.

—Un mal día —respondí.

—¿Clases insoportables? ¿Tus padres dan la lata? ¿O... —Chad observó a mis espaldas— el problema es con tus amigos?

Me encogí de hombros.

—Un poco de todo, supongo.

Entonces sí que sí, Chad sonrió abiertamente.

—Puedes sentarte con nosotros, si quieres. No haré más preguntas incómodas, lo prometo.

Volví a escudriñar la mesa de mis amigos. Ahora me miraban los tres, ya sin disimulo alguno.

Y me entraron ganas de provocar. Muchas. De demostrar a Noel que prefería sentarme al lado de esos dos chicos tan raros antes que al suyo. De hacer que Tony pensara que había algo más importante que divertirse. Incluso de lanzarle el mensaje a Kit de que yo también podía estar lleno de rabia. Como de hecho lo estaba. Incluso más a menudo de lo que me hubiera atrevido a reconocerme a mí mismo días atrás.

Qué imbécil fui.

Yo había leído las entradas en el blog de Chad. Yo había hablado con ellos. Yo conocía mejor que muchas personas en el instituto lo que pensaban, lo que defendían, lo que representaban. Y sin embargo...

Si hay algo que pueda decir a mi favor, por mucho que la prensa luego no quisiera escucharlo, es que aquellos dos chicos podían llegar a ser simpáticos. ¿Suena mal decirlo alto y claro después de lo que ocurrió? ¿Es por eso por lo que luego nadie lo admitió, ni siquiera profesores a los que había oído alabar a Chad por su inteligencia?

Mientras escribo esto, me doy cuenta de que no podemos borrar el pasado, por mucho que intentemos quedarnos sólo con las partes que nos interesan y cambiar nuestros recuerdos del resto. Y menos si, como yo, estás intentando obtener la fotografía al completo.

Intentando comprender, por mucho que duela.

La verdad siempre tiene los bordes afilados.

—Claro. —Sonreí a Chad y Landis—. Por lo menos, pasaré una comida sin tener que hablar de la NBA.

Ya sin mirar a nuestro alrededor, los seguí hasta una mesa.



Nunca volví a oír las bromas de Tony mientras comíamos; en cambio, sí que me senté muchas veces al lado de esos dos extraños chicos. Y supongo que podría decirse que, de alguna forma inexplicable, llegué a conocerlos.

Sus conversaciones eran bastante distintas a lo que acostumbrabas a oír en los pasillos de un instituto. Estaban obsesionados con la historia, la política, comentaban las noticias, debatían en serio lo que habían oído en las clases. En cierta manera, a su lado hubo una parte de mí, esa parte que había pasado tantos años escuchando las charlas de mi madre sobre la importancia de conocer la historia, que se sintió por fin realizada. Aunque sus opiniones, su ideología, eran muy diferentes a las mías.

¿Habéis oído hablar de los grafitis con forma de esvástica que pintaron por todo el instituto durante el tiroteo?

Pues eso.

Odiaban con todas sus fuerzas, sobre todo Chad, el sistema educativo. Se sentían tan cautivos como yo, aunque de un modo distinto. En general, estaban llenos de odio.

Odio iluminando sus pupilas.

Odio escoltándoles por los pasillos.

Odio recorriendo sus venas.

Odio atrapado en su garganta y escapando en sus palabras.

Sí, aquellos chicos eran bombas de odio a las que nadie supo calmar.

Una de las veces en las que los escuchaba hablar con intensidad era en los momentos en los que alguno contaba cosas que les habían sucedido en clase. Cosas que les hacían o les llamaban sus compañeros, que en sus bocas se convertían en portadores de crueldad. Sabéis a lo que me estoy refiriendo, ¿verdad? En tales momentos, me quedaba sobrecogido por las ganas de hacer daño, y no sólo recibirlo, que emanaban sus palabras. Aunque también tengo la sensación de que los que dijeron que Chad y Landis sólo habían querido vengarse de sus acosadores cuando decidieron venir al colegio con sus armas narraban una versión muy parcial de toda la historia.

A veces me maravillaba que siguieran viniendo al instituto, pero lo hacían. Chad con la cabeza bien alta, Landis arrastrando los pies. No faltaron

ni un solo día. Y tampoco se puede decir que fueran completamente antisociales. Hablaban con gente. Tenían algo parecido a amigos. Entre ellos dos se profesaban una gran confianza. Y a mí...

No, la verdad es que no comprendo del todo por qué yo acabé a su lado.

Quiero decir, odiaban a los atletas y a los chicos populares del colegio. Eran uno de sus focos de odio, junto con los creyentes y los negros. Y una de las personas a las que más detestaban de todo el instituto era Noel.

No me lo dijeron a la cara, pero yo lo sabía.

Así que ¿por qué yo? Creo que para ellos, en cierto modo, fui un triunfo. El chico al que habían sacado del grupo de los populares. El que los había escogido a ellos tras haber estado tan cerca de la... ¿élite? No sabría explicarlo con exactitud, pero sí que sé que se engañaban profundamente. Que yo estuviera con ellos no tenía nada que ver con una elección. Al contrario. Lo concebía como parte de mi paseo de la vergüenza.

Suena duro. Y sé que no fui justo con ellos.

Pero ahora eso ya no tiene sentido planteárselo. No volví a leer la página de Chad. No quería saber nada más, no quería plantearme lo que estaba haciendo al sentarme con aquellos chicos en cada comida. Quería que su inteligencia me sedujera, quería olvidar que me sentaba con unos racistas homófobos que veneraban a Hitler. Quería no sentirme solo. Aunque hasta en eso fracasé. O quizá me odiaba tanto a mí mismo que pensaba que la suya era la única compañía que me merecía.

Pero ya contaré más tarde cómo, poco a poco, me fui apagando. Ahora no tengo fuerzas.

Una vez me pidieron que los acompañara a ver a un chico de un curso superior con el que, me dijeron, se llevaban bien. Mientras me lo comentaban se dirigían sonrisas cómplices y su tono de voz era extraño. La curiosidad me pudo y lo esperamos a la salida del instituto, los tres en silencio. Y entonces conocí a la persona más escalofriante con la que me he cruzado en mi vida.

Porque sus ojos abiertos y fanáticos, y la fuerza con la que agarraba la cámara, sobrepasaban toda cordura. Él sí que tenía cara de psicópata. Él, sí.

El maldito psicópata de Ethan. El fotógrafo de voz empalagosa. El capturador del terror humano. Todavía sueño con él. Siempre son pesadillas.

Aquella tarde me enseñó algunas de sus fotos. Hacía los retratos de las personas de algún modo que los hacía verse antinaturales. Y fotografiaba escenas terribles. Algunas las recuerdo. Chicos mutilando un perro abandonado. Un hombre harapiento inyectándose droga. Lo peor de todo es

que eran fotografías francamente buenas. Con el tiempo aprendí que Ethan tenía un talento que lo había llevado hasta la obsesión. Cuando me atreví a preguntarle por qué retrataba todo aquello, él me respondió que disfrutaba viendo cómo las personas sentían miedo y asco de sí mismas cuando se veían en sus imágenes.

Y yo que tenía la esperanza de que respondiera que fotografiaba para denunciar esos actos. Pero no.



Me pareció repugnante. Y, cuando volví a encontrármelo por los pasillos el día de la tragedia, fui puro odio. Pero cuando lo conocí deseé no estar solo, deseé tener a alguien detrás del que esconderme y un mundo lo bastante bonito como para hacerme olvidar que existían monstruos así. Los monstruos que yo y cualquiera podía ver en los ojos de quienes aparecían en sus fotografías. Era un adicto a lo que hacía. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre en un cuartito anexo a la clase de Arte que solían usar para revelar manualmente los negativos. Le daba igual lo que el resto pensara de él. Carecía de valores. Carecía de empatía. Carecía de... corazón.

Quizá por eso a Chad y a Landis les caía tan bien y a mí tan mal.

Un día me pidió permiso para fotografiar mi rostro. Yo me negué y me fui de allí sin despedirme, echando de menos la presencia reconfortante de Kit y la sonrisa de Emily con toda mi alma. Y sabiendo que era mi culpa que en aquel momento estuvieran tan lejos. Que era yo el que me había alejado y que era yo el único que me ponía barreras para no volver a hablar con ellos. Entonces ya había caído. Ya me sentía demasiado inferior como para merecerme estar a su lado.

El primer día después de la discoteca me había resistido a sentarme con

mis amigos. Y cada vez fue haciéndose más y más difícil, y sin darme cuenta en pocos días había perdido mi única puerta al mundo real. Pasé a huir de ellos. Caminaba por el instituto evitando sus miradas y acompañado por una vergüenza que no tenía ninguna razón para existir y que a la vez tenía todas las del mundo. Le había dejado vía libre a la desesperación para que me alcanzara.



Dije que hablaría de cómo, cuando empecé a juntarme más a menudo con Chad y Landis y me separé de mis amigos, me fui apagando poco a poco. Pero, la verdad, creo que no tengo fuerzas para ello. Es recordar una época de mi vida, unos sentimientos, a los que no deseo volver.

Aunque también tengo otras razones para no contarlo ahora. Razones como que creo que es muy difícil, para la memoria, reproducir un sentimiento. Razones como que opino que recordar, muchas veces, es imaginar.

Por eso no voy a hablar de lo que ahora pienso que fue esa época. Dejaré que mi yo del pasado hable por mí. Él lo sabe todo mucho mejor.

Así que aquí van parte de mis diarios (aunque en realidad nunca tuve un diario como tal; sencillamente, escribía en hojas sueltas lo que quería cuando sentía que lo necesitaba y luego lo metía todo en una carpeta) de aquella época. He seleccionado los pedazos más representativos, o los que creo que podrían ayudar a explicar por qué luego actué como lo hice. O quizá no. Quizá no se entienda nada. Quizá nada pueda ser una excusa suficiente. Quizá debería dejar de intentar justificarme.

Qué más da.

Quizá, y sólo quizá, no haya cambiado tanto desde entonces.



Hoy es un día absurdo. Uno de esos en los que no sabes cómo vencerte a ti mismo, cómo no enloquecer un millón de veces, cómo no ver en todo lo que ocurre cuchillos que van a desgarrarte. Las demás personas están muy lejos de ti y, aun así, se alejan más, llevándose todo. Es curioso cómo dependemos de las sonrisas que nos rodean. Es increíble cómo las echamos de menos cuando desaparecen.

¿Que qué es lo que siento? Que me dieron una oportunidad para tener la puta quimera de la felicidad al alcance de la mano, y yo fui y la jodí.

Bien jodida.

Pero vosotros de eso no tenéis ni idea. Vosotros no os hacéis preguntas. A veces miro alrededor y sólo puedo pensar que sois una panda de capullos.

Mírame, Kit. ¿Has visto? No sólo tú puedes estar lleno de rabia.

Ojalá cada par de ojos con el que me cruzara dejase de gritarme que no valgo nada, que la pifié, que no puedo arreglarlo, que lo tengo merecido.

Quiero gritar. Gritar de verdad. Y no en una montaña. Quiero ir a la plaza más atestada del mundo y gritar con todas mis fuerzas para que todos lo perciban, para que les duela, para que al menos mi sentimiento sea el suyo. Ni siquiera sé lo que me pasa. Ni siquiera sé cuándo empezó esto.

Pero a quién le importa lo que me ocurra.

A quién.

Me duelen todas las promesas de felicidad, Kit. Me duelen el futuro, el presente y hasta el pasado. Me duelen todos mis sueños. Malditos, malditos ellos. Me pesan hasta la saciedad mientras atravieso este pasaje de heridas, de luces grises, de horrores, horrores, horrores y fantasmas.

Necesito esperanza, Kit. Esa que tú frustras cada vez que no ves.

Hoy ha sido un día especialmente gris en el colegio. Sólo tengo ganas de estar en la cama, durmiendo, no viviendo, porque dormir en cierta manera significa no vivir o, al menos, no sentir. He llegado a casa sin ganas de hablar con nadie ni de hacer nada. Sé que mis padres no se atreven a entrar en mi cuarto cuando está cerrado a cal y canto como ahora, quizá porque algo les dice que hay demasiados demonios aquí dentro atormentándome como para que encima aparezcan ellos en escena.

Antes de tirarme bocabajo sobre la cama con este cuaderno he tenido un momento de lucidez y he puesto música. Ni siquiera lo he pensado mucho. En los días malos, siento que necesito escuchar a mi héroe.

John.

¿Sabéis? Sólo debería haber una persona con ese nombre.

La verdad es que me gusta y la odio a partes iguales, porque él un día también respondió al mismo que yo. Sé que lo escogió mi padre, y no hay que ser muy listo para saber por qué. Compartimos héroe. Debe de ser una de las pocas cosas en las que nos parecemos: nuestra admiración por él. Esta tarde escucho su voz, como tantas otras veces. Las letras de Lennon son mi vida.

Cuéntame, John.

Words are flowing out like endless rain into a paper cup...

Palabras. Sus palabras. Siempre son más que palabras. Pueden reconfortar y entristecer hasta el límite de la cordura. Las palabras son libres y poderosísimas. Las palabras pueden ser esa chispa que incendie el universo. Pueden cambiarlo todo.

Pero eso John ya lo sabía.

They slither while they pass, they slip away across the universe.

Palabras y sentimientos viajando a través del universo. ¿No es una imagen sobrecogedora?

Pools of sorrow, waves of joy are drifting through my open mind possessing and caressing me...

Un torbellino de emociones es lo que me posee y me zarandea. Imágenes de Emily, de Kit, de Noel y Tony, de Chad y Landis, todo ello asalta mi mente como rápidas centellas que alteran mi interior. Emociones que carecen de sentido, capaces de arrastrarte, esas a los que todos —Emily, Noel, Gabrielle, incluso Kit, puede que hasta yo— tenemos miedo. Images of broken light which dance before me like a million eyes. They cali me on and on across the universe.

¿Hipnotizado por las luces, John Lennon?

Ojalá no existiera ningún problema cuando intentamos atraparlas con los dedos.

Ojalá no se nos escaparan siempre.

Como la felicidad.

Y mi línea favorita viene ahora.

Limitless undying love which shines around me like a million suns, it calis me on and on across the universe.

Hoy al escucharla me siento tristísimo. Porque sólo pienso en Emily. Porque sé que Emily nunca será capaz de aceptar que alguien la quiera, porque Emily siempre se dirá aquello de «mejor sola que mal acompañada». Y es una pena, porque los dos podríamos haber creado una historia de

fantasía. Aunque ¿a quién intento engañar? Como si en alguna ocasión Emily hubiera podido...

No, Em nunca pensará en mí de esa manera.

Esto es una agonía. Y no de las dulces. No sé quién inventó esa expresión, pero es ridícula. La agonía duele. El dolor jamás será dulce.

Antes solía pensar que lo más duro de querer a Emily era el tenerla tan cerca y saber que nunca estaríamos juntos. Ahora que me he alejado tanto de ella, me doy cuenta de lo equivocado que estaba.

El «nothing is gonna change my world» siempre me sonó desesperado.



Creo que en los tres minutos y algo que dura «Across the Universe» siempre siento más de lo que debería estar permitido sentir a lo largo de toda una vida.

Pienso en todos ellos.

Me han dejado indefenso ante este sentimiento ensombrecido. La soledad pesa y consume, y por eso la evitamos a cualquier precio, aun a costa de vendemos a nosotros mismos, de fingir una personalidad que no es la nuestra, de ofrecer nuestra alma a quien va a despreciarla sin pararse a mirar qué llevamos dentro.

En ocasiones, los adultos creen que los jóvenes no pueden pensar en esas cosas. Pero quizás ellos han olvidado lo que es tener nuestra edad. Quizás han preferido olvidar.

Nothing is gonna change my world...

No, John. Es el mundo el que te cambia a ti.

No creo que pueda aguantar mucho tiempo sangrando de esta manera... Yendo por los pasillos del instituto y sintiendo miedo y asco a cada paso.

Me duelen demasiadas cosas al mismo tiempo y me siento prisionero en esta habitación, de una forma diferente a como me sentía cuando yo estaba allí de noche sabiendo que todos los demás estarían fuera celebrando su vida, pero prisionero a fin de cuentas.

Un poco de rabia. Algo de desesperanza. Una pizca de tristeza. Y mucha desesperación.

Tengo que parar todo esto.

E intento descubrir cómo, pero en su lugar aparece una voz que susurra algo muy distinto.

Y es que lo sé. No voy a poder evitarlo. Es tarde para cambiar nada. Ya cualquier cosa que venga...

Y cualquier cosa que venga va a doler.

Aun así, por más que pensase aquello, he de decir que no estaba preparado para lo que iba a ocurrir.



Sala de estudio.

Bien. Digamos que empezamos a recordar a partir de esto.

Estoy nervioso. No me gusta rememorar esta escena. De veras que no me gusta. En serio, fue un día horrible.

Sala de estudio.

No, John, no dejes de escribir. No separes el bolígrafo del papel. No dejes que la culpa te pueda.

Sala de estudio. Nadie estudiaba, no realmente. De hecho, el murmullo de voces era constante y los que sí trabajaban se habían puesto los cascos para aislarse y concentrarse mejor. La bibliotecaria había desistido en sus tímidos intentos de acallarnos. Un día cualquiera, vaya.

Yo estaba sentado con Chad y Landis. Ni siquiera había querido hacerlo; es más, mi intención al ir allí había sido la de unirme a esos pocos que de hecho estudiaban. Pero, maldita mi suerte, ellos estaban allí. Y tuve que

unirme a su mesa.

Recuerdo que hablaban sobre Hiroshima y Nagasaki. Se reían porque en un libro que habían leído llamaban a aquellas las «bombas de la paz». La voz de Chad diciendo «menuda estupidez; dejemos de disimular de una vez por todas que lo que queremos es la paz» me pareció escalofriante.

Así estábamos. Ellos dos charlando y yo escuchando, como de costumbre. Creo que fue Landis el que primero levantó la cabeza.

Gabrielle, Lucy y Kit acababan de entrar en la sala. Y venían directos hacia mí.

Se plantaron delante de mis ojos. Gabrielle se apoyó en el borde de la mesa sin ocultar que se sentía molesta. Lucy intentaba transmitir cierta amabilidad. Kit se mantuvo de pie, con los brazos cruzados, imperturbable.

Y entonces mis pensamientos se descontrolaron.

—John —decía Lucy—. Hace mucho que no nos vemos.

—Verle le vemos —añadía Gabrielle—; que quiera hablar con nosotros ya es otra cosa.

—Oye, Gab, que habíamos dicho que seríamos amables.

—Ya, lo sé, lo siento. Perdona, John; es que realmente te echamos de menos.

—Venimos también de parte del resto, que ellos tienen clase. Emily te manda besos.

Emily. Nudo en el estómago.

Se acordaba de mí.

—John, no sé qué pasó. Los chicos no nos han contado nada sobre el día en que salisteis, dicen que prefieren no decírnoslo, pero es que..., no sé, sea lo que sea, no creo que fuera tan grave.

—Lucy tiene razón. Esto se está yendo de las manos. Si Noel o Tony te molestaron, dínoslo y nosotras les hacemos pedir perdón.

—En realidad, ya lo intentamos cuando vimos el moratón de tu cara.

—Pero te quedaba bien. Te hacía parecer un tío duro. Un John Wayne moderno.

—Gab, sabes que odio a John Wayne...

Kit no decía nada.

¿Por qué no decía nada?

¿Por qué ni siquiera me miraba?

—En serio, si al menos supiéramos qué te pasa o si hemos hecho algo

mal...

—O si no quieres contárnoslo, no importa, no pasa nada. Pero deja de huir de nosotros, por favor.

—No es lo mismo sin ti.

—Sé que a veces somos un poco burros y que nos pasamos, que podríamos ser más amables, como dice Lucy, pero, de verdad, te prometemos que nunca, nunca, nunca, hemos querido molestarte.

—Y que nos importas.

—Nos importas muchísimo, claro que sí. Te echamos de menos. Emily no deja de preguntar por ti.

—Y tienes que haber notado que Tony te mira como un perrito triste a todas horas. ¿A quién le va a contar sus chistes? Kit sólo le pega capones.

—Por favor, John...

¿Por qué me pedían perdón? ¿Por qué? Eran ellos los que tenían que perdonarme a mí. Era yo el culpable de todo, el que no sabía hacer nada, el que no era ni capaz de conservar a mis únicos amigos. El culpable, el culpable, el culpable. El eternamente inferior a ellos.

Y las imágenes de aquella fatídica noche en el bar no estaban ayudando.

—¿Hay algo que nosotras podamos hacer?

—Emily se ha ofrecido a mandarte fotos de ella desnuda si hace falta.

¿Qué?

—¿Qué?

—Jo, Lucy, qué lenta eres con las bromas.

—¡No me des esos sustos!

—La idea es de Em, yo sólo transmito sus palabras... Da igual. El caso es que queremos ayudar.

—Y que vuelvas.

—Volver a estar todos juntos.

¿Qué podía decir yo... ?

Entonces, Kit carraspeó.

—Dejadlo, chicas. No quiere saber nada de nosotros. Nos ha abandonado.

No, Kit. Tú no. Tú no me des por perdido. Por favor, tú no. Te lo he intentado decir, Kit. Que me da igual todo. Que contigo como amigo me sentiría capaz de cualquier cosa. Que sólo necesito tu confianza. No te rindas conmigo, Kit. Por favor. Te necesito.

—Nos ha cambiado por esos dos imbéciles. Qué le vamos a hacer. Al menos podría tener mejor gusto.

Oh, no.

No, no, no, no, no.

—¿Cómo dices?

Kit, no vayas por ahí. Kit, paga conmigo tu rabia. Pero no les metas en esto. Tengo la impresión de que algo malo podría ocurrir.

—Decía que sois los desechos del instituto, que el blog ese tuyo me da asco y que hasta os podría tener pena si no fuera por las cosas que vais diciendo por ahí.

—¿Qué...?

Kit, por el amor de Dios...

—Y que esta es la última oportunidad de John para apartarse de vosotros, porque, si no, juro que no le perdonaré. No quiero llamar mejor amigo a alguien que se junta con gente así.

Como si alguna vez te hubieras dignado a llamarme mejor amigo. Como si alguna vez hubiese recibido un mínimo gesto de cariño por tu parte.

Como si...

—¿Gente como nosotros? ¿Y qué hay de ti?

Cállate, Chad. Puedes decir lo que quieras, pero nunca le llegarás ni a la suela de los zapatos a Kit.

—¿De mí?

—Sí, de ti.

—¿De qué coño estás hablando?

—Landis, aquí presente, te vio en una farmacia. Tú ya me entiendes.

—¿Y qué?

—¿Tengo que decirlo en voz alta?

—Ya que eres tan valiente y parece que sabes tantas cosas, por qué no. ¿O eres de los que sólo hablan para marcarse faroles?

¿Qué está ocurriendo?

—Bien, chicas, escuchadme. Vuestro querido Christopher, aquí presente, tiene que dejarse caer de vez en cuando por la farmacia para comprar Epzicom...

¿Qué?

—Sabéis qué tratamiento es, ¿verdad? Se usa contra el VIH.

¿Qué?

—Entiendo esas caras de sorpresa, en serio. Se lo tenía bien callado vuestro Kit.

Por qué...

No pude verlo con exactitud. Fue todo muy rápido.

Kit se lanzó contra Chad. Antes de caer encima del chico pasó junto a mí y pude ver las lágrimas de rabia recorriendo su rostro.

Todos sabíamos que lo que decía Chad era verdad. Ninguno lo cuestionamos. Porque explicaba demasiadas cosas. Porque habíamos comprendido.

Me levanté tan rápido como pude. Un par de sillas se volcaron. La mesa se tambaleó. Lucy gritaba. Todos a nuestro alrededor nos miraban, se dirigían hacia nosotros, se alarmaban. Sonó por algún lugar el disparo de una cámara, pero en aquel momento yo estaba demasiado conmocionado como para buscar a Ethan entre los presentes.

Landis se las había apañado para levantar a Chad antes de que este sufriera algún daño. Yo sujeté a Kit como pude mientras Gabrielle se interponía entre los dos.

—¡Kit! —grité—. ¡Cálmate, por favor!

—¡Déjame ir a por ese hijo de...!

—¡Christopher!

El grito había sido de una profesora que venía corriendo hacia nosotros. Aquello cada vez pintaba peor. Y yo no tenía la suficiente fuerza para retener a Kit por mucho más tiempo.

—¡Parad, chicos! ¡No queremos que nadie sea expulsado! ¡Dejadlo pasar! —exclamó Gabrielle—. ¡O arregladlo en otro instante, pero ahora parad! Para mí, en ese instante, se congeló el tiempo.

Lo había visto. Vi perfectamente cómo Gab, en uno de sus gestos, cogía a Chad por un brazo. Vi la expresión de este al notarlo. Supe lo que iba a pasar antes de que se apartara de ella con un manotazo.

Su tono de voz sonó frío como el hielo:

—No me toques, negra de mierda.

Gabrielle lo miró petrificada. Toda la sala se sumió en el silencio.

Entonces Kit se liberó de mí y, tras agarrar a cada una de las chicas de una mano, las condujo hasta la salida sin pronunciar ni una palabra más, pero temblando todavía de rabia.

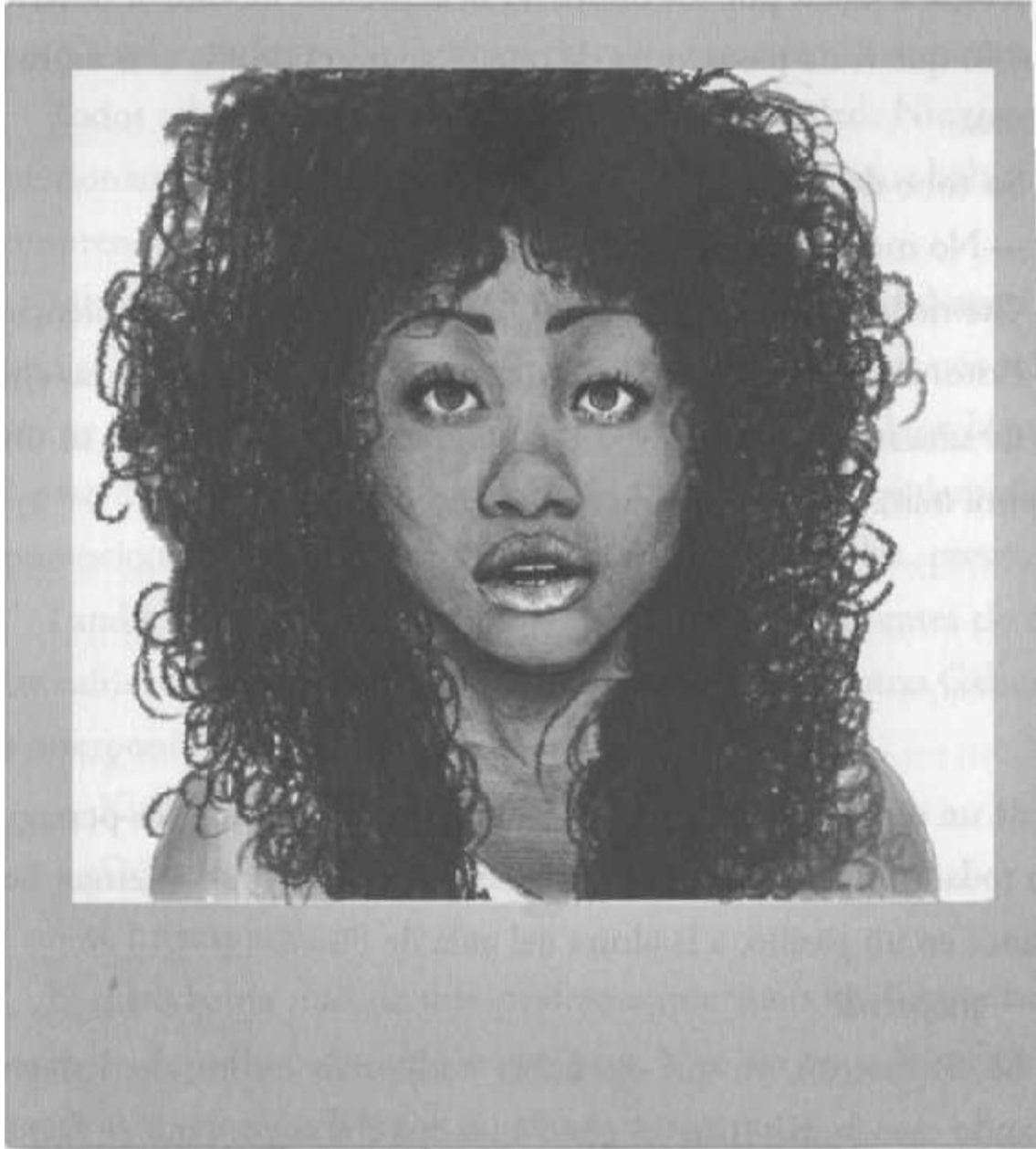


Tardé un momento en reaccionar, pero, cuando lo hice, los perseguí con toda la velocidad que me permitían mis nada firmes piernas. Los alcancé en un pasillo, a la altura del aula de Física.

—¡Esperad!

Se detuvieron, ya que no había nadie más en los alrededores. Cuando me vio, Kit hizo un gesto a las dos chicas para que se fueran y nos dejaran a solas. Ellas titubearon, pero al final acabaron por marcharse. Gabrielle, antes de hacerlo, le dio un beso en la mejilla.

Nos quedamos solos él y yo.



Estudié su rostro. Ya no lloraba, pero sí que tenía los ojos rojos y cruzados por una sombra. Parecía haberse calmado. En lugar de enfadado estaba... triste.

Infinitamente triste.

Y a mí se me encogió el corazón al ver así a mi mejor amigo.

Di un paso en su dirección. El suspiró.

—¿Qué quieres?

Por mi cabeza pasaron varias respuestas, pero, como siempre (y alguien debería enseñarme a no hacerlo), escogí ser sincero.

—Saber cómo estás.

Kit soltó una carcajada.

—¿Cómo quieres que esté? —preguntó—. Aunque no sé si te refieres a mi enfermedad, a mi estado de ánimo o a mi cordura.

—Supongo que a todo.

Durante ese intercambio de palabras, se me fue formando un nudo en el estómago; estaba increíblemente nervioso. Sentía que, por primera vez entre nosotros dos, todas las cartas estaban puestas sobre la mesa. O casi.

—Háblame de tu enfermedad —dije con voz suave. Al oír esto, a Kit se le endureció la expresión.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Y por qué no?

Pareció dudar un momento, pero al final aceptó. Supongo que pensó que ya no tenía nada que perder. —No hay mucho que contar —empezó—. Lo pillé hace año y medio. Fue una estupidez. Me acosté con una mujer mucho mayor que yo por..., no sé, ¿curiosidad? ¿Realización personal? ¿Torpeza adolescente? Lo que sea. Ni siquiera volví a saber más de ella, y mira que la busqué porque necesitaba volcar toda mi ira en alguien. El caso es que dos meses más tarde tuve que pasar un chequeo sanitario para empezar la temporada deportiva en el colegio. Y entonces me lo detectaron. Al menos fue pronto y pude empezar el tratamiento.

Su voz se iba ensombreciendo más y más, pero no quería que parara, aun a sabiendas de que aquel deseo era egoísta. Sabía que Kit lo estaba pasando mal contándome aquello. Y aun así...

—¿Y ahora?

—Ahora, ¿qué?

—¿Cómo te encuentras?

Ladeó la cabeza.

—Físicamente me siento normal —respondió—. Estoy en la etapa asintomática, así que no noto nada, salvo los efectos secundarios de tomar tanta medicación, pero bueno... Me alargan la vida, ¿no es cierto? —Entrecerró los ojos—. Psicológicamente, pues eres tú el que más me ha aguantado durante todo este tiempo. Estoy tocado. Muy tocado.

—Etapa asintomática...

Repetí esas palabras, intentando recordar. Nos habían informado sobre el

VIH en el instituto, claro, pero ya no recordaba mucho. Kit me miró.

—De siete a diez años, normalmente —dijo con dureza—. Luego viene la etapa final. El sida.

—Pero...

—Y en mí se está desarrollando normalmente. Así que ese es mi tiempo. Mi fecha de caducidad.

Al oír aquella frase se me cayó el mundo.

«Kit no. Kit no. Kit no».

Las imágenes se agolparon dentro de mi cabeza. La pieza que siempre había faltado y que lo explicaba todo por fin se había unido a mi reconstrucción del mecanismo, que empezó a funcionar.

Las visitas al psicólogo.

Sus negativas a salir con chicas.

Sus constantes ausencias en clase.

Sus gritos el día de la discoteca.

La siempre presente rabia de Kit.

El saber que mi mejor amigo había estado viviendo todo aquello con semejante carga de dolor me sobrepasó. Mis piernas se debilitaron y tuve que echar mano de la pared para apoyarme. Las lágrimas amenazaron con salir de mis ojos, pero me contuve. Kit no se merecía eso.

Kit se merecía días de sol, de risas, de no preocuparse por nada, de sentirse libre.

«Y nosotros tendríamos que habérselos dado», pensé. —¿Por qué...?, ¿por qué no nos lo dijiste?

—¿Tú qué crees? —Kit seguía invadido por la ira, pero yo en aquel momento se lo hubiera perdonado todo—. Primero, porque no tenía por qué. Ya te lo he dicho, estoy en la etapa sin síntomas. Nadie lo iba a notar. Segundo, porque no es la mejor carta de presentación que uno pueda usar. Por los prejuicios. Por los comentarios. ¿Con qué cara voy a ir a hablarles a las chicas ahora que lo saben o a Noel, a Tony y a Emily cuando se enteren...?

—Nadie va a actuar como sea que estás pensando. Son tus amigos, Kit.

—Pero me mirarán con lástima. Medirán sus palabras a mi lado. Estarán incómodos.

—Al menos, podrías habérmelo dicho a mí.

Nos miramos.

Entonces despacio, muy despacio, Kit se aproximó a mí. Sus ojos me

taladraban. Bajó su cara a mi altura, como si quisiera examinarme. Como si quisiera ver dentro de mí.

—Podría —escupió—. Pero, visto lo ocurrido, parece que tomé una buena decisión al no hacerlo.

—¿A qué te refieres? —logré decir con la voz temblorosa.

—A que te has ido a las primeras de cambio y prefieres juntarte con esos dos gilipollas antes que venir a solucionar las cosas con nosotros.

Entonces sí, las lágrimas asomaron en mis ojos.

Y el pánico en mi interior.

—Pero...

—O a lo mejor es que los prefieres a ellos como amigos —Kit proseguía implacable—. A esos dos racistas, misóginos, homófobos y futuros psicópatas.

—¡No! —grité—. No son mis amigos.

—Pues últimamente siempre te veo pegado a sus faldas.

—¡No seas tan injusto! ¡Aquí los culpables somos los dos! Nunca confiaste en mí, siempre pagabas tus enfados conmigo, nunca fuiste sincero. No entendía nada cuando me gritaste aquella noche...Y, ¿sabes?, ¡yo ya me sentía lo bastante mal! Todavía me da asco recordar lo que pasó en ese baño. No por ella, sino por mí. —No podía parar de hablar. La sombra del ataque de ansiedad se empezaba a cernir sobre mí, pero no podía parar. Yo quería soltarlo todo—. Pero a ti eso no te importaba, nunca te importó lo mal que pudiera sentirme o que también necesitara ánimos...

Kit me miraba con los ojos muy abiertos mientras me escuchaba decir todo aquello. Pero en su rostro no había ni una pizca de empatía ni un poco de comprensión. Eso me dolió mucho.

Quizá hubiera continuado echándole cosas en cara o quizá me hubiera callado, esperando a que él hablara, pero no pude ni decidirlo. A nuestras espaldas oímos pasos y, cuando nos volvimos al unísono, vimos a Noel y Tony parados ante nosotros.

Tony se mantenía un par de pasos por detrás. Y, por primera vez, vi su rostro invadido por el miedo. Noel nos miraba.

Todavía recuerdo su expresión. La tengo grabada a fuego en la mente. Os dije que tenía presencia, ¿no?

Pues ahora imagináoslo enfadado.

Abrió la boca:

—¿Qué le ha dicho ese hijo de puta de Chad a mi Gabrielle?

No lo soporté.
Me fui de allí sin añadir nada más.



Me marché directo a casa. Pasé allí el fin de semana, sin salir. A mis padres les dije que tenía exámenes para que no entraran a molestarme en mi habitación. En realidad, pasé horas y horas tumbado en la cama. Cuando no dormía, pensaba.

Pensaba en Kit. En su enfermedad. En todas las cosas que yo le había echado en cara. En cómo lo había decepcionado. Fue tan extraño... De pronto, todo lo que habíamos vivido, todos los recuerdos de mi amistad con él, se alteraba porque hasta entonces no había sido consciente de que su enfermedad también estaba allí. Y luego me di cuenta de que eso era justo lo que Kit había querido evitar. Que lo que le ocurría eclipsara a quien él era. Y lo que Kit era no tenía nada que ver con su condición física. Pensaba en Noel. Pensaba en Gabrielle. Pensaba en cómo había tratado Chad a Gabrielle y entendía la furia de Noel. Pero también la temía.

Pensaba en la única que no había aparecido, pero que siempre estaba ahí. En Emily. Tenía miedo de volver a verla. Y, a la vez, era lo que más deseaba en el mundo. Ahora creo que tememos los ojos de la persona a la que amamos porque son nuestro mejor espejo.

Al final, todas aquellas horas reflexionando no sirvieron para nada, salvo para sentirme más y más miserable. El domingo por la tarde no había tomado ninguna decisión, y el lunes por la mañana me desperté y supe que iba a volver a hacer lo que había estado haciendo durante todo aquel tiempo: aislarme.

Así que atendí sólo a las clases. No busqué a nadie por los pasillos. No levanté la mirada.

Tampoco es que aguantara mucho aquella situación. Cuando acabaron las clases, fui a buscar a Chad y a Landis. ¿Que si quería verlos? Para nada. Pero ellos dos eran los únicos que toleraban mi presencia.

Ahí la tenéis.

Mi estupidez.

Me sentía desesperanzado. Y no, no intento justificarme. Ahora sé que esa forma de pensar era estúpida.

No conseguí encontrarlos por el instituto. Salí al aparcamiento, al lugar donde Chad solía dejar su coche, para mirar si seguían por allí. Si no, me iría a casa. Pero no fue necesario. Vi el vehículo al instante.

Me acerqué, eché un vistazo dentro y luego por los alrededores. Nada.

Pero entonces oí una voz melosa a mi espalda, voz que me provocó un escalofrío:

—¿Buscas a Chad y a Landis, John?

Me volví. Los desquiciados ojos de Ethan estaban fijos en mí. Se encontraba a un par de metros, sentado en el suelo, con una de sus cámaras colgando del cuello. Cómo no.

Una de sus habilidades era aparecer cuando menos se le deseaba ver.

—Así es —respondí. Ni siquiera intenté disimular el desagrado que palpitaba entre mis palabras—. ¿Sabes dónde están? No consigo encontrarlos.

—Han ido a comprar algo a los grandes almacenes del final de la calle. Pero volvían enseguida, o eso me han dicho.

Le escuché en silencio y me limité a asentir levemente con la cabeza en señal de respuesta. Estuve tentado a preguntarle si también él los estaba esperando, pero al final me abstuve. No quería hablar con ese tipo más de lo necesario.

Por lo visto, él no era de los que pillaban las indirectas.

—Dime, John, ¿tú crees que Chad y Landis son buenas personas?

No pude evitar girarme. Sus palabras me habían pillado por sorpresa. Y cuando lo miré, vi que me dirigía una sonrisa condescendiente. Me vi tentado a marcharme. Maldito psicópata morboso.

—No creo que nadie sea buena o mala persona sin la influencia de las circunstancias —respondí cortante. Ni siquiera era verdad. Pero fue la única respuesta que se me ocurrió para no tener que ser sincero. O para no tener que pensar en qué era lo que de verdad pensaba.

—Oh. Si atendemos a las circunstancias, supongo que es raro que Chad y Landis no sean peores.

Gruñí.

—¿Y tú qué opinas?

La sonrisa de Ethan se hizo más y más ancha al escucharme.

—Me parecen divertidos —respondió.

—¿Divertidos?

—Ajá. Y me van a dar trabajo dentro de poco, así que...

¿Trabajo?

No entendía nada.

Ethan, al ver mi cara de incertidumbre, se echó a reír. No se dignó a explicar sus palabras, sólo señaló la cámara que le colgaba del cuello.

—Si tus fotografías no son lo bastante buenas, es porque no estás lo bastante cerca —dijo despacio—. La frase no es mía, es del maestro Capa. Pero qué gran razón tenía. El miedo es todo lo que nos detiene. El miedo a lo que somos capaces de hacer.

—Supongo que te gusta mucho hacer fotos. —Sí, lo sé. No fue mi frase más brillante. Pero no se me ocurría qué decirle a aquel tipo.

—Demasiado. Soy un loco de lo que hago.

—Sabes que Capa murió porque pisó una mina, ¿verdad?

—Nadie dijo que no hubiera riesgos.

Me quedé en silencio.

Sé que es difícil de comprender, casi tanto como de explicar, pero la... ¿maldad? de aquel tipo era como algo contagioso, algo cuyo roce temías que te invadiera el pecho hasta sentir ganas de arrancarte los ojos sólo para dejar de verlo.

Por suerte, Ethan señaló a mi espalda. Me volví. Chad y Landis se acercaban, cargando bolsas de supermercado y hablando entre ellos. Me relajé un poco al ver que parecían animados. Después de todo lo sucedido con Kit, había temido el reencontrarme con ellos; pero al parecer aquellos habían sido temores infundados. Al acercarse a nosotros, Chad me saludó animadamente e incluso Landis sonrió un poco.

—¿Qué hay, chicos? —preguntó el primero mientras dejaba las bolsas en el suelo—. Te hemos echado de menos en el almuerzo, John. Pensábamos que estarías enfermo.

—Qué va. He comido rápido y me he ido a acabar unos deberes que tenía pendientes. —Mentira. Me había refugiado en un terreno detrás del edificio de la escuela mientras leía.

—Te entiendo. Nuestros profesores también se pasan un montón con esto de que estamos en último año...

Conversaban con tranquilidad. No parecían echarme en cara nada de lo que había ocurrido la semana pasada. Me tranquilicé, incluso con los ojos de Ethan clavados en nosotros.

O eso fue hasta que Chad abrió el maletero y me fijé en las bolsas que él y Landis habían traído del supermercado.

En un principio no las reconocí. Es decir, no era algo a lo que estuviera acostumbrado, no como muchos otros a mi alrededor, así que a priori sólo vi un montón de cajas pequeñas, todas idénticas. Luego me fijé mejor.

Balas.

Cargadores y cargadores de balas.

Cuando alcé la cabeza, vi cómo Chad me sonreía.

—¿Me ayudas a meterlas en el maletero? —me preguntó.

«No».

—En realidad —dije, intentado que mi voz sonara lo más calmada posible—, acabo de recordar que me he dejado una cosa en clase. Pero mañana nos vemos, ¿de acuerdo?

—Claro que sí. Mañana sin falta.

El tono de voz de Chad sonó como si supiera perfectamente lo que estaba pasando por mi cabeza. Pero, aun así, me alejé de allí apresuradamente.

Mientras caminaba de vuelta al instituto, me di cuenta de que me estaba acostumbrando demasiado rápido a huir. Hasta de cosas de las que uno no podía escapar.



Quería asegurarme. Quería saber qué tenían en mente esos chicos, si lo que yo pensaba que planeaban era verdad. Quizá no lo que pensaba, porque por aquel entonces aún no tenía una idea formada en mi cabeza, pero sí lo que... temía.

Así que, por primera vez en mucho tiempo, al llegar a casa cogí el ordenador y entré en el blog de Chad.

El problema con este chico era que, si por un momento pensabas algo positivo de él, siempre te arrepentías.

Ayer disparamos con nuestras primeras armas de fuego. Tres rondas de disparos con la carabina. Le enseñé a ese montón de tierra un par de

cosas. Incluso tenía los dos cargadores en mi bolsillo mientras hablaba con el padre de Land sobre el día de pellas.

(...)

Dios, qué bien me sentí disparando con ese rifle carabina. Con suerte, podré conseguir más de cuatro cargadores para él. He apodado Arlene a mi escopeta, le he puesto el nombre por Arlene Sanders de la serie de novelas Doom. A ella siempre le encantaron las escopetas.

(...)

La doble cañón de Land tiene un aspecto estupendo, bien fabricada, con las medidas adecuadas. Es un fastidio intentar mantenerme al día con los deberes mientras trabajo en mis armas, bombas y mentiras.

(...)

Quizá tengamos la posibilidad real de conseguir algunas pistolas automáticas. Si podemos ahorrar unos doscientos dólares rápidamente y encontrar a alguien que tenga más de veintiún años, podemos ir a la siguiente feria de armas y encontrar a un comerciante privado, y comprar algunas buenas pistolas automáticas AB-10. Aunque también será un poco jodido conseguir cargadores para ellas.

(...)

Os odio por excluirme de tantas cosas divertidas . Odio al cabrón de Noel porque por su culpa no puedo aparecer por ninguna fiesta. Y no, no me digáis «bueno, es tu culpa», porque no lo es. Teníais mi número de teléfono y yo os preguntaba y todo, pero no. No, no, no dejéis que Chad, ese tío con pintas raras, nos acompañe. Joder.



A veces creo que sólo somos una panda de inocentes convencidos de que nuestros actos no acarrearán ninguna consecuencia.

Yo mismo tuve que haberlo sabido al ver la cara de Noel cuando se enteró de lo que Chad le había dicho a Gabrielle. Y lo tuve que haber sabido porque Noel la quería tanto o más de lo que yo quería a Emily. Porque Noel dejaba de ser él mismo cuando se trataba de esa chica. O puede que no. Puede

que ella fuera la que realmente lo sacaba a la luz.

El caso es que aquella era una mezcla explosiva.

Ni siquiera sé cómo lo hizo. Tuvo que haber contado con la ayuda de alguien, pero, teniendo en cuenta su cantidad de amigos y los muchos de ellos que odiaban a Chad y a Landis, no debió de costarle encontrar aliados. Y la broma... supongo que la vio en alguna de aquellas estúpidas películas que se tragaba tarde tras tarde y decidió darle un toque personal. Un toque de crueldad. Porque Noel podía llegar a ser muy cruel, más que todos nosotros juntos.

Cuando llegué al instituto, ya supe que ocurría algo. Una multitud se congregaba delante de una de las paredes exteriores del edificio de las aulas. Pensé que habría aparecido un grafiti o algo así. No era la primera vez que pasaba. Así que, sin ninguna prisa, me acerqué a ver lo que estaba sucediendo.



A mitad de camino ya los pude distinguir. Y entonces eché a correr hacia ellos.

No me lo podía creer. Quiero decir, si me hubiera puesto a pensar de forma racional, habría llegado a la conclusión de que lo raro era que no hubiese pasado antes. Pero en aquel momento mi cabeza sólo me repetía que más no. Que era demasiado. Que no quería tener que afrontar aquello.

Alguien había amordazado y pegado a Chad y a Landis a la pared con un montón de cinta adhesiva, tanto que ni siquiera se podían mover.

Pero eso no era todo.

Sus caras estaban completamente garabateadas y alguien había escrito en la pared junto a ellos: «Racista. Peligro: no tocar. Riesgo de contagio».

Y al otro lado: «La mierda sois vosotros».

Me quedé observando aquella imagen como si hubiera visto un fantasma. La mierda sois vosotros. La mierda sois vosotros. Me sentía como si me lo estuvieran gritando a mí mismo.

Me fijé en las expresiones de los dos chicos: Landis tenía los ojos

cerrados y la cara contraída por el sufrimiento; Chad, en cambio, miraba al frente, más desafiante que nunca. Su expresión daba miedo.

Supongo que debería haberles ayudado, pero confieso que ni siquiera lo pensé. Sólo me quedé allí, escuchando los murmullos nerviosos de la gente que me rodeaba. Nadie parecía lamentarlo demasiado. Nadie se adelantó para intentar liberar a sus dos compañeros.

Y darme cuenta de eso también dolió.

En un momento determinado vi llegar a Noel. Por una vez, iba solo. Se adelantó hasta la primera fila, esquivando al resto de la gente, y se detuvo ante Chad y Landis, observándolos con... ¿satisfacción? ¿Placer? ¿Regocijo? Ni siquiera lo intentó disimular.

Si hasta entonces había tenido alguna duda de que había sido él, en aquel instante se disipó del todo. Más aún cuando vi la mirada de puro odio que le dirigió Chad, a la que mi amigo sólo respondió con una sonrisa aún más amplia.

Es curioso que siga llamándole «amigo».

Le dijo algo que no oí desde mi posición. Tampoco quise.

Una vez más, tomé la vía fácil. Di media vuelta y me fui de allí. Sé que no me perdí mucho. Pude ver al grupo de profesores que salía del instituto a comprobar qué pasaba, así que supuse que la multitud se disiparía pronto y que liberarían a Chad y Landis de toda aquella cinta aislante lo más rápido que pudieran. Me pregunté si ellos dos delatarían al culpable. Mi apuesta era que no.

También me pregunté qué pensaría Gabrielle de lo que había hecho el chico al que más quería. Supe al instante que eso le horrorizaría. Porque Gab, como bien decían sus dos amigas, no tenía una pizca de maldad en el cuerpo.

Así que sí, me fui de allí. Y, por una vez, alguien me siguió. Pero eso lo contaré enseguida.

Antes quiero que penséis en una cosa: en las consecuencias de nuestros actos.



Porque con frecuencia creo que, si bien esos dos ya tenían muchas ideas y planes en la cabeza sobre el tiroteo, fue Noel el que, de alguna manera, encendió el interruptor que hizo que ya fueran imparables, que no dudaran más. Creo que Noel los acabó por convertir en dos personas sin un ápice de piedad. Creo que lo que les hizo fue uno de los detonantes.

Consecuencias.

¿Quién dijo lo del aleteo de la mariposa y la tormenta? Merecería un maldito Nobel.



Como he dicho antes, por una vez, no pude huir tanto como quería. Por una vez hubo una persona que me persiguió. Y tenía que haber sabido que, en caso de que alguien fuera a alcanzarme, sería ella. Porque siempre va por delante de todo el mundo. Porque nunca deja que veamos algo que no sea su silueta perdiéndose en el horizonte, siempre inalcanzable.

—¡John!

Paré. Podría decir que miré para ver quién me llamaba, pero mentiría. Reconocí su voz al instante. Estaba demasiado acostumbrado a buscarla entre la maraña de sonidos del instituto.

Imaginaos el terremoto que amenazaba con destruir mi interior en aquel momento. Parecía que un chorro de rayos de sol la enfocara a ella y sólo a

ella. Llevaba varios días observándola desde una distancia aún mayor de lo habitual y encontrármela allí, sin previo aviso, puso todos mis sentimientos a flor de piel. Estaba despeinada y respiraba agitadamente. Me había seguido corriendo, y saberlo me provocó una extraña alegría.

Emily. Emily corriendo detrás de mí.

Me miró con esos ojos que para mí eran fuente de maravillas y desesperación a la vez. Leí en su expresión que, por alguna razón que no logré comprender, estaba nerviosa. Como si Emily tuviera algo que temer de mí.

Cogió aire.

—¿Adonde vas? Su tono sonó prudente, como si no supiera lo que estaba haciendo al formular la pregunta. Pero Emily, al igual que Lucy, no era tan desconocedora de las emociones de los demás como intentaba dar a entender. Y yo ya estaba harto de disimular a todas horas.

—A mi casa, Em —respondí con un suspiro—. Cosas como la que ha hecho Noel me dan asco, pero aún más cuando las comete alguien a quien considero mi amigo. Lo siento.

—¿Por qué te disculpas?

—Porque sé que les quieres y que probablemente creas que no tengo derecho a juzgarlos.

Nos quedamos en silencio, mi prisa por saber qué pensaba contra la lentitud de su cautela. Pero acabó hablando, bajando la mirada para evitar encontrarse con mis ojos. Su cambio de tema me dejó descolocado.

—Hace ya unos días que no te veo ni sé nada de ti.

Un par de frases y ya me estaba volviendo loco.

—He tenido mucho que hacer. —Fue la primera tontería que logró salir de mis labios. Y yo que me había propuesto ser sincero por una vez.

Emily frunció el ceño.

—No es sólo eso, ¿verdad? —dijo. Pero enseguida pareció arrepentirse de su comentario y, con un tono más suave, añadió—: Te has separado de tus amigos. No nos quieres ni ver.

Creo que mis oraciones porque Emily no supiera qué había ocurrido en la discoteca se oyeron en el otro extremo de la Vía Láctea. —Ya sabes... Una noche sucedió algo que me hizo distanciarme por una temporada. Pero no es que esté enfadado ni nada. Es difícil de explicar...

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella. No se conformaría con respuestas ambiguas, a juzgar por lo que leí en su cara.

—Preferiría no hablar de ello.

No pude descifrar bien su expresión cuando le dije aquello, pero me pareció que su mirada se apagaba y se entristecía un poco.

Quise creer que era porque deseaba que confiara en ella.

—Creo que ellos te echan de menos —confesó.

—¿De verdad?

—El otro día Tony lo dijo, de broma, pero lo dijo. Y Kit está de un humor... extraño.

Esto último hasta me alegró un poco.

—Espero que no sea muy grave.

Emily negó con la cabeza, sumida en sus pensamientos por un momento. Cuando volvió a clavar su mirada en mí, vi algo que jamás había visto en sus ojos: enfado.

—Pero parece que tú estás de maravilla.

—No es cierto —protesté.

—Entonces, cuéntame lo que te pasa.

—A lo mejor en otro momento, Emily. Es demasiado... personal.

—John —me cortó—, que soy yo.

Precisamente, Emily. Precisamente porque eras tú. Me quedé callado, escrutando su rostro. Creo que se asustó al ver mi expresión seria que no rehuía su mirada. Me mantuve inmóvil, pero puedo asegurar que aquello no era reflejo de mis pensamientos.

Estaba harto. Harto de los rodeos. De disimular siempre. Harto de ese juego que Emily se traía siempre conmigo. Harto de sentirme poco más que un entretenimiento en sus ratos libres. Harto de que sólo viniera a buscarme cuando yo ya había decidido apartarme de ellos.

Harto de ser el invisible.

—¿Por qué te importa tanto, Emily? Pensé que te sentirías aliviada de que no estuviera ya con vosotros.

Mis palabras le sorprendieron. Incluso la enfadaron un poco. Aquello hubiera sabido a una pequeña victoria si no supiera que me estaba condenando a mí mismo.

—¿A qué coño te refieres? Eres mi amigo, claro que no me gusta que te vayas porque sí.

Cogí aire.

—Hablo de que sabes que estoy enamorado de ti.

Ahí estaba.

El tiempo se paró. Todo a nuestro alrededor se congeló.

Recuerdo perfectamente las palabras que usé. El tono con el que las pronuncié. La dureza con la que decoré mi rostro. Y cómo los ojos de Emily se fundieron poco a poco, hasta convertirse en agua cristalina. Pero se recompuso. Era una especie de instinto de Emily, el siempre ponerse la armadura. Alguna vez se lo oí decir.

Que no vean tu miedo.

—¿Por qué me dices eso ahora? —preguntó despacio.

—Así que lo sabías.

Su silencio fue bastante elocuente.

—Así que estabas jugando conmigo —volví a hablar.

Sé que debería haberlo dicho con rabia, pero en aquel momento la tristeza comenzó a teñir mi voz.

—¡No! —Su tono, por primera vez desde que la conocía, sonaba desesperado. El tipo de desesperación de cuando intentas desmentir una verdad que ya está puesta sobre la mesa—. No quería jugar contigo, pero tampoco quería hacerte daño, ni perderte ni nada por el estilo. Porque me importas.

—¿Y por qué todas esas conversaciones, Em? ¿Por qué todas las indirectas? ¿Por qué..., por qué me diste esperanzas?

Titubeó. Pero yo no quería darle tiempo para que sopesara la respuesta perfecta. La sorpresa era el mejor método para desarmar al rival.

Entonces me di cuenta de que tanto tiempo participando en el juego de Emily me había hecho comprender sus normas a la perfección. Me había hecho capaz de seguirlo. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Te gusto, Emily?

Percibí cómo contenía la respiración. —¿Tú sientes algo por mí?

—Oye, John..., no quiero ir por ese camino.

—Ya lo sé, Em —respondí. Estaba siendo cruel, lo sabía. Pero era como si un demonio me hubiera poseído—, pero no siempre las cosas salen como uno quiere, aunque tú no estés acostumbrada a ello.

Aquel comentario le dolió, pero consiguió disimularlo bastante bien.

Se quedó en silencio, pensando. Pensando de verdad. Pensando en la respuesta a mi pregunta.

Ahora me parece de locos que en aquel momento no estuviera temblando de miedo. Supongo que me había vuelto algo insensible.

Pero al final vino. La respuesta de Emily.

—Yo no puedo sentir nada por nadie, John. Yo no puedo estar con nadie. No me lo permitiría a mí misma.

Y, como siempre pasaba con ella, su respuesta sólo dio lugar a más y más preguntas.

—¿Y eso qué significa?

—Lo que has oído, ni más ni menos. —Una sombra atravesó sus ojos. La sombra de sus demonios internos—. Tienes razón. Juego con la gente. No sé hacer otra cosa, no sé comportarme con vosotros de otra manera. Tengo miedo y demasiada inseguridad y cada vez que alguien me conoce encuentro mil armaduras con las que alejarlo de mí. No puedo sentir nada por nadie mientras siga siendo así. Lo siento.

Me enfadé. Pensé que nunca sería capaz de enfadarme con ella, pero no era verdad.

—¡Estoy harto, Emily! ¡Harto de que paguéis vuestros supuestos pasados oscuros conmigo! ¿Qué te pasó a ti, eh? ¿Qué es tan grave como para que no puedas ni responderme con integridad?

—Ya te dije que no quería contarlo.

—Siempre eres así. Nunca te mojas. Nunca arriesgas. Esa no es una respuesta válida y lo sabes. —Las palabras salían atropelladamente de mi boca, pero me daba igual. Tenía que soltarlo todo—. Era tan fácil como decir que sí o que no. Dejar a la gente con tantas dudas es hacerle daño. La... —busqué el término preciso— incertidumbre hace daño.

Se calló.

—No puedes decirme eso, Em. Sólo quería que me rechazaras para poder seguir adelante. Pero ni eso eres capaz de concederme. Ni eso harías por alguien. ¿Prefieres que esté siempre así...?

Ella siguió callada.

La verdad, si sólo hubiera hecho eso, no me hubiera sentido tan mal.

Pero vi las lágrimas que amenazaban con salir a raudales de sus ojos y me asusté muchísimo.

—Emily...

Alargué un brazo. Ella se apartó con brusquedad de mi lado.

Después de mirarme durante unos segundos, transmitiéndome su dolor, se volvió y se fue corriendo por donde había venido. Por una vez, pensé, yo no era el que salía huyendo. Pero no por ello me sentí mejor. No pude sentir nada.

Tampoco pude escuchar el disparo de la cámara que, de nuevo, me había

seguido sin que me diera cuenta.

Y menos mal, porque de haberme encontrado con Ethan le habría dado un puñetazo sin pensármelo dos veces.



Tras todo lo ocurrido, nada volvió a ser igual. Las pocas esperanzas que había mantenido de reconciliarme con mis amigos se desvanecieron. Y, en realidad, tampoco estaba muy seguro de querer volver con ellos. Los actos de Noel me habían asqueado. Y, por lo que pude observar, Kit y Tony siguieron a su lado como si nada hubiera pasado, como si no hubiera ningún problema. Aquello me decepcionó muchísimo.

Aunque en realidad creo que Kit sólo estaba fingiendo. Fue en una clase en la que coincidíamos cuando me di cuenta. El profesor de Literatura, el señor Colbert, le había preguntado algo que no había escuchado del todo, pero sí me quedé con su respuesta, que decía que él pensaba que todas las personas eran malvadas y egoístas por mucho que intentaran disfrazarlo, como los personajes del libro que estábamos leyendo.

Sé que no iba en serio. Sé que hablaba su rabia. Echaba de menos su presencia a mi lado. Su sombra cubriéndome.

Luego estaba Emily. Las palabras de mi preciosa Emily, rompiendo del todo una historia que, al parecer, el único lugar en el que había crecido era en mi cabeza.

Yo no puedo sentir nada por nadie, John. Yo no puedo estar con nadie.

La realidad me ahogaba. Quizás ese sea el resumen de todo.

Mis padres se asustaron porque volvía a padecer ataques de ansiedad sin razón aparente. Puse la excusa de que tenía demasiado que hacer en el colegio y que eso me agobiaba, aunque creo que no acabaron de tragárselo. Supongo que había usado aquel pretexto en demasiadas ocasiones.

Pero era preferible lo mío a reaccionar como lo estaban haciendo Chad y Landis.

Al principio me extrañó. Es decir, no les veía particularmente afectados. Seguían viniendo a la escuela, se sentaban juntos en la mesa de siempre del comedor, no intentaban esconderse de nadie. Ni siquiera parecían especialmente desanimados.

Luego me fijé mejor.

La forma en que se movían, en que andaban, era casi mecánica. Sus ojos se habían vuelto más fríos, al igual que su tono de voz. La rabia contenida que solía acompañarles a todas partes se había incrementado, sumada a una fuerte resolución. Miradas al frente, mandíbulas tirantes, comentarios cortantes, risas cortantes, pasos cortantes, presencia cortante. En eso se habían convertido Landis y Chad. En eso los había convertido Noel. O quizá siempre habían sido así.

Vi muchas cosas a lo largo de esos días. Cosas que preferiría olvidar.

¿Se puede ser culpable por el mero hecho de ver? ¿Por no ser ciego?

Puede que no. Pero sí que se es por ver y escoger no hacer nada.

Hay momentos, incluso ahora, en que la culpabilidad amenaza por aplastarme. Y da igual cuántas veces me digan que el arrepentimiento no lleva a nada, porque no desaparece. Sólo se olvida a ratos. Pero hoy tengo que intentar dejar eso de lado, porque si no, no sería capaz de seguir escribiendo.

Cosas. Cosas. Cosas que vi.

Vi varios planos del instituto; uno de ellos tenía varias cruces en él. Le pregunté a Chad al respecto y se rió. Me dijo que señalaban los mejores sitios para poner bombas. Yo me estremecí, pero quise tomarlo como un juego macabro, una broma entre ellos dos, nada más.

Vi un libro en la taquilla de Landis. Hablaba de la fabricación de explosivos caseros.

Vi más cajas de balas.

Vi una semiautomática en el maletero del coche de Chad.

Vi a Ethan preparando carretes y carretes para sus diversas cámaras.

Juego. Juego.

Juego.

Todo aquello era un juego.

No sé cuánto tiempo estuve intentando negar la evidencia. No sé cuánto pasó antes de que tuviera que admitirme a mí mismo lo que esos dos estaban planeando, antes de que la palabra juego acabara sustituida por otras mucho más terribles en mi cabeza.

Me pasaba las tardes y las noches en casa pensando. Los recordaba cada vez que hablaban de lo que les hacían sus compañeros, insultándolos con todo el veneno del mundo, expulsando odio con cada espiración. Leía el blog de Chad. Me horrorizaba con él. Pensaba en sus caras aguantando la humillación a la que Noel les había sometido. Pensaba en Kit llamándolos racistas, misóginos, homófobos y futuros psicópatas. O en Ethan y su «me van a dar trabajo dentro de poco».

Intentaba entrar dentro de las mentes de Chad y Landis. Pero me daba miedo, porque era imposible imaginarse algo como lo que pasaba por las cabezas de aquellos dos chicos. Quizá debería agradecer que alguien como yo nunca llegara a ser capaz de comprenderlos del todo.

Las armas las carga el diablo, pero el deseo de herir es cosa de los hombres.

Y así reflexionaba día tras día. Con una claridad terrible, en una ocasión me pregunté cuánto tardarían aquellas armas, aquellos explosivos, en hacerlo de verdad. Explotar. Disparar. Os juró que pensé en parar a aquellos ángeles de la muerte, ya fuera contándole a alguien lo que planeaban o hablando directamente con ellos. No me importaba lo que pudiera pasarme a mí, porque lo bueno de la desesperación es que te vuelve valiente, pero aún no había perdido tanto el norte como para no querer impedir que ocurriera algo tan horrible.

Pero, por otra parte, estaba sobrepasado. Ya lo había estado antes de imaginarme todo lo que querían llevar a cabo Chad y Landis. No es que el vaso hubiera recibido la gota que lo colmaba, no. Es que estaba roto en mil pedazos desde hacía mucho tiempo. E intentaba pensar en cosas no tan sombrías. En que les faltaban un par de semanas para graduarse e irse de allí. ¿Por qué iban a hacerlo ahora? Podía creerlo por parte de Chad, pero Landis no me parecía tan mal chico, sólo alguien desesperado y demasiado influenciable. Iluso de mi.

Y yo no estaba en condiciones de actuar. La mayoría de las mañanas me quedaba media hora en la cama intentando convencerme de que merecía la pena levantarme e iniciar el día.

Llegué a la conclusión de que necesitaba tiempo para reflexionar, para decidir qué hacer, para observar aún más, aunque sólo fuera unos días.

Lo sé. Lo sé. Lo sé. Sé lo que hice pensando así. Sé que ahí está mi culpa. En ese preciso instante. En el momento en que me di un tiempo.

Qué palabra más engañosa.



Tiempo.

No contaba con que tuviera tan poco, lo prometo.

Pero, si fuera tan fácil perdonarme a mí mismo, no estaría escribiendo esto ahora.

Saltémonos esos días oscuros. Ya está todo dicho sobre ellos. Vayamos a lo fundamental, que nunca es lo que me ocurre a mí.

¿Hasta dónde saltamos? Ah, sí. Hasta el día antes del tiroteo. Ese día en que decidí no ir al instituto, porque sólo deseaba que me dejaran en paz. Y, por supuesto, paz fue lo único que no tuve.



Entró como la tormenta que tenía dentro y que a veces dejaba que le dominara.

Por suerte, mi casa estaba vacía. Mis padres se habían ido a trabajar mientras yo fingía prepararme para otro día más de clases. No estaba acostumbrado a hacer novillos, pero aquel día..., aquel día me sentía incapaz de ir al instituto. Necesitaba estar solo. Necesitaba alejarme de toda esa masa de personas que podían hacerle a uno daño. De modo que cuando mi padre, que era el que salía más tarde, cerró la puerta, yo volví a quitarme la ropa de calle y dejé la mochila en el suelo. En cuestión de minutos me encontré recostado en el sofá, con los cascos puestos y *Matadero Cinco* sobre las rodillas.

Visto esto, no es de extrañar que cuando sonó el timbre me sorprendiera

muchísimo. No esperaba que nadie viniera en las próximas horas. Supuse que sería algún vecino o un vendedor. Puede que un mensajero, como mucho. Me bajé los cascos de manera que me rodearan el cuello y fui a abrir la puerta.

Contra todo pronóstico, los ojos que me aguardaban fuera eran conocidos, muy conocidos. Tanto que me quedé sin respiración al verlos. Me esperaba con una postura firme, las manos en los bolsillos, la barbilla alzada, toda la fuerza de su carácter desplegada a su alrededor.

—Kit.

Nos miramos un momento: la oscuridad en sus ojos, la pregunta en los míos. Sin mediar más palabras, me hice a un lado y dejé que entrara hasta la sala de estar, con la inquietud invadiendo mi interior. No se quitó la cazadora ni hizo ademán de sentarse; simplemente se quedó allí parado, girado en mi dirección, con la calma que precede a la tempestad por toda su expresión.

—No has venido a clase —dijo en tono acusatorio.

—No..., no me sentía con fuerzas.

Nos miramos. No pude evitar fijarme en que, a pesar de sus fuertes emociones, las ojeras adornaban sus ojos y estaba más pálido que de costumbre. Estuve a punto de interrogarle por su salud, preocupado, pero no quise hacerle enfadar aún más.

—¿Qué haces aquí, Christopher?

Ni siquiera crispó el rostro, como solía hacer cada vez que alguien lo llamaba por su nombre completo.

—He venido a verte —respondió.

—¿Por qué?

Sentía que tenía que conseguir que lo sacara todo, que hablara, por una vez en su vida. Kit era una de las pocas personas de las que no me daba miedo ver lo que llevara dentro. Y había ido a verme.

Me miraba. Y acabó estallando.

—¿Por qué te has ido?

No quise responder. Pero su siguiente pregunta me desarmó por completo.

—¿Por qué me has dejado solo, John?

—¿Que te he dejado yo a ti solo?

La sorpresa inicial que me había provocado su pregunta se disipó cuándo advertí la angustia en sus ojos. Y entonces lo supe.

—Te lo conté todo. Te dije cosas que no le había dicho a nadie. Te enseñé... ¿lo que me hace débil? ¿Lo que me hace patético? ¿Lo enfermo que

estoy?, y no me refiero sólo al VIH. —Suspiró—. Y te fuiste...

—No me fui por las buenas —repliqué—. Yo también te dije algunas cosas que espero que no hayas olvidado. Kit me miró fijamente. Sus ojos me ponían nervioso, pero no podía mirar hacia otro lado. Me tenía encadenado con sus ojos. Casi tanto como a él mismo.

Sí, realmente los ojos de Kit estaban hechos de barrotes.

—No las he olvidado. Creo que tenías razón en todo lo que dijiste, pero eso no quita que tu forma de actuar durante todo este tiempo, evitándonos, haya sido un error. Y sospecho que te arrepientes de ello. Y que ya no sabes cómo volver atrás.

—A lo mejor, pero... hay demasiadas cosas que me duelen.

—Podrías empezar por contarme qué ocurrió aquella noche.

No hizo falta que me dijera a qué noche se refería.

Sólo había habido una noche.

—No quiero hablar de ello.

—Sé que esa es tu respuesta favorita, pero no me importa. Ya no. Porque esta vez no pienso dejar que te escapes.

—No quiero escaparme, Kit —respondí resignado.

Por primera vez, apartó los ojos de mi rostro, clavándolos en algún punto de la pared que se encontraba detrás de mí.

—Vi cómo te fuiste, huyendo como si todos los horrores del mundo te persiguieran. Y supe que me había pasado, por mucho que lo dijera por tu seguridad, para que no te pasara lo mismo que a mí. No sabes cuánto me arrepentí. —Se detuvo unos instantes—. ¿Sabes qué? En unos días, después de reflexionarlo a fondo, reconstruí lo que había ocurrido, por qué lo habías hecho, qué pensabas, incluso qué sentías. Lo comprendo, de verdad. ¿Creíste que sería como Noel? ¿Que no podías confiar en mí?

Suspiré.

—No fue así, Kit. Entiende que, después de esos gritos, no me apetecía acercarme a vosotros. Y no pensé que fueras a disculparte. No parecías arrepentido.

—Lo estaba. Lo estoy —dijo atropelladamente—. Y te lo reconozco ahora. Te pido perdón.

Creo que se paralizó el mundo. Quiero decir, Christopher disculpándose no era algo que se viera todos los días.

Me hubieran entrado ganas de reír de no ser por la gravedad de la situación.

—A veces no te entiendo, Kit. No sé qué quieres que hagamos ahora. Me habéis dejado bastante claro que no queréis ni verme.

—Eso no es verdad —respondió él.

—¿No? ¿Quieres decir que después de todo este tiempo podría sentarme mañana con vosotros como si tal cosa?

Christopher se calló durante un largo rato en el que tuve que apartar la mirada porque de nuevo me estaba sintiendo incómodo. Me sentía desprotegido después de haber pronunciado esas palabras y a la vez un tanto culpable por no decirle exactamente qué era lo que sentía.

Quería volver a estar a su lado. Con todas mis fuerzas.

Ya le había fallado a Emily; no podía perder también a Kit.

Y lo estaba perdiendo. —¿Tan mala opinión tienes de nosotros?

—No es eso...

—Es verdad que no nos gusta lo que has hecho ni que andes con esos dos imbéciles. —Hizo una pausa—. Pero sí, John. Si mañana te sentaras con nosotros, no te reprocharíamos nada. Nos alegraríamos.

—No los lames así —susurré.

—¿Qué?

—Imbéciles. Te aseguro que no lo son. Son... temibles. Nadie debería insultarlos.

No había podido evitarlo.

Las imágenes de todo lo que había visto aquellos días se agolpaban en mi cabeza. El miedo ya no me abandonaba, aunque no sabía qué podía ocurrir. Ni cuándo. Sólo sabía que me daba pánico lo que fuera que Chad y Landis llevaban dentro.

Kit notó la variación en mi voz. Su propia actitud cambió.

—Explícate —me pidió.

Y yo se lo conté todo.

Las balas. Las armas. Los explosivos. Los planos. Las conversaciones. El odio. Ethan. Mi miedo.

Todo.

Kit me escuchó pacientemente. Cuando acabé, se le notaba tenso, pero conseguía mantener la calma. A fin de cuentas, él era Kit. Yo me sentí un poco mejor después de haber hablado. Mi amigo podía con todo. Mi amigo podía pararlo. A su lado no me ocurriría nada. O eso pensaba.

Es una de las cosas que siempre lamentaré. El haber obligado a Kit a ser fuerte por mí, cuando él era quien más ayuda necesitaba. Pero nunca la pidió.

—Habría que hacer algo —fue lo primero que dijo—. No entiendo cómo te has quedado de brazos cruzados todo este tiempo.

—¿Algo como qué?

—Joder, John. Llamar a la policía. Avisar al colegio. Esas cosas. ¡No nos vamos a quedar parados!

Comenzó a andar en círculos por el salón. Yo permanecí quieto, observándole.

—No nos van a hacer caso, Kit —intenté excusarme—. Además, ¿qué sabemos nosotros? A lo mejor no ocurre nada. A lo mejor se acobardan o no tienen tiempo. Faltan sólo unas semanas para que se gradúen. Lo más probable es que lo dejen pasar...

—Pero ¿tú te estás oyendo?

Alzó tanto la voz que mi cuerpo se tensó automáticamente.

—¿Vas a quedarte parado, como siempre? —continuó—. ¿No vas a hacer nada? ¿Lo mismo que con nosotros? ¿Ni siquiera lo vas a intentar?

—¡Porque no sé cómo hacerlo! —protesté—. ¡No sé cómo pararlos!

—¿Y qué pasa con nosotros?

En un principio me pareció estúpido que, después de lo que le había contado, fuera eso lo que le preocupara. Pero luego, por su expresión, entendí lo importante que era para él. Había detenido sus paseos por la sala y me observaba con seriedad.

—A vosotros no sé cómo miraros a la cara —respondí despacio.

El alzó la barbilla. Y pensé que no le hacía falta aquel gesto. Yo ya me sentía muy pequeño a su lado.

—Has tenido muchos días para resolverlo. Pero en su lugar era mucho más fácil irte, más fácil que pelear por mí. Por ti mismo, John.

Escuché sus palabras conteniendo la respiración.

Y salté.

—¿De verdad me estás echando algo en cara, Kit? —dije casi gritando—. ¿Alguna vez me has contado algo de lo que te pasaba por la cabeza? ¡Joder, yo lo sabía todo! Sé que por mucho que quieras... —Me detuve un momento para ordenar mis ideas, temeroso de que hiciera un daño que luego ya no pudiera reparar.

—¿Qué? —me instó él.

Agaché la cabeza.

—No lo soportas. —Mi voz salió débil, cansada. Sé que dije muchas cosas sin coherencia. Bastante es que consiguiera armar un discurso—. No

puedes vivir bajo sus estándares, sus reglas no escritas. Todo te parece ridículo. Pero tu día a día está marcado por ellos, y por eso te sientes perdido. Y enfadado. Noel no se pega tanto a ti por pura amistad; es porque necesita a alguien como tú y tiene miedo porque sabe que algún día lo abandonarás. Alcé la vista. Kit me miraba. Por fin había sacado sus manos de los bolsillos y podía ver cómo las mantenía crispadas a la altura de los nudillos.

Pero en sus hombros estaba su rendición.

—Tienes razón, John —dijo—. Precisamente, si podías adivinar todo eso, tenías que haber sabido que te necesitaba. Te necesito. Aunque a lo mejor antes tenías razón. A lo mejor ya es demasiado tarde.

Saber que decía aquello por pura rabia y que en realidad no lo pensaba no lo hizo menos doloroso.

—Yo...

—Supongo que no valgo lo suficiente para ti —me interrumpió—. Es más sencillo olvidar que sí, tenías un amigo, que decidir quedarte y luchar, ¿no es cierto? Mejor huir, y eso es lo que hiciste. Lo que sigues haciendo, incluso ahora. Estás huyendo.

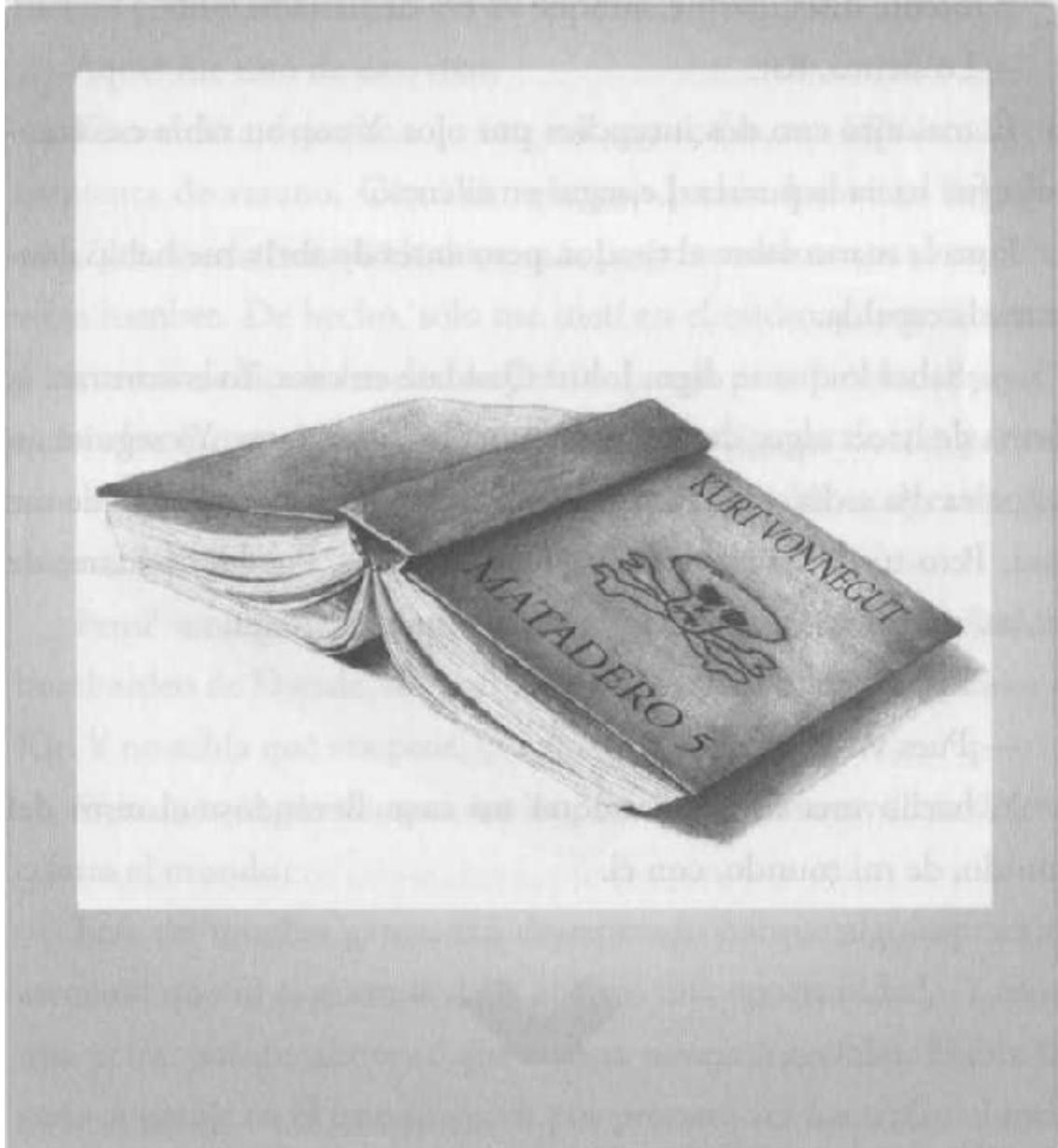
Resoplé, ya sin poder moderarme.

—Como si tú pelearas por algo, Kit.

—A lo mejor, si te mantuvieras junto a mí, podría hacerlo.

—A lo mejor sería más fácil permanecer a tu lado si no te encerraras dentro de ti mismo. ¿O es que tienes miedo de que llegue el día en que delante de mí ya no puedas fingir más que eres invencible y que tu enfermedad no te afecta?

La expresión que afloró a su rostro cuando dije aquello fue brutal. Y me hubiera gustado en cualquier otra situación, porque mostraba toda la inmensidad de la personalidad que Kit llegaba a tener si no se hubiera impuesto a sí mismo toda aquella contención.



Pero ese era el momento en que la única persona del mundo a la que le importaba estaba echándome en cara... todo.

E intenté disculparme, aunque ya era demasiado tarde.

—Lo siento, Kit.

Él me miró con dos incendios por ojos. Y con su rabia escoltándole, fue hacia la puerta. Le seguí en silencio.

Puso la mano sobre el tirador, pero antes de abrir, me habló dándome la

espalda:

—¿Sabes lo que te digo, John? Quédate en casa. Yo encontraré la forma de hacer algo, de detener a esos dos psicópatas. Yo seguiré en mi pelea día a día, seguiré yendo al instituto pese a todo lo que me pasa. Pero tú no hagas nada. Ya no te lo exijo. Puedes olvidarte de mí, así que ni te lo pienses. ¡Haz lo que quieras, joder!

—Yo no quiero nada.

—¡Pues vive con ello!

Y, hecho una furia, abandonó mi casa, llevándose el resto del mundo, de mi mundo, con él.



¿Sabéis ese momento en el que las cosas malas se acumulan hasta parecer un torrente que amenaza con arrastrarte? ¿Sabéis esos días en los que, por mucho que piensas que has cumplido tu cupo de calamidades, estas no paran? ¿Sabéis ese instante en el que crees que ya no queda nada que puedas hacer? ¿Que, sencillamente, no tienes fuerzas para más?

Aquel fue uno de esos días.

Kit volvió a dejarme solo una vez que se fue, tan rápido con una tormenta de verano. Comí sin que mis padres hubieran llegado a casa, y la verdad es que lo hice más por costumbre que porque tuviera hambre. De hecho, sólo me metí en el estómago un sándwich y un trozo de bizcocho de zanahoria. Luego puse la tele, aunque le quité el volumen (¿no es ridículo cómo las imágenes de una pantalla nos hacen sentirnos un poco menos solos?), y volví a coger mi *Matadero Cinco*.

Pensé amargamente que Vonnegut podría haber sobrevivido al bombardeo de Dresde, sí, pero yo iba a intentar sobrevivir a la ira de Kit. Y no sabía qué era peor.

El humor negro siempre me ha parecido una maravillosa defensa contra el mundo.

Leía sin muchas ganas, tan desesperado porque algo captara mi atención que ni siquiera le daba al libro una oportunidad. (Y eso es una pena, porque

ahora sé que es una novela increíble). Había llegado al pasaje en el que aparecen por primera vez los trafamaldorianos cuando sonó el teléfono.

Alguien debería avisarnos de las que se nos vienen encima. En serio. Pero no fue así, como nunca lo es, y yo cogí el aparato con toda la inocencia del mundo.

-¿Sí?

—¿Qué tal andas, John?

—¿Chad?

—¿Ya ni venir a clase o qué?

—Me encontraba un poco mal, pero descuida: mañana estaré como nuevo.

—¿De verdad? Entonces, no ha podido ser tan grave.

—Algo leve, sí.

—¿O es que tenías algún motivo para no querer venir?

Maldito Chad.

Por desgracia, ser mala persona no te quitaba el ser inteligente. Solté una carcajada, intentado relajar la situación.

—¿Llamabas sólo para vacilarme, Chad?

—Sólo en parte.

—Ah. ¿Y cuál es la otra parte?

Hubo una pausa de unos segundos, que a mí se me antojaron horas.

—Quería avisarte. No vengas mañana a clase, John. Tú no. Tú me caes bien.

—¿Qué quieres...?

—Ya sabes. Encima de que no quiero que te pase nada y te lo digo... Tú quédate en casa mañana. Entonces lo supe.

Entonces, mis pulmones se negaron a seguir respirando.

Entonces, el pánico apareció.

Qué.

No.

Ni hablar.

No puede ser.

¿Y mi tiempo?

No.

—Chad... —No sé cómo me salió la voz con el pavor amenazando con obstruir mi garganta ni cómo conseguí sujetar el teléfono mientras las manos me temblaban más y más—. No lo hagáis, por favor.

—¿A qué te refieres?

—Conozco vuestro plan. Sé lo que queréis hacer, tú aún más que Landis, porque Landis sólo está desesperado. Pero no os llevará a ningún lugar. Por favor. Por favor. Buscad otra salida. Tiene que haberlas.

—¿Quieres detenernos, John? ¿Tú?

Casi pude oír cómo sonreía a través del auricular.

Sonrisa de cristales rotos.

No respondí.

—John..., vas a escucharme una vez y sólo una, ¿de acuerdo? Voy a explicártelo con mucha calma y entonces entenderás por qué no tienes ni la más mínima posibilidad de parar algo que debe ocurrir. DEBE. ¿Entiendes? Ay, John, mi inocente John... Creo que ya te lo conté: tuve que hacer unas sesiones de control de la agresividad y la verdad es que tuvieron efecto, ¿sabes...? Aprendí a controlarla. Sólo que controlarla no es hacerla desaparecer. Me di cuenta, en realidad, de que yo no quiero hacerla desaparecer. Es un combustible genial para nuestras acciones, y más cuando, como yo, como Landis, necesitas razones. Razones para levantarte y hacer cosas. Tú lo sabes, John. Tú has visto lo que es nuestro día a día. Tú has visto cómo nos tratan. ¿Y de verdad crees que no se merecen que les pase algo? ¿De verdad la gente puede pensar que la justicia es tan ciega? No, John, alguien tan inteligente como tú no puede creer eso, y si lo piensas es porque tu bondad, tu debilidad, te ciega. Y no te engañes más. Tú sabías lo que iba a ocurrir. Tú has visto las armas y los explosivos y las balas, y ni siquiera nos dijiste nada. Preferiste hacer como que no pasaba nada delante de tus narices. Pudiste haber intentado convencernos hace mucho, pero no lo hiciste. Al principio, al ver tu cara, me preguntaba por qué callabas, pero ahora sé que era pura cobardía. ¿Y crees que alguien como tú puede pararlo? ¿Puede pararnos? ¿Crees que puedes cambiar algo? No, claro que no. Alguien como tú no cuenta nada. Alguien como tú no importa y nunca lo hará. Así que sencillamente hazte a un lado, John, y deja que Landis y yo hagamos el trabajo por ti. Deja que actuemos mientras tú te quedas llorando en casa...

Colgué.

Justo en este punto de su discurso. Lo recuerdo perfectamente. Colgué demasiado tarde.

Esas palabras nunca llegarían a abandonarme. Ni siquiera mientras escribo esto. Y, mientras caminaba el día del tiroteo, las paredes de los pasillos seguían gritándomelas. Tenían la misma voz despiadada de Chad.



No puedo prometer un orden sistemático a la hora de escribir esto. Porque la noche anterior al tiroteo no tuvo orden. Creo que el propio tiempo se enredó y empezó a dar vueltas sobre sí mismo, como mis pensamientos.

Al principio no conseguía reaccionar. No era capaz de frenar aquella vorágine de voces que amenazaba con adueñarse de mi mente. Como siempre, el problema no fue lo que dijo Chad, por muy terrible que ello fuera. Yo ya sabía lo que pensaba. Lo había sabido desde hacía demasiado tiempo.

El problema fue que me lo creí.

Nada más recibir aquella llamada, tuve un momento de lucidez y le escribí un último mensaje a Kit que decía lo siguiente:

Me ha llamado Chad para avisarme de que no vaya al instituto mañana. Intenta informar a la policía y a la dirección. Asegúrate de que Emily no vaya, por favor. Aquel mensaje cambió muchas cosas. Pero incluso ahora pienso que fue increíblemente injusto. Cargué a Kit con todo el peso de esa responsabilidad. Le obligué, con mi rendición, a que fuera él quien actuara. Ojalá supiera cómo fue la noche que pasó mi mejor amigo, porque me la imagino frenética.

Yo, como tantas otras veces, me fui a la cama a pensar.

Sé que parece una reacción estúpida. Pero ese soy yo en los momentos importantes. Necesito pararme a reflexionar o nunca consigo hacer nada bien. Y aquella noche sirvió de verdad, porque mis pensamientos comenzaron en un lugar muy, muy oscuro y acabaron viendo una luz.

Entendí muchas cosas.

Entendí que Kit, incluso rodeado y conquistado por sus dudas, por sus sombras, conservaba su fuerza. Entendí que hubiera preferido tener su rabia a mi estúpida tristeza, al agujero en el pecho, a la garra que me asfixiaba lentamente.

Pero también entendí que yo era diferente a todos ellos. Y que quizá eso no era tan malo como en un principio había podido creer.

Donde no hay dioses habitan los fantasmas, decía Novalis.

Oh, pero es que a mí me quedaban dioses.

Chad me preguntaría que desde cuándo un dios —una creencia, un sueño — ha salvado a alguien. Y yo le respondería que desde que le dio esperanza.

Kit era mi esperanza. Emily era mi esperanza, o al menos lo que sentía por ella. Un futuro lejos de aquella ciudad era mi esperanza. Y mis ideales, esos que tanto se parecían a los del pacifista empedernido de mi padre, esos que nunca me abandonaban, eran mi esperanza. Yo había pensado que había acabado siendo propiedad de la tristeza, del vacío, pero no era así.

Me dolía todo. Me había ido doliendo más y más desde el primer día en que me senté al lado de Chad y Landis.

Pues bien, que doliera. Que doliera más y más, mientras no fuera suyo.

Quizá sí que haga falta perderse del todo para encontrarse a uno mismo.

Que dijeran lo que quisieran los demonios de Chad, Landis y Ethan, y los míos propios. Que me acuchillaran con las palabras que quisieran. Podían cubrirme con ellas. Podían arrojarme al abismo más profundo. Podían cegarme. Podían tirarme al hielo negro. Podían intentar inyectarme sus rojos pensamientos. Podían dejarme en carne viva, sin defensas contra todas las balas del mundo. Daba igual. No me importaba.

Porque yo seguía ahí. Debajo de todo.

Al pensar aquello, me levanté y fui al baño en busca de un espejo. Necesitaba comprobar una cosa.

Pero sí. Cuando me enfrenté a mi reflejo y lo miré fijamente a los ojos, vi lo que quería. A mí mismo. Había estado ciego hasta entonces.

Pensé que sólo necesitaba esa poca fuerza que había olvidado. Fue entonces cuando tomé una resolución. Fue entonces cuando supe lo que iba a hacer al día siguiente, aunque me lo jugara todo. Porque ya no tenía nada que perder y sí mucho que ganar. Que demostrarme a mí mismo.

Esperaba que Kit hubiera conseguido hacer algo.

Pero si no...

TERCERA PARTE:



LA FLOR DE FUEGO



*You plant a demon seed.
You raise a flower of fire.
We see them burnin' crosses.
See the flames, higher and higher.*

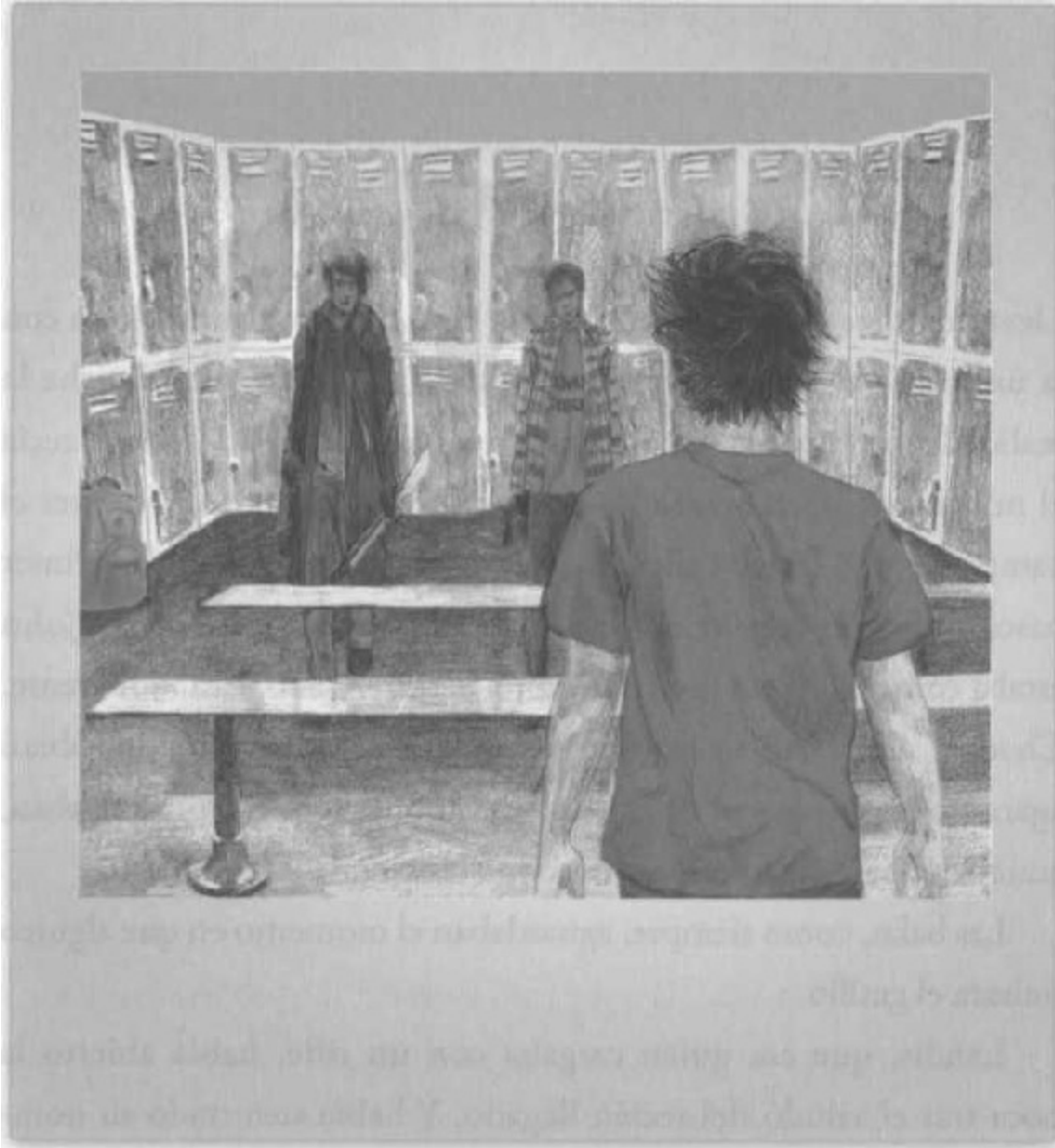
*Bullet the blue sky.
Bullet the blue sky.*

U2: «Bullet the Blue Sky»

Llevaban unos minutos evaluándose, ellos con sus armas y John con la única fuerza de la intensidad de sus ojos. Ethan desdibujaba la realidad a través de la lente de su aparato. El vestuario ya no parecía el mismo; de un remanso de falsa serenidad había pasado a ser el campo de una batalla silenciosa. Nadie se atrevía a dar el primer paso, a disparar la primera bala, a decir las primeras palabras. John estaba cómodo en esa incertidumbre, desinteresado, casi indiferente. Chad y Landis habían perdido parte del aplomo con el que habían agarrado la pistola y el rifle, pero sus cañones todavía lo apuntaban, aunque él pareciera permanecer ciego ante aquella realidad.

Las balas, como siempre, aguardaban el momento en que alguien pulsara el gatillo.

Landis, que era quien cargaba con un rifle, había abierto la boca tras el saludo del recién llegado. Y había susurrado su nombre: «John». Dio la impresión de que quería expresar algo más, pero al final calló, cediéndole la palabra a aquel silencio que parecía gritarles.



Después de un largo intercambio de miradas que eran mucho más que puros gestos, John habló:

—¿No vais a disparar ahora?

Entonces, como impulsado por un resorte, Chad empuñó la pistola con energías renovadas y se levantó. Dio un par de pasos lentos en dirección a John. Y, cuando estaba a menos de un metro, alzó el brazo y puso el cañón del arma justo en el centro de la frente del joven.

Al otro no pareció afectarle el frío contacto del metal. Los músculos de su cara no variaron ni un milímetro.

Siguieron mirándose a los ojos en todo momento.

Y entonces el tirador suspiró.

—Te dije que no vinieras hoy.

—Como si alguna vez hubieras tenido algún tipo de influencia sobre mí, Chad. No soy tan obediente como quieres creer —respondió John.

—Estúpido. Estúpido, estúpido, estúpido. —El chico cogió con más fuerza el arma que sostenía contra la frente de su antiguo amigo. Le hizo una señal a Landis y volvió a hablar—: Lo sabías, John. Sabías que, si te quedabas aquí, la palmarías como el resto. Viste los planos del edificio, viste nuestros preciosos explosivos. Vamos a volar este infierno y tú te vas a enterrar con él. Hazme el favor de alcanzarme eso, Landis.

El aludido volvió a colocar el rifle a su espalda y echó a andar hasta una mochila abandonada en el suelo. Se agachó y empezó a revolver dentro de ella. Sin embargo, los otros constataron enseguida por su expresión que no había encontrado lo que estaba buscando.

—¿El detonador...? —preguntó Chad.

Landis, en su lugar, sacó un trozo de papel con algo escrito en él. Lo leyó en voz alta, con las manos temblándole y el rostro pálido:

—«No os molestéis en buscar vuestro juguete, lo destruí anoche. Saludos de vuestro amigo del Epzicom, Christopher».

Chad y Landis se quedaron paralizados. John sólo sonrió.

—¡Mierda! ¡Ese capullo!

—Oye —dijo John con voz relajada—, el único que puede meterse con Kit soy yo.

Chad se giró hacia él invadido por la rabia. Pero John no se amedrentó:

—Parece que alguien ha frustrado vuestros planes de volar el edificio. No es que le tenga cariño al instituto, pero oye, yo me alegro.

—¡Hijo de...!

—¿Me vas a disparar?

—Debería. ¿Quién avisó al sidoso de lo que iba a ocurrir?

—Fui yo.

—Debería dispararte, joder.

—Hazlo.

Se miraban fijamente, ignorando la expresión de pánico de Landis y el sonido de la cámara de Ethan al hacer una foto detrás de otra

enfrecidamente. Parecía que ninguno de los dos iba a ceder. Pero algo tuvo lugar dentro de Chad. Sus manos perdieron fuerza. Su mirada perdió intensidad. En cuestión de segundos, algo dentro de él se había apagado.

Y, aunque no dejó de apuntar a John, bajó un poco el arma.

—Tan sólo —dijo con un tono de voz más contenido— me gustaría saber qué haces aquí.

John pareció pensárselo durante unos instantes.

—Ya sabes. ¿Demostrar que no tenías razón?, ¿que no huyo? ¿Que en realidad era yo el que os perseguía, aunque he tardado demasiado en darme cuenta? —Hizo una pausa—. ¿Que nunca vais a ganar, por muchas balas que disparéis?

Y entonces hizo algo que nadie esperaba.

Sacó la flor que llevaba en el bolsillo trasero y, acercándose un poco a Chad, la encajó en el cañón de la pistola. Con un equilibrio precario, se sostuvo. John, mientras, tarareaba una canción. Si alguien se hubiera fijado, habría reconocido una de las melodías de U2.

Chad le miraba como si no pudiera creerse lo que estaba ocurriendo.

John retrocedió un par de pasos y contempló orgulloso su obra. La flor plantada donde sólo debería haber habido plomo y pólvora.

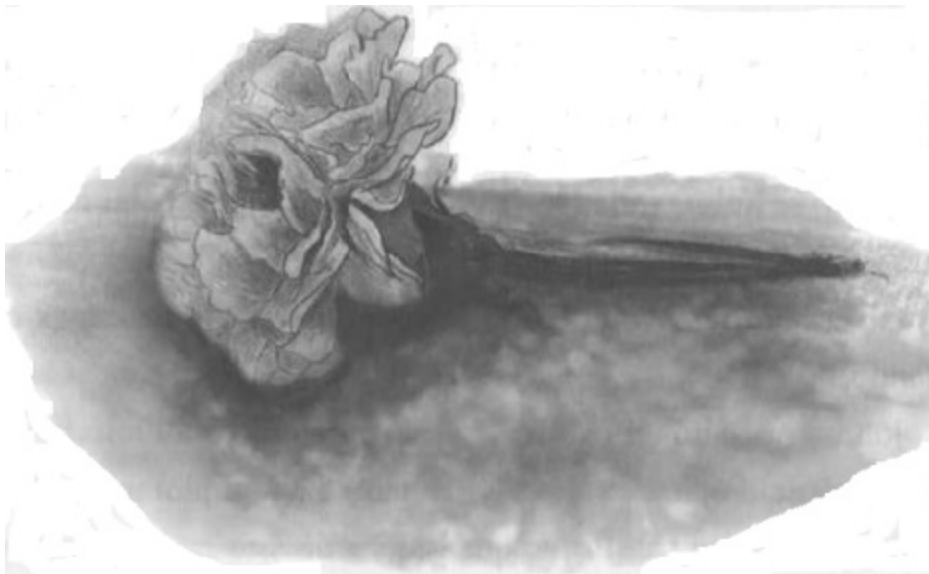
—Oye, Ethan. Las fotos que saques de este momento me las envías, ¿de acuerdo? —pidió. Ethan no respondió, pero se acercó para poder enfocar mejor la pistola de Chad.

—En fin, chicos. Ha sido un placer. Ya nos veremos.

Chad y Landis observaron pasmados cómo John se dirigía hacia la puerta. Unos segundos después de que su compañero hubiera abandonado la estancia, seguían en la misma posición.

Chad fue el que rompió aquello. Con un único movimiento, sacó la flor que John había colocado en su pistola, la puso cuidadosamente en el suelo y le quitó el seguro a su arma.

Landis lo observaba. Cuando los ojos de ambos se cruzaron, los dos asintieron levemente con la cabeza.



—Al menos —dijo Chad— les hemos jodido.

Landis se limitó a sonreír con tristeza y procedió a preparar su propia arma.



John respiraba aliviado. Lo había hecho.

Y había salido vivo de allí. Aunque eso, en gran medida, tenía que agradecerse a Kit.

Como tantas otras cosas.

Poco a poco, su corazón volvió a ver la luz. Después de casi las dos horas que habían pasado desde que había oído el primer disparo, por fin empezaba a tomar conciencia de sí mismo otra vez. Se preguntó dónde estaría su mejor amigo. Quería verle. Quería que se curaran el uno al otro. Quería olvidar el infierno que había vivido durante aquellas horas con la cercanía de Kit y Emily. Ellos serían los únicos capaces de borrar las imágenes, propias de la peor de las pesadillas, que había visto por los pasillos.

No se dio cuenta de lo que había hecho al abandonar la sala hasta que oyó los dos disparos, que sonaron casi a la vez.

Se quedó congelado.

Allí le encontraron los policías que, quince minutos más tarde, llegaron a

esa parte del instituto. Estaba casi en estado de *shock*. Un agente se quedó con él mientras otros tres entraban en el vestuario y se encontraban con los cadáveres de los dos causantes de la matanza, y con la cámara que un tercer chico había tirado al suelo mientras huía enfebrecido de allí.



El suelo temblaba.
Los muebles temblaban.
La biblioteca temblaba.
Sus manos temblaban.
Su alma temblaba.
Pero el cuerpo de Gabrielle no temblaba, porque no tenía vida.
Y Noel, debajo de la mesa y en estado de *shock*, daría lo que fuera por haber sido él el que no hubiera sobrevivido a aquel día.
Ni siquiera se dio cuenta de cuándo entró la policía.



Caroline no podía dejar de llorar. Toda la tensión que había acumulado la había soltado en el momento en que los policías abrieron la puerta del aula. El señor Colbert, ya completamente inconsciente, había sido trasladado con urgencia a una ambulancia.

A ella la atendían dos enfermeros, que intentaban indicarle cómo debía respirar para controlar el ataque de ansiedad.

Cuando lo consiguió, vio a Tony. Hablaba con un agente. O más bien le gritaba.

—¡Ya le he dicho que fue Kit! ¡Kit nos avisó a todos, aunque no le creímos! ¡Él es el héroe...!



Lucy miraba horrorizada las noticias desde su casa.

Ella había sido la única que había hecho caso a Kit y se había quedado allí. Porque Christopher no lo sabía, pero Lucy siempre estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él le pidiera.

Por mucho que no se hubiera creído lo de que iba a haber un tiroteo en el instituto. No realmente. Esas cosas no podían pasar en el sitio al que ella iba cada mañana con sus amigos.

No se enteró cuando su madre se acercó a darle un abrazo por detrás. Siguió con los ojos clavados en la pantalla, temerosa del instante en que la presentadora dijera un nombre conocido entre las víctimas.

Lo que nunca hubiera esperado es que fuese el nombre de Gab.



Era Emily la que estaba fuera del edificio. La primera en verles llegar y adivinar sus intenciones. La primera en hablar con los policías. La que había tratado de correr al edificio al reconocer a Tony asomado a la ventana, pero había sido detenida por los agentes.

La siempre lista Emily.

Después de aquel intento frustrado de volver a entrar en el recinto escolar, había conseguido calmarse y contemplar, sin intervenir, lo que ocurría a su alrededor. Oyó más disparos. Intentó dejar de pensar en sus amigos. Vio llegar, con mucho retraso, a una gran parte del cuerpo de policía de la ciudad y también escuchó el rumor de que Chad y Landis, culpables de la matanza llevada a cabo dentro del instituto, se habían suicidado y todo había acabado.

Se hallaba intentando calmar a una chica muy joven, hermana de un alumno cuya suerte todavía no se sabía, cuando vio llegar un último coche de

policía. Al principio no le prestó atención, pero eso cambió en el momento en que las puertas se abrieron y de él bajó un agente acompañado de un joven.

Un joven con rostro de barrotes y ojos de metal. Un joven que parecía llevar una gran carga sobre los hombros.

Kit. Emily se quedó mirándolo fijamente. El peso del teléfono móvil en uno de los bolsillos de su pantalón le recordaba el mensaje que había leído nada más despertarse, el mensaje en el que Kit le pedía que no fuera al instituto porque Chad y Landis iban a hacer algo de lo que nadie hubiera pensado que fuesen capaces. Su amigo la había avisado, los había avisado a todos, pero, por lo que ella sabía, sólo Lucy le había hecho caso.

Los agentes hablaban entre ellos y de vez en cuando señalaban a Kit, la duda sembrada en todos sus gestos. Él parecía ignorarlos a todos. Miraba, sin apenas parpadear, la entrada del instituto, del que habían empezado a salir los que se habían escondido o los heridos que podían moverse por sí solos.

En algún momento reconoció a Emily. Y corrió hacia ella.

—¿John? —le preguntó casi a voz en grito, con una angustia mal contenida.

Emily se encogió de hombros.

No tenía respuesta.

Kit insistió. Ella nunca le había visto así, con la cara completamente desencajada. En un momento estúpido llegó a pensar que era curioso que él fuera quien más se aferrara a la vida en un momento como aquel.

—¿El resto? ¿Noel, Gab, Lucy...?

—Lucy se quedó en casa —le interrumpió—. Tony debe de estar bien, porque sé que se escondió en una de las aulas. El resto..., el resto no está aquí. Su amigo respiraba de manera entrecortada mientras se esforzaba por asimilar sus palabras. Luego la miró intensamente y debió de ver la angustia que amenazaba con desbordarse en su interior, porque la abrazó. Emily agradeció aquello. Incluso en esas circunstancias tenía presente lo mucho que a él le costaba tener gestos como aquel.

El cuerpo de Kit estaba totalmente en tensión bajo la fina tela de su camiseta; aun así, su abrazo la reconfortó un poco.

—Gracias —consiguió decirle.

Él negó con la cabeza.

—No fue suficiente. No fui suficiente.

—Kit, no digas eso.

—Sólo una. Sólo una de vosotros se quedó en casa. La policía tampoco se

lo creyó. Ni cuando les llamé ni cuando fui esta mañana a comisaría. Nadie me creyó...

—Es culpa nuestra, no tuya.

—No, no, te equivocas, Em, claro que es culpa mía. ¿Quién iba a creerme a mí? Vosotros sólo habéis conocido mis mentiras. Y John..., si supieras lo que le dije, lo que le hice, no me lo perdonarías...

—Kit, por favor, tranquilízate.

No supo si había conseguido calmarlo, pero al menos guardó silencio, aunque la abrazó con más fuerza. Ella sintió cómo su propio ánimo decaía cada vez más y más, y se preguntó durante cuánto tiempo podría soportar aquella situación. Dejó de pensar en eso en cuanto Kit se separó de ella y dirigió la vista hacia la entrada del instituto. Emily se dio la vuelta, atemorizada de lo que podía encontrarse.

Cuando le vio, los ojos se le llenaron de lágrimas.

John bajaba las escaleras escoltado o, mejor dicho, sostenido por dos policías. Sus ojos estaban vacíos. Su expresión estaba vacía. Su cuerpo parecía carecer de cualquier tipo de energía. Pero Emily no pudo evitar llorar porque, a fin de cuentas, estaba vivo.

Se giró hacia Kit.

Su amigo también miraba a John. Tenía los ojos inusualmente abiertos, y por una vez Emily pudo ver una mirada de Christopher cargada de humanidad.

Los policías guiaron como pudieron a John hacia los coches. Emily les oyó decir que a él tenían que llevarlo a la comisaría para tomarle declaración, porque había estado con los asesinos y los conocía. John asintió ante estas palabras. Parecía que se despejaba poco a poco, aunque en su caso la desorientación era sustituida por una profunda tristeza.

Llegó un momento en que desvió la mirada.

Y les vio. Kit y Emily. Emily y Kit.

Ante los rostros de sorpresa de ambos, John se separó de los agentes y fue hacia sus amigos. A Kit le dio un abrazo y un escueto: «Lo sé. Lo sé todo. Gracias». Y a Emily la besó en la mejilla y le pidió perdón.

Ella no supo por qué.

Luego regresó y se metió en el coche de la policía, sin mirar al instituto ni a las personas que dejaba atrás.

EPÍLOGO



—Y bien, ¿qué tal has estado durante todo este regreso al pasado?

John sonrió al oír la pregunta.

—Mejor de lo que esperaba —confesó—. Supongo que es una buena señal. Me puse en lo peor mientras lo planeaba.

La mujer debió de ver en sus ojos la franqueza con la que pronunciaba aquella respuesta, porque también le devolvió la sonrisa.

—La verdad es que me ha sorprendido tu visita. No te esperaba.

Era normal. Ni siquiera él sabía por qué había ido a visitar a Emma, su antigua psicóloga, la que le había tratado justo después del tiroteo. Pero, tras haber leído su viejo diario durante toda la noche, se había ido a dormir y se había levantado con la sensación de que necesitaba hablar con alguien de todo. Y la amable cara de aquella mujer y sus sinceras ganas de ayudarlo cuando había sido su paciente se le habían pasado por la cabeza.

Ahora observaba el atardecer desde el sofá de aquella consulta que tantas veces había visitado, aunque ya no estaba en ella como paciente. No había cambiado mucho, ni siquiera en las infusiones que la doctora tenía siempre a mano para recibir a sus visitantes.

Por suerte, a ella le había agradado su visita. Y ni siquiera la había pillado trabajando.

—Estás muy cambiado —le dijo— y para mejor, claro está.

—No sabes lo bien que me ha venido la universidad.

—¿Dónde me has dicho que estudiabas?

—En la universidad pública de Michigan.

Emma soltó un silbido de admiración.

—Eso está muy lejos...

John no pudo contener una carcajada.

—Y hace mucho frío allí —añadió—. En realidad, me encanta. En un principio me dio miedo, pero ahora sé que tomé la mejor de las decisiones al poner tanta tierra de por medio entre este lugar y yo.

—¿Y por qué volver ahora?

Se tomó su tiempo para contestar, dándole un trago a la taza de té que sostenía entre las manos.

—La verdad —dijo despacio— es que no lo tengo muy claro. Quizá sienta que no puedo seguir avanzando si no acepto lo que ocurrió.

La mujer asintió en señal de comprensión.

—Para mí, tú eres un claro ejemplo de lo que yo llamo huir hacia delante —comentó—. Creo que es bueno que hayas vuelto y que hayas reflexionado un poco.

—¿De verdad? —Ya sabes lo que siempre digo. Negando nuestro pasado nos negamos a nosotros mismos.

John sintió algo de paz al escuchar aquellas palabras. Hasta aquel momento se había sentido inseguro acerca de su viaje, preguntándose si no serviría sólo para desenterrar antiguos fantasmas. Ahora entendía que no había sido así. Que sólo había vuelto para darse cuenta de que sus heridas se habían curado y de que no pensaba negar la existencia de sus cicatrices.

—Fui a ver el instituto —confesó—. Y leí mi antiguo diario e incluso fui al supermercado donde ellos dos —no quiso pronunciar sus nombres— compraron casi todas las balas. Y me he dado cuenta de que ahora lo veo todo de otra manera y de que soy capaz de comprender muchas más cosas.

—¿Por ejemplo?

—Creo que yo hubiera necesitado tratamiento mucho antes de que ocurriera el tiroteo. Estaba completamente bloqueado.

—Sí, yo también lo pensé cuando lo leí todo —reconoció la doctora—. Y los ataques de ansiedad que me contaste que sufrías desde muy joven eran una señal bastante clara. No sé cómo tus padres no hicieron algo.

—¿Crees que, de haber estado mejor, hubiese actuado de otra manera?

—Probablemente hubieras tenido más sentido del peligro que corrías, sí. Pero pensar sobre qué pudo haber sido no lleva a ningún sitio, ¿no crees? Tan sólo aprende de tus errores. Mira hacia delante. John sonrió con nostalgia mientras miraba la bolsita de té que se hundía en el fondo de su taza.

—A veces es difícil.

—Seguro que cada vez menos —dijo Emma.

—Sí, eso está claro.

Hubo un silencio de un par de segundos, que al final rompió ella.

—¿En qué más cosas has pensado?

John se rió con nerviosismo.

—No sabría por dónde empezar a contarte.

—Lo primero que se te pase por la cabeza.

—¿Por qué la policía no hizo caso cuando Kit les llamó? ¿Por qué, al día siguiente, tardaron tanto en aparecer, si él se acercó hasta la comisaría para insistir? Ahora sé mucho más, aunque sólo sea por los reportajes de la

televisión o por lo que me contaron... Sé que se pasó toda la noche intentando avisar y que nadie le tomó en serio, y que por eso, de madrugada, entró en el instituto a robar el detonador y el resto de lo que Chad y Landis tenían guardado en sus taquillas. Supongo que usó la puerta trasera de la clase de Arte. A veces se dejaba abierta por el olor de los productos... Claro que eso fue todo lo que pudo hacer él solo. No podía colarse en sus casas para confiscarles el resto de las armas.

—Aun así, salvó muchísimas vidas —apuntó la psicóloga.

John asintió.

—Les envió a todos el mensaje de que no fueran a clase. Hizo lo que yo no pude. Y sin embargo... —No fue capaz de continuar la frase—. Supongo que todos intentamos negar, a nuestra manera, que algo así pudiera pasar.

Emma le puso una mano reconfortante sobre el brazo. Sabía en quién estaba pensando.

—Noel nunca dejó de culparse.

—La culpa fue sólo de quien la asesinó.

—Pero sé que todos, también tú, intentáis buscar la manera de que ella siguiera viva, el camino alternativo, el motivo de que sucediera. Es cierto, no tiene sentido que vosotros os culpéis. Y sin embargo, en el fondo, puede que no dejéis de hacerlo. Noel probablemente se maldiga por su buena suerte.

—¿Buena suerte?

—Créeme, John —le cortó Emma—. Ya sabes que, desde entonces, me he dedicado a estudiar los patrones de los tiroteos ocurridos en institutos y universidades. Y lo normal es que hubieran ido a por Noel sin piedad. Él era uno de los depósitos de su rencor. Tuvo suerte de conservar la vida.

John calló durante un largo rato, pensativo.

En su regreso a su antiguo hogar no había querido ver a nadie. Sabía que Noel y Tony habían entrado en la universidad estatal y que era más que posible encontrárselos por la calle, porque iban a menudo a sus casas, pero no deseaba verlos.

Sería demasiado incómodo. Y no sabía sus amigos, pero él, como bien había dicho Emma, ya no era el mismo de antes. Por eso se sorprendió con las siguientes palabras de la mujer.

—¿Sabes que me encontré con Emily hace un mes o así? —le preguntó.

—¿De verdad? Me dijeron que se había ido a estudiar pintura a Europa.

—Sí, Francia. Pero el ayuntamiento de aquí le ofreció una sala para montar una exposición. Parece que en poco tiempo ha tenido ya bastante

reconocimiento y el alcalde quería homenajearla.

—¿Te contó algo?

—No pudimos hablar, la vi de pasada en un restaurante. La acompañaba un hombre.

—¿Su pareja?

—Supongo.

John se tensó levemente; no obstante, al darse cuenta de su reacción instintiva, soltó una carcajada liberadora.

—¿Te lo puedes creer? —dijo, alzando un poco la voz—. Tanto tiempo y todavía soy capaz de tener envidia de ese tipo.

—¿Tú no...?

—¿Que si no tengo novia? Qué va. Pero no es porque aún piense en ella. Creo. Espero.

La mujer sonrió con algo de picardía.

—Entonces, no tendrás ningún problema en pasarte por su exposición. A lo mejor hasta la ves. Suele estar por allí.

John enarcó las cejas.

—No me lées... —dijo, divertido.

La mujer siguió sonriendo, pero su tono de voz se volvió algo más serio:

—También la vi muy cambiada. Más serena. Algo triste, y lo digo porque eso también aparece en sus pinturas.

John escuchaba con atención y, al final, pensó que se rendía. A quién quería engañar.

—Le haré una visita. En realidad, me han entrado ganas —admitió—. Pero antes tengo que ir a otro lugar. Ya lo tenía planeado antes de venir a la ciudad y no pienso fallar.

—¿Adonde quieres ir?

—A ver a Kit.

Esta vez fue la mujer la que bajó la vista hacia su infusión. Ninguno de los dos intentó esconder una tristeza que, no por aceptada y superada, estaba menos presente.

Al final, fue ella la que habló:

—¿Sabes dónde lo enterraron?

—Me lo han dicho hoy mis padres —contestó John—. Creo que podré encontrarlo.

—Es un lugar bonito. Un poco apartado. Pero supongo que eso es bueno, que es lo que a él le hubiera gustado.

—Espero que en su lápida hayan puesto Kit y no Christopher, o se enfadará mucho —intentó bromear el chico.

Emma sonrió levemente.

—¿Sabes...? Ayer, mientras leía mi diario..., pasé por la conversación en la que Kit me decía que la enfermedad se desarrollaba con normalidad, que le quedaban varios años de etapa asintomática. Cuando leí aquello, casi me echo a llorar. Porque fue injusto. Fue muy injusto. Yo pensaba que nos quedaba mucho tiempo juntos, tiempo para arreglar nuestras cosas, tiempo para reencontrarnos. Lo seguía pensando cuando me marché de aquí. La verdad es que Kit es lo único que me ha hecho arrepentirme alguna vez de haber ido a Michigan.

—Fue muy rápido todo. Y creo que nadie se lo esperaba. Ni siquiera sus padres.

—Todavía no lo entiendo...

—No hay nada que entender, John —le cortó ella con suavidad—. El VIH, por muy controlado que esté, es impredecible. Me contaron que, en cuestión de días, empezó a encontrarse muy mal. A los pocos meses casi no se le vio, dejó de ir a las clases. Ya estaba muy enfermo. Luego le ingresaron.

—Y no dejó que me avisaran...

—¿Cómo?

—Su madre me lo dijo. —La tristeza ya era más que palpable en la voz de John—. Ella quiso llamarme desde el hospital, cuando ya estaba ingresado, pero Kit no se lo permitió. Debió de pensar lo de siempre. Que no quería que su enfermedad fuera una molestia para el resto. Que no quería dar pena.

—Eso no lo sabía. —Me dolió, me dolió muchísimo, pero era lo que él había elegido. Y yo siempre respetaré su decisión. Por eso le recordaré por quien fue: la persona más fuerte que he conocido nunca.

Nada más decir esas palabras, apuró de un trago lo que quedaba en su taza de té y la dejó en una mesita, como si le pusiera nervioso hablar de aquello. Emma lo miró con comprensión, pero no dijo nada. Había cosas que era necesario sentir. Había vacíos que no se tenía que intentar tapar, sino sencillamente aceptar.

—En realidad —susurró John—, es curioso. El que sentía que estaba condenado fue el que salvó al resto. Aquello fue algo del todo altruista. Kit era altruista. Aunque si se lo hubiera dicho así, seguro que se hubiese reído de mí, sin creérselo. Pero sí, era altruista.

—Como tú, John.

—¿Yo? Para nada.

—Claro que sí.

—Que no, mujer. Lo sabré yo.

Ella sonrió al oír aquello y al ver la sorpresa en los ojos de John.

—Tú tuviste muchas opciones —le explicó—. La de no hacer nada. La de acabar con ellos con sus propias armas. La de unirte a ellos, incluso. Tú también habías sufrido mucho y podías haber elegido canalizar ese sufrimiento de la misma manera. Pero no escogiste eso, ¿verdad?

—Escogí una locura. Fue una tontería teatrera.

—No, bobo. Escogiste un acto de bondad, y los actos de bondad siempre son revolucionarios. John escuchó sus palabras con atención. Él nunca lo había pensado así, pero bien podía quedarse con esa idea. Le ayudaría, sin duda, a perdonarse a sí mismo un poco más.

Volvió a mirar a Emma. Y ella, a pesar de que ya no era su paciente, se sintió orgullosa. Percibió con claridad que el chico ya había sacado de aquella conversación lo que buscaba.

Un poco más de paz.

Se levantó con calma.

—Ve a visitar a Kit, anda. Y llévale flores.

John rió.

—No sé si soy el más indicado para llevarle flores a nadie, visto lo que provoca, pero... —se puso él también en pie— iré. Muchas gracias por recibirme.

—Siempre que lo necesites. Aunque, y lo digo con sinceridad, espero no verte muy a menudo por esta ciudad.

El joven esbozó una amplia sonrisa.

—Yo también te deseo lo mejor.



El cielo anaranjado del atardecer le recibió al salir de la consulta. Por una vez, aquella ciudad le pareció algo más cálida, aunque ya nunca podría ser su

hogar. Era una de las cosas que John más acusaba. El sentirse sin un hogar al que regresar. El ser un eterno viajero, a merced de un camino que ni siquiera podía ver.

Sin embargo, en ese momento no se sentía triste por ello. Curiosamente, sus ojos brillaban.

—Bueno —se dijo en voz alta—, no hagamos esperar a mi mejor amigo.

Sacó una de las fotografías que había revelado la policía de entre los carretes de Ethan. Era la única que le gustaba. En ella se los veía a Kit y a él tal y como solían estar en las horas del descanso: sentados encima del capó del coche de su amigo, hablando de cualquier tontería. Detrás se distinguían, algo desenfocadas, las siluetas de Noel y Tony.

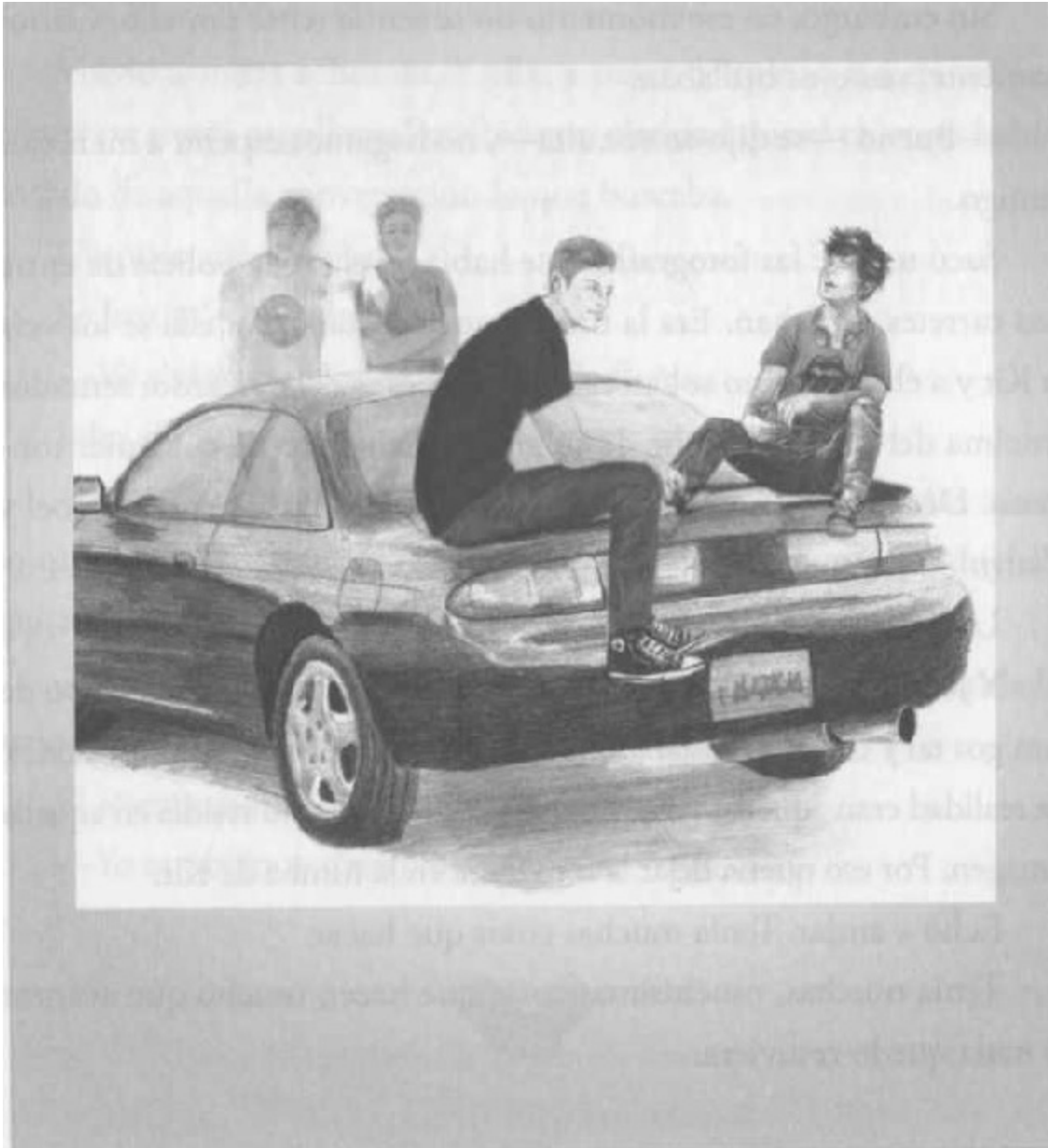
Los cuatro reían.

Y John ahora quería creer que Ethan había retratado a ese grupo de amigos tal y como le gustaba, fotografiando la realidad más desnuda. Y la realidad eran aquellas risas. Lo que ellos habían sido residía en aquella imagen. Por eso quería dejar la fotografía en la tumba de Kit.

Echó a andar. Tenía muchas cosas que hacer.

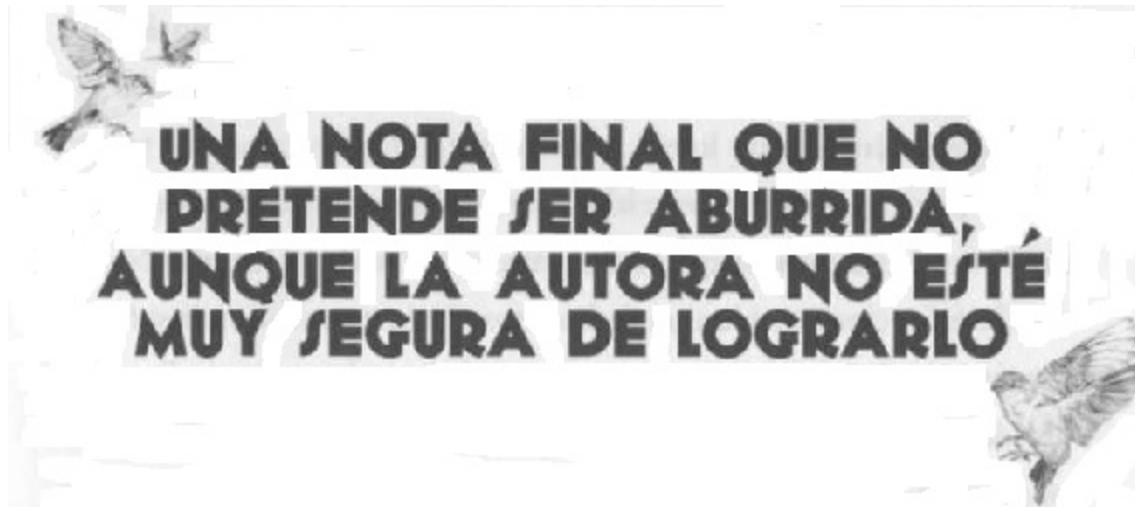
Tenía muchas, muchísimas cosas que hacer, mucho que avanzar y nada que lo retuviera.

FIN



Llegado a estas alturas, el lector bien puede cerrar el libro y decidir que es mejor no escuchar las torpes explicaciones de una escritora veinteañera, que probablemente no sean más que balbuceos intentando excusar las decisiones que tomó para contar esta historia. De hecho, me atrevería a asegurar que no leer esta nota sería lo más sensato.

La verdad es que no vengo a (hablar de mi libro) explicar por qué he escrito lo que he escrito. O puede que sí. Escribir ficción sobre la base de un acontecimiento real siempre es problemático. Hay que decidir qué cosas no se pueden variar de lo que realmente ocurrió y qué cosas sólo pueden explicarse mediante la literatura. Porque sí, creo que hay cosas que sólo pueden esclarecerse mediante una novela. Si no, habríamos dejado de escribir hace mucho tiempo.



Pero volvamos a eso de nadar entre la realidad y la ficción. Acerca de ello tenemos esa frase que muchos nos sabemos de memoria:

«Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia».

Excepto cuando no lo es.

La novela que acabáis de leer nació como un intento de recrear un tiroteo cualquiera en un instituto de Estados Unidos. Nació con la falsa creencia de que todos esos titulares que nos llegan de vez en cuando («Nueva tragedia en un centro educativo de Estados Unidos») comparten un suceso pasado muy similar. Pero, en cuanto uno empieza a investigar, descubre que uno de ellos —un nombre, unos acontecimientos— destaca sobre todos los demás. Y al final esta no fue una novela sobre tiroteos en institutos. Fue una novela sobre lo ocurrido el 20 de abril de 1999 en el instituto Columbine.

Se podría resumir así: dos estudiantes, Eric Harris y Dylan Klebold, entraron portando diversas armas, 9mm y escopetas. Mataron a un total de trece personas e hirieron a otras veinticuatro. Después, se suicidaron.

La repercusión que a día de hoy sigue teniendo la matanza de Columbine es asombrosa y, a veces, escalofriante. Hay un enorme número de páginas web que recogen toda la información sobre el tiroteo, sobre Eric y Dylan, y

sobre las víctimas. Hay documentales, películas, canciones. Los documentos de la policía sobre el caso están colgados en Internet. Y es inevitable que, cuando se hable de tiroteos en centros escolares, se hable de Columbine. Tanta fascinación por una masacre hasta llega a dar miedo.

Supongo que el propósito de escribir una historia sobre ello era contar lo que sólo la literatura puede contar, presentar las preguntas —y no los datos— que sólo puede plantear la ficción.

La novela ya está ahí. Tan sólo faltan algunos apuntes.

Primero, aclarar que las personalidades de Chad y Landis se han construido a partir de los rasgos que se pueden leer en Internet de Eric y Dylan respectivamente. Sin embargo, está claro que los testimonios sólo dan algunas ideas tópicas, como los problemas de ira de Eric y la depresión palpable de Dylan. También me he querido quedar con los testimonios de los estudiantes de Columbine que afirmaban que Eric y Dylan eran simpáticos, algo solitarios y objetos de burla de sus compañeros, pero simpáticos. Y a partir de ahí nacieron los dos personajes que no son Eric y Dylan. Son Chad y Landis. Y son personajes, con su identidad de personajes, no de personas. Oh, y el personaje de Ethan es completamente inventado.

O quizá no tanto. Porque Ethan no es un personaje, es un símbolo, y todo símbolo remite a una realidad mucho más compleja. En su caso, la de los miles de ojos que todavía hoy miran hacia Columbine para comprender lo sucedido.

Lo único que no ha pasado por el filtro de la ficción han sido los textos de Eric. En el caso de Eric, eran sus diarios personales, aunque también tenía una página web. En la novela son los textos del blog de Chad. Sencillamente, me impactaron y decidí no tocarlos, ni siquiera reescribirlos. Las conversaciones telefónicas de la primera tarde también están tal cual se registraron.

Eric y Dylan planearon el tiroteo a lo largo de un año. La fecha, fuera o no deliberada (hay diversas opiniones al respecto), acabó siendo el 20 de abril, aniversario del nacimiento de Hitler, una figura que les fascinaba. Compraron las armas, prepararon los explosivos, que sí que fueron colocados por el instituto, aunque no funcionaron el día del tiroteo. También ellos dos avisaron a un par de compañeros que les caían bien para que no asistieran al día siguiente.

Y todo ello ha intentado exponerse en esta novela, porque hay cosas que la realidad cuenta mejor que la ficción y al revés. Porque lo interesante es ver

cómo ficción y realidad se entrelazan hasta conformar un relato; por lo menos, así lo ha sido para mí. Como autora (y autora muy joven y con tantísimo que aprender) ha sido todo un reto responder a la pregunta de cómo no desmerecer ninguna de las dos, realidad y ficción.

Chad y Landis se anclan en la realidad, aunque no tanto como pueda parecer a simple vista. John y sus amigos, en la ficción, aunque nuevamente tienen algo de realidad. En eso, como en tantas otras cosas, los dos grupos se enfrentan.

Una última cosa: *columbine* es el nombre en inglés de una flor, la que conocemos como aguileña. Tiene poco que ver con la flor de fuego de U2 o con los claveles de la revolución portuguesa, pero en cuanto lo supe, y eso fue durante la corrección final de la novela, sentí que, de algún modo, todo encajaba.

Los símbolos, los datos y la ficción novelesca están ahí. No puedo sino agradecer a los lectores que saquen sus propias conclusiones de ello. Aquí está la que, de una manera u otra, ha sido la banda sonora de *La flor de fuego* y me ha acompañado a lo largo de todo el proceso de escritura y publicación. Algunas canciones, quién sabe, puede que también figuren entre la colección de discos de John.

1. «Sunday Bloody Sunday», U2
2. «Bullet the Blue Sky», U2
3. «Ordinary Love», U2
4. «The Miracle (of Joey Ramone)», U2
5. «One of a Kind», Placebo
6. «Every You Every me», Placebo



1. «About a Girl», Nirvana
2. «Come as You Are», Nirvana
3. «Falling Down», Oasis
4. «Morning Glory», Oasis
5. «Banquet», Bloc Party
6. «Signs», Bloc Party
7. «Seven Nights, Seven Days», The Fratellis
8. «Tell Me a Lie», The Fratellis
9. «Bad Habit», The Kooks
10. «Ten Tonne Skeleton», Royal Blood
11. «Come on Over», Royal Blood
12. «Believe», The Bravery
13. «Across the Universe», The Beatles
14. «Girl», The Beatles
15. «Time for Heroes», The Libertines
16. «Oh my God», Kaiser Chiefs
17. «Modern way», Kaiser Chiefs

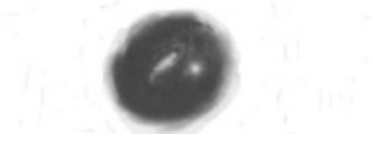
A Iria G. Párente. Sí, te vuelvo a poner, a pesar de que el libro ya está

dedicado a ti, como debería haber sido desde el principio. Porque tú eres quien siempre estuvo ahí. Porque sin ti esta historia no hubiera visto la luz. Porque me diste oportunidades cuando yo sólo pensaba en abandonar. Por tus ideas. Por tu amor a estos personajes. Por vivir esta historia a mi lado. Por ser el mejor ejemplo a seguir. Y por mil razones más.

A Estefanía Portillo, por sus maravillosas ilustraciones, que han conseguido que John, Kit, Emily y todos los demás cobren vida del todo. Nunca podría estar lo suficientemente agradecida por tu trabajo.

A Víctor Heranz. No creo que llegue la novela en la que no tenga motivos para darte las gracias. Tú eres parte de las razones por las que sacara ese manuscrito olvidado de ochenta páginas y lo convirtiera en el libro que tienes entre las manos. Un trocito de Kit es tuyo. Pero sólo un trocito.

AGRADECIMIENTOS



A Irina, a Paula y al resto del equipo de Nocturna. Por todo lo que he aprendido. Porque el mundo de la literatura se merece más profesionales como vosotros. Por creer en la historia de John. Por vuestros brillantes consejos. Gracias por invitarme a vuestra casa, noctámbulos.

A mis padres y a mi hermana mayor. Este libro es un intento de defender unos valores que me habéis enseñado vosotros. La solidaridad. El pacifismo. El optimismo. Gracias, siempre, por el apoyo, por confiar en mis decisiones sobre mi futuro, por disparatadas que parezcan. Sólo espero no decepcionaros (casi) nunca.

A Lola Rodríguez, una vez más, por ser la portadista soñada.

A Miriam. Quizá sea extraño, pero tu correo me dio muchas esperanzas de que podría hacer una vida de esto. Y fue una razón para no rendirme.

A Alvaro Baigorri, por esa mañana en la que me hizo un plano de su antiguo instituto y por su paciencia respondiendo a todas mis preguntas. Te he escondido en alguna de las páginas, ¡a ver si te encuentras!

A Jordi Sierra i Fabra, siempre, pero esta vez en especial por su labor como escritor. Fue él, a través de sus libros, quien me enseñó a no autocensurarme, a que la violencia también tenía que tratarse en la literatura juvenil, a no tener miedo al escribir siempre que lo hiciera con sinceridad y sensibilidad. Gracias.

A Javier (sí, Hermochi, ese eres tú) por todos los ánimos. Por tener siempre un abrazo a punto. Por buscarme oportunidades entre las piedras. Por ser esa persona que siempre cuida de mí desde un segundo plano.

A Pablo Martín y a Paloma Argelina. Para mí sois dos de mis ángeles de la guarda. Gracias por cuidar de mí y de mis historias.

A Clara, otra de las razones con nombre propio por las que rescaté el primer manuscrito de esta novela y lo reescribí.

A Luis Rojas-Marcos. Fue un artículo suyo el que me dio las claves para la reescritura de esta novela.

Y, por último, a todos los que siguen creyendo que unas palabras impresas sobre papel pueden cambiar el mundo o, al menos, a ellos mismos. No dejéis de leer, no dejéis de escribir. Nuestra voz es nuestra esperanza.



Esta edición de *La flor de fuego* se
terminó de imprimir en Salamanca
el 17 de marzo de 2017, aniversario
de la primera publicación del cuento
«Sol y sombra», de Ray Bradbury,
en *The Reporter* en 1953.